

palabra

Universidad de Antioquia

Y estás en la memo
La memoria para n
Lalinde / Los incor
Valencia y Pastor Ala
Alonso Salazar y Will
diversidad y exclus
Giraldo / Vivir la in
Juan Carlos Henao /
Gaviria y Pablo Mon
Gilmer Mesa y Juan C
hambre y la sed · Á
cine, un narrador d

... persistir, insistir e incomodar.
o repetir · Patricia Nieto y Fabiola
clusos del acuerdo · Germán
e / ¿Por qué nos matamos? ·
iam Fredy Pérez / Centro,
ón · Hernando Muñoz y Jenny
certidumbre · Alejandro Gaviria y
Medellín a contraluz · Pascual
oya / El derecho a la calle ·
Carlos Posada / Comer, beber... el
lvaro Molina y Lorenzo Villegas / El
e ciudad · Laura Mora y Javier Mejía ·

Vigor y Palabra

Ciudad al Centro

John Jairo Arboleda

Rector

David Hernández García

Vicerrector de extensión

Gisela Sofía Posada Mejía

Líder Programa Cultura Centro

Coordinación editorial

Amparo Restrepo Restrepo

Edición periodística

Luisa Bedoya Castrillón

Revisión

Carolina Marín Castaño

Daniela Zapata Atehortúa

Felipe Cano Ruiz

Sofía Guisao Ochoa

Transcripción de textos

Tragaluz editores

Concepto gráfico

Isabella Soto Vallejo

Diseño y diagramación

María José Cano Espinosa

Fotografía

ISBN

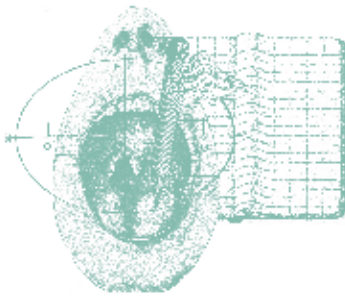
Reconocimiento y gratitud merece el comunicador Andrés Felipe Gallego por su valiosa participación en la concepción y diseño de las conversaciones logradas en Ciudad al Centro. Durante los años 2018 al 2021, su inteligencia, compromiso y carácter enriquecieron no solo esta iniciativa sino al Programa Cultura Centro como estrategia universitaria en su conjunto. ¡Gratitud inmensa!

Publicación conjunta entre la Universidad de Antioquia y la Corporación Interuniversitaria de Servicios CIS.

Queda prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquiera medio o procedimiento.

Índice

————— TRAVESÍAS DEL SUCEDER Y LA MEMORIA		
29/03/18	Y estás en la memoria... persistir, insistir e incomodar. La memoria para no repetir Patricia Nieto y Fabiola Lalinde	14
12/04/18	Los inconclusos del acuerdo Germán Valencia y Pastor Alape	36
28/02/19	¿Por qué nos matamos? Alonso Salazar y William Fredy Pérez	66
28/03/19	Centro, diversidad y exclusión Hernando Muñoz y Jenny Giraldo	90
30/10/19	Vivir la incertidumbre Alejandro Gaviria y Juan Carlos Henao	116
————— VER, VIVIR, NARRAR LA CIUDAD		
27/09/18	Medellín a contraluz Pascual Gaviria y Pablo Montoya	140
29/11/18	El derecho a la calle Gilmer Mesa y Juan Carlos Posada	164
25/07/19	Comer, beber... el hambre y la sed Álvaro Molina y Lorenzo Villegas	182
29/08/19	El cine, un narrador de ciudad Laura Mora y Javier Mejía	210



La palabra, ese alimento

Gisela Sofía Posada Mejía, Líder Cultura Centro

Conversar es una de las experiencias vitales de los seres humanos. Cuando nos reunimos a hacerlo, cuando oficiamos el encuentro alrededor de las palabras, algo en nosotros trae de regreso una noción de ciudadanía. El diálogo es como un puente que se expande o como un dique que lleva la corriente a nuevos mundos. Dialogar es una manera de hacer comprensible la realidad, el faro que nos ilumina para tratar los asuntos de la vida que compartimos, ese alimento que nutre nuestros sueños y nuestras acciones.

El ritual de la palabra ha persistido en el tiempo, diversificándose en la necesidad de los lenguajes y su espejo de significados. Oír, hablar, reflexionar, preguntar, responder, son actos del cotidiano encuentro, un encuentro nutrido por la palabra, la palabra que para nosotros es tan importante como el pan o como el agua. Hablar es mantener la llama viva de nuestra capacidad de creación y rebeldía,

participar del mundo en su constante diseño y rediseño, intentar que lo está mal pueda cambiar y que lo que esté bien evolucione, creer que la crueldad puede detenerse, y que somos ese hombre frágil, pero convencido de su empeño ante el tanque en Tiananmén.

Ciudad al Centro nació precisamente para convertirse en un espacio de conversación en el cual coinciden aquellas personas dispuestas a hablar, lanzando sus tesis, permitiendo las preguntas y aceptándose la posibilidad del debate. Se trata de un momento para contar con otros uniéndonos en la fuerza de atracción de la palabra y sus dones de pluralidad. Sin duda, este motivo es el que ha permitido que múltiples voces se sigan encontrando desde 2017 en un escenario histórico bastante universitario: el Paraninfo de la Alma Máter, cuya palestra es propicia para pensar distintos temas, con invitados tan especiales, que han hecho de *Ciudad al Centro* un espacio austero, abierto y potente.

Dos libros, que en realidad son uno, no solo recogen la memoria de los años 2018 y 2019, sino que son hoy una pieza "atemporal" por la vigencia de lo reflexionado, por el vigor de lo dicho y por la palabra construida, tan esenciales como todas aquellas personas que interpelan el presente.

VIVIR LA CIUDAD, REVIVIR EL CENTRO

Medellín es una ciudad desorganizada. No tiene ninguna planeación y crece todos los días a la topa tolondra. No sé de dónde han sacado eso de que esta es una ciudad hermosa y cómoda. Lo digo sin necesidad de ser ni urbanista, ni sociólogo, ni arquitecto. Y sin ánimo premeditado de ir a la contraria. Simplemente, es una mirada “a ojo de buen cubero”. Esta visión se acrecentó, paradójicamente, ante la “genialidad” del metro elevado que tenemos (Fernando Garavito, periodista y escritor, quien tuvo que exiliarse por sus opiniones, lo llamaba, creo que acertadamente, “El centímetro”). Y esa desorganización tiene mucho que ver con lo desigual que es. A esta ciudad (casi a cualquier ciudad de Colombia) llegan los desplazados de los campos por la violencia o por el hambre (o por las dos cosas) e instalan un barrio nuevo. De casuchas y tugurios donde es prácticamente imposible vivir, pero “la necesidad tiene cara de perro”. Casi a diario. Además de las

construcciones piratas que, de hecho, existen. Y casi toda la ciudad ha crecido así. Cuando no, los poderosos y las mafias (que es, quizás, lo mismo) compran grandes lotes que se han encargado previamente de desvalorizar metiéndole violencia y drogadicción para que los habitantes se vayan en volandas, vendiendo a menosprecio, y levantan feos y altísimos edificios de apartamentos que irrumpen grotescamente en el paisaje y que luego venden carísimos (todo eso lo sabe cualquier persona avisada que, al menos, lea periódicos). El Estado mira complacido, lo “legaliza” todo, y cobra lo suyo por las transacciones.

Rogelio Salmona, él sí arquitecto, y de renombre, dijo en una conferencia en la Universidad de Antioquia sobre urbanismo (unos pocos años antes de morir en 2007) que el único barrio de esta ciudad que se salvaba de la devastación a que había sido sometida toda la urbe era El Poblado... “y también lo han arruinado”. Se refería, naturalmente, a las mil moles que le han construido, al lógico apiñamiento y a la inaccesibilidad casi literal que presenta.

Empiezo así, con una mirada negativa (alguien dice que los pesimistas son los destinados a las transformaciones, porque para los optimistas todo está muy bien) sobre nuestra ciudad, porque soy un convencido de que la nuestra es una visión de ciudad errada, mentirosa, construida por un poder que siempre ha librado batallas egoístas y que solo mira la manera de salir airoso económicamente en su propio beneficio, encargado de perpetuar la gran mentira. Un alcalde saliente de Medellín llegó a decir que se iba muy satisfecho, porque “Medellín está completa”. Y, entre otras cosas, dejaba intacto el horrible basurero municipal ubicado en el barrio Moravia, muy cerca del

centro de la ciudad, que echaba humo y olores nauseabundos a toda hora, contaminando a diestra y siniestra, exactamente al lado de la Universidad de Antioquia. Vino otro alcalde y enmendó, en parte, el problema. Trasladó el basurero, que siguió contaminando en plena ciudad, y fundó el centro cultural Moravia. Así son los alcaldes de Medellín. Uno tras otro.

Además de lo anterior, creo evidente que la seguridad sí está sectorizada: la administración le da prioridad, por ejemplo, a El Poblado y no al centro de la ciudad y a los barrios populares. En El Poblado, donde vive la gente más pudiente de la ciudad y la mayoría de los administradores, compran su propia seguridad, además de que el Estado se preocupa de que a sus habitantes no les pase nada (y lo normal es que sus habitantes conozcan Miami y Londres, pero no el centro de Medellín y, menos, los barrios de los obreros). No existen las extorsiones, por ejemplo, que aquí llamamos “vacunas”. En los barrios populares (Aranjuez, La Sierra, Popular, Santa Cruz, Castilla, Manrique, Comuna 13, Niquitao, Santo Domingo Savio y un largo etcétera), en cambio, mandan los combos, las bandas imponen “el orden” y eso le basta a la administración. A todas. Duermen a gusto.

Lo anterior no es igual a decir que Medellín no es una ciudad disfrutable, que no haya propuestas culturales inteligentes y creativas, que el centro (que a los sucesivos gobiernos locales no les ha importado y se han ido con sus edificios y sus oficinas para otra parte) tenga que dejárselos a los negociantes y a los delincuentes, que no haya que hacer esfuerzos para recuperar la noche y la libertad de caminar sus calles, casi perdidas en estos momentos,

gracias a la desidia y a la inercia de muchos. En el centro de Medellín viven ochenta mil personas, pero, diariamente lo recorren cerca de un millón comprando o vagando o malvendiendo en chazas o canjeando relojes o haciendo discursos bíblicos o jugando ajedrez o visitando tiendas de “Todoadosmil” o regateando en los agáchese que hay en cada acera o emborrachándose en cantinas de mala muerte o haciendo trámites en las notarías.

Hay magníficos periódicos independientes (“Cualquier cosa, menos quietos” es el lema del mejor); buenos restaurantes; un excelente cine; varias y acogedoras bibliotecas; no muchas, pero gratas librerías; teatreros de gran calidad que desbordan vida; un museo que es un potosí; instituciones respetables y dispuestas al compromiso serio con la comunidad, como el Banco de la República, la Universidad de Antioquia, Comfama, Confiar y la Gerencia del Centro de la Alcaldía de Medellín (seguro hay más). Hay programas como Caminá pal Centro y como La arepa invita, hay cursos de literatura y de arte en general, hay cineclubes, hay actividades de las bibliotecas (además de prestar libros a granel). Hay convocatorias a poblar más la noche con actividades culturales con tímidas pero esperanzadoras respuestas de la gente. Casi siempre lo mejor que se ofrece en el centro tiene que ver con el altruismo de personas que, de manera creativa, independiente y desinteresada le ponen “el pecho a la brisa”, hacen lo que les gusta. Exactamente lo contrario de quienes representan la oficialidad, de quienes son burócratas oficiales y mantienen la mentira a flor de labios.

Vivir y narrar la ciudad es, también, hacerlo subrayando sus falencias, sus desigualdades, la actitud de los

primeros responsables de su transcurrir que son los políticos (ello no quiere decir, tampoco, que a todos no nos corresponda hacer algo), la importancia sustancial de contar con un centro (y hacer notar que él fue abandonado por los administradores y dejado en manos de la delincuencia, sobre lo cual se ha dicho mucho en muchos medios de comunicación), que hay una contaminación ambiental en toda la ciudad y especialmente en el centro; que el metro, nuestro gran orgullo, es un centímetro (innegablemente muy útil) que debemos y pagamos infamemente durante no-sé-cuántos-años-más, y por eso, justamente por eso (su gigantesca deuda) no crece. Porque se robaron como tres veces, mientras construían, el centímetro que es nuestro metro. Vivir y narrar la ciudad es, también, ser conscientes de que el orgullo paisa es una estupidez de marca mayor.

Por eso encontraremos en este texto lecturas muy útiles, sin duda, que forman e informan sobre la ciudad. Lo que digo arriba no está expresado de forma desnuda. Sin embargo, es a esto, creo, que se debe el malestar que en general se siente en el aire, en la cabeza de las gentes. No es la última palabra, claro está. Es solo un punto de vista.

29/03/18

12/04/18

28/02/19

28/03/19

30/10/19

Travesía del suceso la memo

Los der y ria

-
- Y estás en la memoria...
persistir, insistir e incomodar...** 14
Patricia Nieto y Fabiola Lalinde
-
- Los inconclusos del acuerdo** 36
Germán Valencia y Pastor Alape
-
- ¿Por qué nos matamos?** 66
Alonso Salazar y William Fredy Pérez
-
- Centro, diversidad y exclusión** 90
Hernando Muñoz y Jenny Giraldo
-
- Vivir la incertidumbre** 116
Alejandro Gaviria y Juan Carlos Henao

29 de marzo de 2018



Patricia Nieto y

Fabiola Lalinde

Y ESTÁS EN LA MEMORIA...
PERSISTIR, INSISTIR E INCOMODAR.
LA MEMORIA PARA NO REPETIR

Como decía el escritor Manuel Mejía Vallejo, “Uno se muere cuando lo olvidan”, y justamente eso es lo que pretenden evitar las invitadas a esta charla en Ciudad al Centro, en la que Fabiola Lalinde, madre de un joven desaparecido, relata toda la odisea que ha sido para ella como madre y ciudadana, tratar de asumir una pérdida que todavía no comprende, así como su lucha de décadas para lograr recuperar el cuerpo de su hijo. De igual manera, la periodista y profesora Patricia Nieto ha dedicado la mayor parte de su profesión a tratar de desentrañar esas historias de violencia, narradas desde las personas que las padecieron, con sus propias voces y versiones, a manera de testimonios de primera mano de una guerra que aún no termina, pues una de las torturas más oprobiosas es despojar a alguien de su nombre, de su recuerdo, en fin, de su identidad y humanidad, olvidando que el sentido ético de cada vida reside en que es única e irrepetible. Que sean entonces la verdad y la memoria las que perduren, como un derecho heredado de las generaciones, para lograr la tan anhelada paz.



JUAN DIEGO MEJÍA —Para empezar quiero decir que nuestra historia muchas veces no nos deja pensar, sentir ni mirar en retrospectiva, hoy tenemos una hora y media para que hagamos este ejercicio; vamos a pensar y a reflexionar un poco, pero vamos a ir de la mano de dos personas que tienen como oficio recordar; el oficio de Fabiola es no olvidar, no permitir que se olviden algunos sucesos que han pasado en nuestra sociedad y que, infortunadamente, hemos omitido.

Fabiola, sé que llevas mucho tiempo hablando del tema y, de antemano quiero presentar disculpas porque de pronto vuelvo a preguntar por asuntos que te han indagado mucho, pero es inevitable, tenemos que abordar el tema, aunque te parezca que ya lo has contado muchas veces. Frente al público que nos acompaña, yo quisiera pedirte un poco de paciencia y que volvamos a reconstruir un poco algunos hechos y que esa reconstrucción nos sirva para pensar, porque lo que quiero es que quede una reflexión profunda sobre esto. Te doy la palabra para que nos cuentes este episodio que, tengo entendido, empezó en octubre de 1984; cuéntenos como se dio, cuéntenos los hechos, ¿qué pasó con Luis Fernando?, ¿cuándo supiste que ya no lo ibas a volver a ver?

FABIOLA LALINDE —Muy agradecida por esta invitación y por la presencia de ustedes. Esta es una historia que ya cumplió 33 años, todos los días enfrentada al Estado, lo cual es algo muy difícil, así como todas las situaciones que hemos padecido; entonces trataré de ser puntual.

Primero me presento, me llamo Fabiola Lalinde, soy madre de cuatro hijos, el mayor fue Luis Fernando Lalinde Lalinde, y fue desaparecido por razones políticas cuando

tenía 26 años. Soy una mamá común y corriente que me dediqué a los hijos, no soy una persona importante, tengo la edad del Papa, pero no tengo Papa móvil.

Mi hijo fue un caso de desaparición forzada por razones políticas en junio de 1984. Luis Fernando ya tenía 26 y ese año se graduaba de sociólogo, y era muy activo y muy trabajador; estábamos viendo el noticiero un sábado y aparecieron las madres de mayo en el noticiero con sus pañoletas y las fotos de sus hijos que estaban desaparecidos, entonces yo le dije a Luis Fernando: “Ay mijo, qué sentirá una mamá con un hijo desaparecido”, y él me contestó: “Mamá es que en Colombia también hay desaparecidos”.

Yo pensaba que eso solo pasaba donde estaban las dictaduras militares, es decir, en Argentina y Chile, pero no aquí. En esa conversación, mi hijo me contó de dos compañeros de él que estaban desaparecidos y de trabajadores también. Sin embargo, yo le dije que no habláramos de eso, pues al fin y al cabo Colombia tenía la democracia más antigua y estable de América Latina; entonces dejamos la cosa así, y resulta que él estaba en la juventud marxista-leninista, y yo ni cuenta me había dado.

Es una historia muy dolorosa, después de la desaparición yo luché por rescatar partes de sus restos, pero la desaparición forzada es de las experiencias más crueles que pueden hacer, y muchas mamás que conozco, y no solo de la comuna 13, han muerto de pena moral, porque sus hijos fueron desaparecidos y el Estado, al igual que el Ejército nacional, se vieron comprometidos en ello.

JDM —Fabiola, la forma en la que hablas ahora, creo que no la tenías en ese momento; estos 33 años te han

fortalecido y te han dado esa potencia de la palabra, ¿cómo eras en ese entonces y como recibiste el hecho, la noticia?

FL —Yo quedé con herencias de la infancia que jamás superé, mi mamá era muy rezandera; pero en esa época los únicos que tenían la Biblia eran los sacerdotes, porque la gente no se podía poner a leer ese libro, entonces era la invitación de Cristo y nosotras rezando. Mi mamá siempre me decía que teníamos que rezar por la conversión de mi papá, pero yo no sabía qué había hecho él y era que mi papá era liberal, y en esa época matar liberales no era pecado, la situación era muy tremenda. Me enseñó también, y con eso me he sostenido precisamente, la importancia de la verdad, el respeto, la honestidad y la solidaridad; ella me enseñó que decir la verdad era el camino más seguro que había para resolver cualquier situación, por difícil que fuera, porque una mentira traía otra mentira. Y como estábamos en la finca, ella era muy exigente con esas cosas, ella era muy respetuosa, sabía colaborar en ese sentido y yo era la niña de mi papá, era su sirirí, insistente y persistente. Por eso les digo que las marcas de la infancia aparecen más adelante.

También recuerdo que mi papá afirmaba que la guerra no la ganaban las armas, sino las estrategias y entonces eso se me quedó a mí, y otras frases que dijo en esa época de cómo debía ser uno, y había algo que me llamó mucho la atención: lo del respeto, porque un día cuando iban a venir mis hermanas del internado (que estaban en La Presentación de Manizales), yo me estaba preparando para la primera comunión, entonces mi mamá me dijo: “Mija, pregúntele a su papá si la va

a acompañar a la iglesia”. Porque la misa iba a ser en la iglesia de Belalcázar. Entonces yo le pregunté a mi papá si me iba acompañar el día de la primera comunión y me contestó: “Sí hija, ¿por qué no?”. Y recordé lo que me decía mi mamá de orar por la conversión de mi papá, porque un día, en 1937, mis papás estaban en misa, y el padre en el púlpito dijo que los liberales no le pisaran la iglesia y cuando estaban recogiendo la limosna y llegaron donde mi padre, él dijo con su voz fuerte de antioqueño: “Yo no voy a dar limosna porque mi plata es liberal”.

Con mi mamá siempre había que rezar a las 5:00 pm, recuerdo a mi papá sentado leyendo la prensa, pero cuando íbamos a rezar el rosario, él bajaba la silla, cerraba la prensa y se quedaba callado, entonces fue muy respetuoso con eso. Todo esto para decir que la infancia sí lo marca a uno para bien o para mal, y a mí me marcó en lo positivo.

JDM —Patricia, hiciste en una ocasión, hace unos 10 años, un taller de creación con Fabiola y ella por primera vez contó este relato. ¿Cómo fue ese proceso?, ¿cómo lograste que ese proceso de verbalización se convirtiera también en el ejercicio de la escritura? Pues son dos formas distintas de conocer el mundo, cuando uno menciona las palabras ocurren unas cosas y cuando las escribe ocurren otras.

PATRICIA NIETO —Yo tuve la oportunidad de conocer a doña Fabiola frente a frente en el año 2007, ya doña Fabiola había sido para mi generación un referente en la ciudad por la lucha por saber dónde estaba su hijo, qué había pasado con él y, luego, por el derecho a recuperar su

cuerpo, identificarlo y darle la sepultura que se acostumbra entre nosotros.

Hace 11 años en Medellín y en el país, ella era una mujer muy importante, y nosotros estábamos empeñados a pensar cómo se podía contar el conflicto armado colombiano; yo había trabajado en medios de comunicación haciendo lo que hacemos los periodistas todos los días, ir a contar esas noticias de lo que llamábamos la guerra y había tenido ciertas situaciones personales que me llevaron a parar y a preguntar: ¿habrá otra forma de contarlo? En ese momento pensé en la posibilidad de que las personas que han vivido de manera directa estos eventos, lo contarán con una mediación del periodista. Entonces empezamos un ejercicio para que personas víctimas del conflicto se animaran y produjeran textos escritos. Doña Fabiola llegó al segundo grupo de esa experiencia, allí trabajé yo, acompañada de un grupo de estudiantes, que ahora son mis compañeros de trabajo, e hicimos un acercamiento a personas que habían sido víctimas en la ciudad, ya no en el campo como en el primer ejercicio, sino en la noción urbana del conflicto.

Lo que dice Juan Diego tiene mucho sentido, pues una cosa es hablar, otra es contar, relatarle a la amiga, al cura, al abogado, al periodista, al estudiante que busca información y otra cosa es escribir, porque escribir implica, recordar, esto es, volver a vivir el hecho, volver a verlo en la mente, escenificar, volver a pasar por todas esas imágenes, esas vivencias y luego decir esas vivencias que vienen de golpe, que vienen en catarata y en simultáneo. La escritura es palabra, entonces se trata de convertir todo el acervo de recuerdos en una narración

lineal, que sea coherente para quien lo lee, porque teníamos muy claro en ese momento que no eran recuerdos íntimos, no eran diarios personales para que cada quien los guardara en su nochero, sino que la idea era que esos relatos le llegaran a un público y que, al menos, la gente de Medellín se enterara de lo que otros conciudadanos habían sufrido.

Todo ese proceso implicó para todas las personas que pasaron ese ejercicio, que fueron al final 60 personas, ordenar sus recuerdos y darles un sentido, darles un significado a lo vivido, un significado que queda puesto en el papel. Ahí fue cuando conocí a doña Fabiola. Nosotros teníamos un acompañamiento muy personal con cada uno de los asistentes que estaba escribiendo, porque no eran escritores, eran personas que habían vivido una situación y que la estaban viviendo, porque recordar los hechos del conflicto y la victimización parece que fuera un presente continuo, es decir, no ha pasado, sigue pasando; a Luis Fernando lo desaparecieron, lo buscaron, lo identificaron, lo sepultaron, pero ese acontecimiento no se ha cerrado, es un presente continuo, es un hecho que se transforma todos los días en los recuerdos y en la manera de expresar el relato.

Nuestra apuesta era arriesgada, porque se trataba de convocarlos a escribir y a interpretar su propia historia, lo que implicaba poner eso en el papel y darse un lugar en la historia, ya no solo el lugar de la víctima, como diría Primo Levi, el de la víctima total, es decir, el que ya no está, sino también el lugar de la víctima sobreviviente que es la que ha esperado, la que ha hecho las vueltas, la que ha llorado, pero la que aparentemente

no existe, porque la ausencia del que se fue, del que se llevaron es tan grande, que es una presencia que en muchos casos desdibuja la identidad de los que están vivos y los buscan.

En el caso de doña Fabiola, buscábamos que a través de la escritura, ella y sus hijos ocuparan un escenario como personajes de esa historia, personajes que habían hecho cosas, que no solo las habían padecido, sino que habían sido actores en la transformación de esa situación tan difícil por la que han pasado. Doña Fabiola es una persona que conoce muy bien su caso judicial, al igual que los expedientes, parece una investigadora forense, porque tiene todo el conocimiento que se requiere, entonces tratamos que su voz apareciera y que ya no fuera simplemente la sucesión de acciones legales, sino que fuera capaz de poner en el papel sus vivencias de mujer, de mamá enfocada en la búsqueda del desaparecido, pero de mamá con otros tres hijos que están demandando de ella, de mujer que se iba haciendo pública en la ciudad, que iba siendo un referente.

El trabajo que hicieron estas 60 personas que escribieron es de una generosidad que no tenemos cómo reconocerles, es el valor que tienen las víctimas cuando escriben lo que les ha pasado; era un ejercicio muy complejo, porque no era “doña Fabiola cuéntenos y grabemos”, no, ella tenía que escribirlo y narrarse en esa historia y cuando uno escribe se edita, ¿cuántas versiones hicimos?, muchas: esta frase sí, esta no, el nombre del militar X ¿lo vamos a poner? Escribir es poner en cuestión nuestros propios recuerdos y eso no es fácil, ¿eso que yo estoy recordando si pasaría así?, ¿o

yo con el paso del tiempo lo he cambiado tanto que de pronto ya no se parece? Entonces había que acudir a otras personas cercanas para que nos ayudaran a estar seguros de que el relato que doña Fabiola y los demás estaban haciendo los dejaba satisfechos, es decir, la responsabilidad de quien da un testimonio es enorme.

JDM —Patricia ¿cómo era el rigor periodístico? Es decir, ¿era como si ella fuera una periodista y tú una editora que le estuviera pidiendo hacer la historia con los cánones periodísticos o eran otras consideraciones?

PN —Había una flexibilidad grande y la idea era que cada uno de ellos lograra sacar esa voz de narrador que tienen, esa subjetividad y que se edificara ahí; nosotros fuimos insistentes en el dato, que la fecha sí fuera esa, que el nombre sí fuera, que el suceso sí hubiese ocurrido; en el caso de doña Fabiola no fue tan dispendioso, porque ella tiene un archivo y una historia muy bien elaborados. Pero con otras personas, no recordaban bien o cambiaban el nombre de la vereda y ubicaban el acontecimiento en otro lugar; en ese sentido, sí hubo un ejercicio importante de parte de nosotros para corroborar que esos datos del hecho quedaran consignados, porque el propósito era lograr un testimonio de ese suceso, y con esto no quiero decir que esos testimonios no tengan valor literario, tienen un alto valor literario, pero el objetivo no era que ellos hicieran una reconstrucción ficcionada de lo que les pasó, era un testimonio que tuviera importancia desde el punto de vista de documentar a esta ciudad lo que había pasado.

En ese sentido, nosotros sí éramos editores, en tanto les pedíamos ampliaciones en muchos casos, era tan

simple como esto: en una de las historias, una señora de Segovia contaba la historia del asesinato de su hijo y de su desplazamiento a Medellín, entonces en el desplazamiento hay un elemento que es muy importante y que siempre se los preguntan en las oficinas públicas y son las pérdidas, la persona llega a Medellín y dice: “Soy desplazada” y el funcionario le pregunta: “¿Usted qué perdió?”, entonces la gente tiene que hacer un inventario: perdí la finca de tantas cuadras, perdí 10 vacas, perdí un perro y los muebles. Hacen un inventario, lo más completo posible de aquello que se perdió material, además de la tranquilidad, de la dignidad, la libertad y demás. Entonces una señora decía en su historia, “a mi hijo lo mataron tal día en una calle de Segovia, ese día dejamos el pueblo, perdí mi casa que era muy bonita, hoy vivo en Medellín debajo de un puente”, entonces uno podría decir ahí está la historia y ese era el primer párrafo, pero esa historia se convirtió en 12 páginas. Entonces se trataba de pedirles a los participantes que ampliaran el relato a partir de preguntas, ¿ese día era domingo o era lunes o era martes?, ¿usted recuerda qué ropa tenía?, ¿usted recuerda si llovía o no llovía?, ¿de qué color era la casa? Todas esas preguntas les permitían mejorar ese relato del testimonio con una cantidad de información muy significativa del hecho.

No se trataba solo de decir, a mi hijo lo mataron en una esquina de Segovia, sino de mirar qué había en torno a esa familia que huyó y a ese muchacho que mataron, para crear un universo; entonces el lector se queda con la idea de que a esa señora le quitaron la casa donde tenía unos muebles de cuero con unos cojines rojos y

uno se lleva ese recuerdo como si hubiera visto una película, lo cual fija esa historia en la memoria de la gente. Esto es lo que estamos haciendo aquí, lo que han hecho tantos colectivos de comunicaciones en Medellín y en toda Colombia, traer los recuerdos y convertirlos en memoria, esto que estamos haciendo aquí es memoria en acción, estamos viviendo la memoria con doña Fabiola; ahora cuando nos vayamos va a quedar un audio y ese es un soporte del relato, pero la memoria es este compartir como lo hacían las sociedades ancestrales al hablar alrededor del fuego; aquí estamos reunidos hablando con una mujer que tiene mucho que contar en un lugar muy importante para esta ciudad y estamos asistiendo a un maravilloso evento de memoria.

JDM —Fabiola, la desaparición de Luis Fernando fue en 1984 y pasaron 12 años hasta que pudiste darte cuenta que los restos que te entregaron eran de él, ¿crees que habrías podido hacer un ejercicio con Patricia como el que hiciste, sin haber tenido la certeza de que era Luis Fernando?

FL —El ejercicio con Patricia fue muy importante para mí, lo que más he admirado de ella es que la historia la narramos nosotros mismos, porque a mí me habían hecho entrevistas, pero no es lo mismo, porque ponen lo que consideran, pero con Patricia cada uno escribía su historia y después, al final, íbamos revisando a ver qué valía la pena, qué no, y eso es muy importante, porque uno tiene que hacer memoria y mirar que todo esté bien; yo siempre he admirado mucho lo de Patricia, porque todo lo que escribimos eran historias de verdad, que las corregimos y nos preguntábamos ¿qué hice ese

día?, ¿cómo estaba?, ¿qué pasó? Y en ese proceso es muy importante decir la verdad, sin importar el costo que tenga que pagar, porque eso sí se lo aprendí a mi mamá.

Esa defensa de la verdad, me llevó a pedirle al Estado la verdad de la suerte corrida por Luis Fernando, porque nos demoramos 4.428 días en esa búsqueda. Y en ese proceso nos dijeron muchas mentiras, porque el Estado negaba todo, que no sabía, que no lo conocía, que después resultó siendo un NN, alias “Jacinto”, y eso fue muy importante para mí, tanto que me llevó a buscarlo hasta lo último.

Cuando tuve la oportunidad de conocer al doctor Héctor Abad Gómez, y él me empezó a ayudar, mientras él averiguaba por un lado, yo lo hacía por el otro, comencé a hacer mi archivo, que a la hora de la verdad se volvió emblemático, tanto que ya lo valoran mucho; la Unesco lo declaró Patrimonio de la Humanidad, pero no lo hice sola, sino que recibí mucha ayuda, por la sencilla razón de que lo que estaba contando era verdad.

La pregunta principal que me hacía era, ¿por qué lo desaparecieron? Esa pregunta me llevó a conocer la estrategia del Estado y del Ejército con lo que se llamó la *Operación Cuervos*; entonces yo buscaba por un lado, y el doctor Héctor Abad por el otro, porque al fin de cuentas no sabíamos lo que había pasado. Por otra parte, Jorge mi hijo, se había ido a buscar por todas partes, porque estaban en el proceso de paz del presidente Belisario Betancur, o sea, que aquí también el proceso de paz ha sido un problema de toda la vida o si no miren, ahora estamos en el mismo proceso de paz, más emproble-mado que cuando yo estaba niña, que me tocaron las chusmas liberales y conservadoras.

A mí lo que más duele y me angustia es esa violencia del hombre contra el hombre en este país, solo al oír los noticieros yo me estremezco al saber lo que está pasando con los hijos, los niños, las esposas y no entiendo por qué aquí pasa esta historia tan aterradora y eso me ha marcado toda la vida. Porque encontramos a Luis Fernando y es una historia muy larga, pero al fin dimos con él porque mi mamá me había enseñado que la fe mueve montañas, que los designios de Dios son insondables, que orar es hablar con Dios y a Luis Fernando lo encontramos precisamente un miércoles santo. Y esto se logró, porque el juez que había llegado de la octava brigada, era un juez nuevo, porque los anteriores siempre habían negado lo de Luis Fernando y me hicieron cosas muy graves, y cuando llegó este juez y vio lo de Luis, me dijo: “¿Por qué no han buscado a este muchacho?, ¿qué fue lo que pasó?”. Porque cuando eso se llamaba NN alias “Jacinto”, ese era el nombre que le habían dado, y fue cuando llegó este señor que empezamos a buscarlo y resulta que el anterior juez había hecho algo clandestino, porque habían sacado el cuerpo y dijeron que no sabían y después me di cuenta que ese día le hicieron la exhumación y eso fue secreto y de ahí en adelante ellos seguían diciendo que no sabían, que no se acordaban.

A raíz de eso, me tocó comenzar a buscar toda la historia y apareció Héctor Abad y llegó un momento en el que el mismo Estado comenzó a decir que no lo conocía, porque el que había encontrado de ahora en adelante ya no se llamaba Luis Fernando Lalinde, sino NN alias “Jacinto”. Pero un médico que había sido alumno

de Héctor Abad, que estaba en Jardín, contó que habían detenido un muchacho que parecía que tenía las mismas características de Luis Fernando.

Por esos días en el periódico *El Mundo* había salido que había habido un problema con los del Ejército Popular de Liberación, quienes habían firmado con el presidente Belisario para cesar el fuego y que eso estaba en paz. A Luis Fernando lo habían nombrado comisario político y como le tocaba ir a buscar a los del Ejército Popular de Liberación, entonces le pedí que fuera a la Gobernación, aunque ya el presidente Belisario Betancur tenía el comisario político, y entonces fue allá a la Gobernación y pidió, porque no le querían hacer caso y él contó que tenía que hacer eso, entonces le dieron la orden del gobernador; así él podía ir a dar vuelta a todos esos que estaban esperando y él iba a darles una inducción para que cuando ya salieran de allí tuvieran su propio partido, pero Luis Fernando se fue a trabajar un día allá y había habido un accidente del ejército de Manizales, y habían cogido una gente de allá y la habían aporreado, Luis Fernando logró salvar a algunos y dejarlos en la vereda Verdun y cuando salía para la casa fue que lo cogió el Ejército y un muchacho dijo que él era del Ejército Popular de Liberación y, del miedo de que le pasara algo porque estaba con esa gente, entonces dijo que él era guerrillero y empezaron a hacerle todas las cosas que pasaron y cuando salió de allá de la vereda, hasta ahí se llamó Luis Fernando Lalinde y cuando Jorge fue con la foto tiempo después, los campesinos le contaron qué era lo que había pasado con Luis Fernando, porque ahí cerca estaban los del

EPL, que él iba a verlos, él era muy amigo y les enseñaba a escribir, a hacer actividades con la misma gente de la vereda y entonces lo conocían y lo apreciaban mucho.

Debo decir que en todo el caso hubo mucha solidaridad, más o menos de 200 personas y organizaciones que me ayudaron, estaba la ONU, la OEA y ya con el doctor Héctor Abad Gómez empezamos a agotar todos los recursos internos. Y nos dimos cuenta que a mi hijo no lo conocía nadie, pues se hablaba era de un tal NN “Jacinto”, pues le habían quitado todas las cosas cuando salió de la vereda Verdun. Con esa historia, empezamos a insistir y a persistir; el doctor Héctor Abad mandó esa información a la OEA y ellos le escribían a Colombia y el Estado siempre contestaba que no sabía quién era “Jacinto”, que no lo conocían; ellos siempre dijeron mentiras y en un momento contestaron que el caso ya estaba aclarado y, sin embargo, la familia no sabía nada, nadie sabía qué era lo que se había aclarado. Al final de cuentas, el caso de mi hijo lo archivaron sin aclararlo.

Hasta que ya en 1988, la OEA ya cansada del tiempo que pedía al Estado colombiano para la investigación, salió en firme la resolución en la que decía que Luis Fernando Lalinde Lalinde había sido detenido, desaparecido y ejecutado extrajudicialmente y que eso lo había cometido el Estado.

PN —La preocupación de Fabiola y su familia era cómo les iban a cobrar esa resolución y para saberlo les voy a leer un fragmento que resume muy bien cómo fue la cuenta de cobro. Lo que leo a continuación fue escrito por doña Fabiola:

La casa era de tres niveles y en ese momento se encontraban Adriana, Jorge Iván y un amigo suyo, la alcoba de Luis Fernando no había sido requisada aunque habían entrado a ella, todo indicaba que la tenían reservada para cuando yo llegara. El allanamiento, dijo el capitán, se debía a una llamada según la cual en mi casa había movimientos sospechosos, iniciaron la requisita de la alcoba de Luis Fernando, quien llevaba ya cuatro años desaparecido, pero yo estaba tranquila pues tanto su closet como sus libros se arreglaban y se sacudían regularmente con la esperanza de que regresaría; del closet habían seleccionado unos libros de sociología de la universidad, ejemplares de revolución que se vendían normalmente en la calle, no eran clandestinos, unas revistas Semana que tenían como portada a Pablo Escobar, al cura Pérez y a Tirofijo. Cuando prácticamente terminaban de inspeccionar el closet, el capitán me dijo que de todas maneras debía acompañarlos al batallón, mientras yo confirmaba que en el bolso tuviera las cédulas y demás documentos, entonces el capitán se agachó y del rincón de la parte baja del closet, apareció con una bolsa en la mano y me preguntó: “¿Y esto señora?”, “pues como qué”, “pues la coca”, respondió con el paquete cerrado. “¿Coca?”, pregunté sin saber de qué me hablaba. Entonces abrió la bolsa y sacó dos paquetes de plástico transparente y nuevecito que contenían una sustancia blanca, pellizcó un paquete y probó, “señora, esto es coca”. La verdad es que yo la coca solo la he visto en televisión. Entonces “¿cómo explica la presencia de estos paquetes aquí?”. “Capitán, esto lo tiene que saber usted mejor, que está allanando mi casa”.

Nunca mostraron la orden de allanamiento y en definitiva tenía que ir al batallón a una indagatoria por ser la dueña de la casa, Jorge manifestó que él me acompañaba pero yo me opuse, él insistió con que no me dejaría sola, nos llevaron en calidad de detenidos, nos negaron toda la tarde hasta que se pronunciaron las Organizaciones de Derechos Humanos y nos permitieron recibir ropa y comida.

Ahí fue cuando doña Fabiola estuvo internada, detenida en el Buen Pastor por narcotráfico.

FL —Sí, y me sacaron en el noticiero como la jefe de la narco-guerrilla en Antioquia, terrorista y subversiva.

JDM —¿Cuándo se declara la *Operación Sirirí*?

FL —Cuando llegué al Buen Pastor me di cuenta que a Luis Fernando se lo llevaron en la *Operación Cuervo* y, como oposición, teniendo en cuenta que yo era insistente, persistente e incómoda, mi operación se llamaría *Sirirí*, porque yo iba a buscar a mi hijo toda la vida, así no lo encontraría. En la cárcel recordé a mi mamá que decía que orar era hablar con Dios y entonces cerré los ojos y cogí la Biblia y la abrí en San Lucas en el pasaje de la viuda y el juez, que cuenta la historia de un señor que estaba muy bravo y decía que creía en Dios, pero no le importaba nadie y que no se aguantaba a esa señora que era una viuda que no hacía sino insistir y persistir por unas cosas que él no le había resuelto, y entonces dijo que le iba a resolver eso porque no se la aguantaba, entonces Jesús les dijo a sus apóstoles: “Si eso hace un señor malo con esa viuda, ¿qué hará el padre con sus hijos?”.

Mi situación era muy similar a esa historia, entonces me decidí a seguir insistiendo como un sirirí;

a Dios le pedí que me ayudara a resolver y a sacar el caso de Luis Fernando; sin embargo, me cuestionaba mucho porque no entendía por qué Dios me tenía en ese lugar, pues yo no había cometido ningún mal. Me habían dicho que me podían dejar hasta 25 años en el Buen Pastor. Pero Dios me mandó unos ángeles de carne y hueso, representantes de la ONU. Recuerdo mucho a Diego García Sayán, un peruano que me hizo en privado la entrevista.

El 2 de noviembre tuve la audiencia con el juez quinto especializado. Mi vecina que era mi abogada, esperando el turno allá en la oficina, oyó al que me había hecho el allanamiento de la casa, que era de la policía, diciéndole al juez: “Esa señora es inocente, esa familia no es de narcotráfico ni nada de esas cosas, es una familia muy seria y decente, ellos no tiene nada que ver con eso, lo que pasa con esa señora es que el Ejército le desapareció un hijo y ese ha sido el problema”. Al otro día que era 3 de noviembre y precisamente Luis Fernando cumplía años, me dijeron que recogiera mis cosas porque yo salía del Buen Pastor.

PN —Para cerrar, les voy a leer un fragmento de la salida de la prisión de doña Fabiola, porque es un momento muy importante haber estado en la cárcel, fue determinante para la decisión que ella tomó:

Salir de prisión representó para mí un nuevo nacimiento, el temido juez, al final ganó en derecho, quedó claro que la droga no era nuestra y que había un enfrentamiento entre las fuerzas militares y la familia Lalinde, a raíz de la desaparición del Luis Fernando y las con-sabidas denuncias; quedó pendiente por investigar cómo


llegó la droga al clóset de mi hijo desaparecido; el caso fue archivado y ningún militar fue sancionado. Jorge Iván, quien estaba en la cárcel Bellavista también fue liberado y nos reencontramos en la casa. Mauricio tuvo que refugiarse donde los amigos, porque el capitán le había manifestado a Adriana que le dijera a su hermano que se cuidara porque estaban tras de él. Durante mis días en prisión, Adriana había quedado totalmente sola en la casa, pero contó con la solidaridad de vecinas y amigas y con la presencia que nunca ha faltado de mis compañeras del colegio. Al día siguiente llegó Amanda de Bogotá, siempre he manifestado que la solidaridad ha sido la verdadera protagonista de esta historia, la cual se ha convertido en una experiencia dolorosamente bella.

PN —Quiero agradecerles a todos por venir, a ustedes que han asistido a escuchar y a las personas que seguramente están escuchando esta conversación por medio de la emisora de la Universidad, porque creo que a este país le hace falta este ejercicio: escuchar, dejarse llevar por las palabras de otros y tratar de entender lo que ese otro ha vivido. Además de agradecerle a doña Fabiola, quiero dar las gracias al público, a los ciudadanos, por venir a hacer este ejercicio, que si bien es un encuentro en un escenario de la cultura, es un ejercicio político y estar aquí es también una manera de decir que no queremos que vuelvan a pasar sucesos como del que fue víctima Luis Fernando. Hay miles de madres en Colombia haciendo este mismo ejercicio muy solas y están esperando que nosotros las escuchemos, están esperando la acción de la ciudadanía en la exigencia al Estado para que encuentre esos cuerpos, los

identifique, los devuelva y para que evite que en el futuro tengamos que estar reuniéndonos a escuchar este tipo de historias.

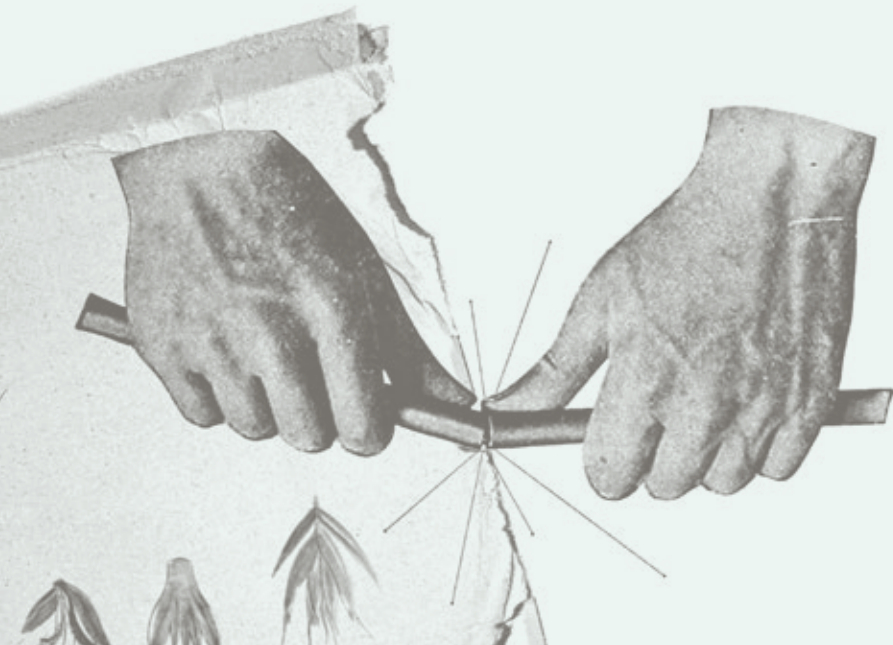
JDM —Cuando empezamos yo le dije a Fabiola que le presentaba disculpas por traerle un tema que seguramente era doloroso para ella y yo pensaba en un cuento de Borges que seguramente todos lo conocen, *Funes el memorioso*, en el que hay un personaje que es un gaucho, que después de un accidente que tuvo al caerse del caballo, despierta y queda con una facultad de recordar todo, fotográficamente. Una vez se puso a recordar el día anterior y se gastó un día entero, porque recordaba segundo tras segundo lo que ocurría. Debe ser terrible tener que recordar todo y por eso es que yo valoro tanto lo que acaba de hacer doña Fabiola, ese acto de recordar delante de nosotros algo que seguramente todavía le despierta muchos dolores. A nosotros nos deja muy conmovidos, pero también nos deja con la convicción de que hay unas personas muy valientes que son capaces de recordar en público, de frente y en voz alta, lo cual es una gran lección, pues el olvido también es un derecho, pero la memoria tenemos que recuperarla y yo creo que lo que acaba de ocurrir hoy es una muestra de eso.

FL —Tengo muchos agradecimientos todavía en curso, pero quiero contarles que el Centro de Memoria Histórica obtuvo mi archivo, se lo llevó para Bogotá y lo digitalizaron. Yo les había dicho cuando lo adquirieron que estaba muy bien que se lo llevaran, pero les pedía que lo devolvieran nuevamente a Medellín, pues ha pasado



que cuando cambian de gente, sacan a todo el mundo, botan los libros y los rompen, por eso pedí que digitalizaran el libro que está en el Centro de Memoria Histórica. Les agradezco este espacio para escucharnos.

12 de abril de 2018



Germán Valencia

y Pastor Alape

LOS INCONCLUSOS DEL ACUERDO

Luego de año y medio de la firma del Acuerdo de Paz, la cátedra Ciudad al Centro convocó a dos invitados para hacer un balance de dicho acuerdo, así como un análisis de los avances y pendientes en el proceso de implementación. Por un lado, estuvo presente Germán Valencia, politólogo y profesor de la Universidad de Antioquia y, por otro, Pastor Alape, uno de los líderes de la extinta FARC, ahora llamada Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común. Mientras para el primero, dicho acuerdo es una ganancia en el sentido de reducir el conflicto armado y hacer un reconocimiento de las víctimas, a pesar de las dificultades; para el segundo, el reto más grande ahora es llevar a cabo su implementación, que cubija la reincorporación pacífica de sus miembros a la sociedad, con proyectos educativos, económicos y políticos, que permitan un regreso satisfactorio a la vida civil. Sin embargo, es consciente que la falta de planeación estatal así como los vaivenes de las elecciones políticas pueden dificultar y retrasar aún más dicho proceso.

JUAN DIEGO MEJÍA —En principio, para que empecemos a centrar la conversación, quiero declararme como uno de los ciudadanos que más fuerza le ha hecho a este proceso, como uno de los que más se emocionaron cuando se firmó, de los mismos que sufrimos cuando el 2 de octubre pasó algo que no pensábamos que iba a ocurrir, pero también pienso que todos esos hechos son los que nos han enseñado como sociedad a entender muchos aspectos de nuestra historia. Casi siempre Colombia no aprende en los libros y no aprende en tiempos de paz, sino que aprende con hechos concretos, es lo que se llama una educación experiencial, entonces yo creo que este es el momento para que, en medio de la confusión que puede reinar entre nosotros, tengamos a estos dos personajes que nos pueden aclarar ciertas cuestiones.

Quiero partir de una primera pregunta para ambos, que puede ser la caracterización del momento, es decir, ustedes declaran que este es un momento complejo, ¿cómo pueden leerlo?

PASTOR ALAPE —Primero, quiero agradecer a la Universidad de Antioquia y al profesor Germán Valencia por venir aquí, a elevar un poco las emociones que tienen que acompañar este minuto de nuestra historia, con la posibilidad de poder, a partir del silencio de los fusiles y de parar la guerra, entrar a la solución del conflicto. Quiero ante todo, empezar diciendo que nosotros nos ubicamos con una mirada llena de complejidades en cuanto al horizonte que íbamos a trabajar y a transitar, cuando tomamos la decisión de negociar. Venimos de unos gobiernos que incumplen pactos, promesas

y acuerdos. Eso estaba claro en el horizonte de acciones, por lo tanto, definamos esta nueva realidad como un nuevo campo de batalla, el campo de batalla de las ideas y del acto concreto de poder transformar desde el ciudadano del común, las necesidades que requiere el país, en cuanto a establecer políticas públicas desde la acción de las comunidades.

Desde un principio sabíamos que veníamos a confrontar otras condiciones, pero también tenemos que decir que sí estábamos claros de que la pelea, es decir, la acción, no iba a ser fácil, creíamos que el gobierno iba a asumir de manera más fehaciente y más responsable sus obligaciones. Aun así, nos encontramos en una situación muy compleja, muy crítica, porque se empezó a desmontar lo poco de seguridad jurídica que quedó en la JEP tras el hecho de la captura del camarada Santrich. La Jurisdicción Especial para la Paz fue desvertebrada en lo profundo de las condiciones que posibilitan que se pudiera empezar a construir un país con base en la justicia.

Desde este horizonte se inician las complejidades; por otra parte, hay terceros en el conflicto que quedaron por fuera y quedamos exclusivamente respondiendo el colectivo de exguerrilleros y un grupo de militares. Esto, por supuesto, genera muchas dificultades en el sentido de que no va a ser posible encontrar una justicia plena desde nuestras capacidades, pero, desde nuestra mirada, también abre las posibilidades a que actores de justicia transnacional entren a poner mano en el territorio y consideramos que eso es mucho más complejo que lo que se había trabajado

en la JEP, en el Marco del Sistema Integral de Justicia, Verdad, Reparación y no Repetición. Ante este hecho, que se inicia con Santrich y no sabemos con cuántos más va a terminar, se abre el camino de lo que pasó con la negociación en Ralito, y esa es hoy la preocupación, además de otros aspectos que iremos tocando en este encuentro.

JDM —Profesor Germán ¿cuál sería su opinión sobre este momento?

GERMÁN VALENCIA —Cuando se instala la mesa en Noruega y luego de eso, en menos de 6 meses, se establece un primer acuerdo en torno al tema agrario, que es la bandera en gran parte de las FARC, nos sorprende bastante; y de ahí en adelante, con cada una de las noticias que se han dado, para bien o para mal, secuestro en cierto momento de uno de los generales, los ataques que podrían ocurrir, las discusiones en la mesa y cada una de estas situaciones me han llenado de entusiasmo para analizar, porque precisamente cada 8 días o cada 15 días nos sorprenden con noticias como la que ocurrió esta semana, por lo tanto, yo observo que a pesar de las dificultades que se puedan presentar, es mucho más lo que se ha ganado.

Con esta situación que se vive hay una oportunidad -más que para habilitar el proceso- para fortalecerlo, para analizar y mejorar, porque es algo que estamos escribiendo, que digámoslo así, no está terminado, no está finalizado y no está escrito, se escribe cada día; por lo tanto, es una postura de aprovechar esta oportunidad que se brinda en esta semana y en

estos momentos con las discusiones que se tienen en el país.

JDM —Es muy alentador oír que ambos están dispuestos a asumir esta conversación, reconociendo que estamos ante dificultades, pero que también está la voluntad absoluta de lograr mejores tiempos. Pastor, no hagamos una conversación en orden, empezando por la reforma rural integrada, no partamos de lo que está escrito en el papel, sino más bien un poco lo que nos sale del corazón. ¿Cuál es el punto donde más dificultades hay en este momento?

PA —Es difícil en estos escenarios, cuando se trata de estructurar y buscar salidas a los momentos complejos, hablar desde el corazón, hay que razonar y creo que este es un escenario para razonar y, en esa dirección, lo que estamos planteando no es para desfallecer, hay una realidad y a lo que estamos llamando a los colombianos es a fortalecer la lucha, la acción diaria del ciudadano en sus diversos espacios para salvar este proceso, esa es la clave que nos va a ayudar a que los que se oponen a los cambios y a la transformación no sean victoriosos.

Creemos que toda sociedad tiene un momento, un punto de partida para construir lo que llamaremos nuevas eras en su desarrollo y nosotros pensamos que haber podido silenciar las armas -como un compromiso con el país de abrir un nuevo espacio de acción para poder quitar justificaciones a los sectores que se oponen al cambio, generalizando la violencia-, es un alcance importante y es un hecho fundamental en nuestra historia y, a partir de esto, poder iniciar

un diálogo con la otra insurgencia, con el ELN, pues es también un aspecto importante, y creo que es aquí donde los ciudadanos tenemos que entrar a reflexionar y a ampliar todos los apoyos para garantizar que la salida política de este conflicto se mantenga.

Además, creemos que hay que dar unos mensajes claros acompañados de actos del gobierno, el cual en estos tres meses debe empeñarse en dejar una ruta clara, en dejar con el ELN por lo menos, montada la mesa, ya será una decisión política del nuevo gobierno si patea esa mesa, o por el contrario, mantiene el anhelo de la gran mayoría de colombianos de construir la paz. Cuando hablo de la gran mayoría de colombianos, muchos dirán, el plebiscito lo perdieron, pero es que el plebiscito no recogió tampoco a la mayoría de colombianos, hubo un número importante de colombianos que no participó y ese será también un tema de debate, de análisis académico e investigativo, pues hay una problemática en cuanto a las estructuras de mecanismos de participación política que han hecho que el ciudadano del común se margine de esos procesos de elección, porque no los considera legítimos, es decir, son legales, pero no tienen legitimidad en la mayoría de colombianos. Sin embargo, un paso importante de este proceso es que a pesar de todo en estas elecciones, la aguja de medición de la abstención bajó un poco.

Los anteriores son elementos que tenemos que mostrar, en el sentido de que no podemos dejar que nos arrebatan este proceso que iniciamos la mayoría de colombianos, por lo tanto, el análisis de lo crítico

hoy en el debate es la seguridad jurídica, aspectos que pueden ayudarnos a que el régimen en toda su estructura no tome decisiones que impidan que podamos avanzar hacia la construcción de civilización y de un Estado moderno, en el marco de la democracia liberal; no estamos planteando otra cosa y eso está claramente establecido en los acuerdos.

JDM —El profesor Germán mencionó algo muy importante con respecto a la inseguridad jurídica y también hizo alusión al hecho de los resultados del plebiscito, en donde muchos ciudadanos se marginaron de participar. ¿Esa inseguridad jurídica nace de la débil participación de quienes apoyaban realmente el proceso? ¿Si hubiera habido un resultado diferente el 2 de octubre esa inseguridad política no existiría?

GV —En la política es importante preguntarnos siempre por los actores, pues estamos en una etapa del proceso de paz y llevamos un año y medio de haberse firmado el acuerdo; estamos en una etapa en la cual se dijo primero, vamos a hacer unos acercamientos de manera muy secreta durante dos años, hasta septiembre del 2012, casi a la fecha en la que se posesionó el Presidente, luego duraron casi 5 años en negociaciones y luego de eso fue la implementación. Durante toda esa segunda etapa, casi todo el poder lo tuvo la guerrilla en su negociación con el Estado y un apoyo de la comunidad internacional y allí la participación de la sociedad civil fue escasa.

En ese espacio tuve la oportunidad de mostrar las diversas formas en que la sociedad civil estaba participando en el proceso de paz y se decía que se tenían

muy pocas opciones de ir a la mesa, pero se podía participar a través de cartas, de consultas, a través de foros en Bogotá, sin embargo, la participación real se daría solamente al final del proceso y eso se criticó en cierto momento, porque se dijo que la ciudadanía debería participar y ser mucho más activa, pero desde la academia y desde la experiencia internacional se han mostrado las dificultades que se tienen en la participación de la sociedad civil. Sin embargo, aquí en Colombia, se le trató de dar participación a la sociedad civil en esa etapa de negociación y había cierta confianza en que se iba a ganar, porque ¿quién no iba a elegir la paz del país en el marco de un conflicto de más de 50 años, con todos los daños que había causado?; no obstante, debido a la oposición que se presentó, ganaron por muy bajo margen y fue problemático frente a ese asunto.

Hoy, estamos nuevamente en una situación de polarización en la que los políticos siguen utilizando la paz como un elemento para ganar poder, para ganar votos, como históricamente ha sido. Ese es un factor de riesgo jurídico, pero también de riesgo social. A la ciudadanía se le dijo que iba a tener presencia en el punto de la implementación y hasta el momento, la ciudadanía ha participado muy poco en este tema, pues se le ha dado mayor preponderancia a lo procedimental y al asunto de la discusión en el Senado. La falta de participación se debe en parte al desconocimiento que se tiene con respecto a la reincorporación política, económica y social. La problemática general es que no hemos

introducido a la ciudadanía en el proceso de paz, no la hemos enganchado.

JDM —Me gustaría preguntarle a Pastor algo que es un poco más visible para los ciudadanos comunes, en cuanto a la participación en política. Yo tengo la percepción de que ha sido más difícil de lo que se esperaba la participación en política de los excombatientes, el caso por ejemplo de Timochenko en la campaña presidencial. De todos esos actos violentos que vimos la gente ha tomado partido. ¿Cuál ha sido la percepción de ustedes frente a esa participación en política? ¿Era lo que esperaban? ¿Ha sido una sorpresa la forma como la ciudadanía del común los ha recibido?

PA —No ha habido sorpresa, sucede que todo estaba muy claro desde el momento que se hunde la reforma política, es decir, el acuerdo tiene un punto que es la participación política y se acordó que se requería una profunda reforma que permitiera la participación de los sectores excluidos, los sectores minoritarios y los sectores de oposición en igualdad de garantías, que se estableciera el estatuto para la oposición y se pudiese transformar toda esa estructura que caracteriza la mecánica de la política, que permite que los partidos sean empresas electorales y así poder garantizar la participación democrática para la sociedad.

Pero el Congreso legislativo fue tumbando todas esas reformas, llegaron hasta a impedir la participación de las regiones afectadas por el conflicto. El acuerdo incluye 16 circunscripciones especiales de

paz, para que esos territorios que estuvieron marginados pudieran entrar en el escenario legislativo y abrir el horizonte de posibilidades.

Los hechos que se dieron con Timochenko en su campaña fue parte de una mala planificación de las actividades de él en el Quindío, aquí creo que hicimos un acto y, por supuesto, trataron de sabotearlo, pero no tuvo la incidencia porque se tomaron las medidas particulares para evitarlo. Lo que sucede es que a partir de una estructura mediática se inicia un proceso de seguir estigmatizando a una fuerza, porque lo duro no ha sido contra las FARC, lo duro ha sido contra las fuerzas que más compromiso muestran con el cambio.

Por ejemplo, los hechos graves contra la campaña de Petro son reconocidos y eso lo que en conclusión demuestra es que es otro de los inconclusos del acuerdo, es decir, no se dio la reforma política necesaria para poder avanzar en ampliar y en profundizar la democracia, entonces esos son los elementos que debemos tener aquí en cuenta y, por supuesto, coincido con lo que dice el profesor Valencia de que en el proceso no pudimos en ningún momento incluir a la sociedad civil, excepto en las mesas que se hicieron en La Habana, con todo lo complicado que era hacer esas mesas, por todos los costos y lo incómodo de los viajes, es decir, las mesas que se hicieron con las víctimas, con el sector étnico que fue peleado con el gobierno, que no quería que ese acuerdo fuera firmado con la participación de la ciudadanía.

Lo anterior se evidencia en que la participación no se dio en pleno sentido con el ciudadano de a pie,

sino que eran eventos en Cartagena, eventos más de élite, porque la visión del gobierno era que primero había que convencer a los poderosos de este país y no al país como protagonista diario de las actividades de construcción de nueva nación. Entonces no hubo una pedagogía y tuvimos otro inconveniente, pues se generó cierto pulso entre el presidente Santos y el expresidente Uribe, pero no hubo participación de la gente, es decir, acciones para mostrar lo que implicaba el acuerdo de paz y sí hubo recursos para que en ese pulso pudieran derrotar la posición de Santos, eso también hay que mirarlo desde esas condiciones.

gv —De hecho, la participación política fracasó. El M-19 ha participado en política, el Quintín Lame, la Corriente de Renovación Socialista, cada uno de ellos nos muestra lo importante que fue la participación y las FARC participaron, y nos sometimos entonces a que nos contaran y a que miraran a ver si había posibilidad de que la población los apoyara, pero la participación fue muy poca y yo creo que fueron alrededor de 40 mil votos los que se dieron para las FARC, pero si uno mira los otros temas, como la circunscripción especial, ese fallo no se dio, la reforma política que se quería en el Congreso tampoco se dio y los fallos les impidieron, con el asunto del dinero, que no tuvieran qué hacer.

Si miramos el asunto políticamente, una campaña es como una empresa y efectivamente hay que tomarlo de esa manera, y una empresa para producir efectos tiene que tener productos, insumos, tiene que tener un proceso y, finalmente, muestra el producto que se tiene. Con la participación de las FARC encontramos

una empresa que apenas tenía un capital inicial que les dieron: tenga este plante de 10 curules, vamos a ver cómo van a ser capaces de ahora en adelante de trabajar, les vamos a dar unos beneficios, pero vamos a hacer algo y ustedes lo van hacer ¿están preparados para la reintegración política para las FARC?, esa es la pregunta que uno se hace, están preparados para hacerlo y ¿qué es eso de reincorporación?, si lo tomamos en el lenguaje normal, es meterle a un cuerpo una parte que se le ha salido o colocar una parte dentro de otro cuerpo y, suponemos entonces que aquí hay un cuerpo social, el cuerpo político colombiano, donde hay otro cuerpo que estaba por fuera de él y que se va a reincorporar.

Sin embargo, no estamos preparados para eso, pues en Colombia tenemos unas reglas bastante complejas y difíciles, y hasta yo como politólogo tengo dificultades para entender la forma en cómo se hace política, como está repartido y distribuido, y es costoso y difícil hacerlo. Cuando miramos si los que se habían desmovilizado están preparados para ello, muchos de ellos están educados, es decir, se formaron para poder participar en política, saben cómo funciona, podían haber vigilado, por ejemplo, las mesas, saben qué es un voto nulo y qué diferencia hay entre uno y otro voto y la forma en cómo se cuenta y la forma cómo se hace. Pero, algunas personas que estaban ahí no lo sabían, es una de las características de las personas que hoy hacen parte de la Fuerza Alternativa y es que no conocen muy bien, porque no se han formado, porque se necesita un tiempo, si

uno en un sistema político como estos, educándose durante tanto tiempo encuentra las dificultades que tiene, ahora pensemos en personas que han estado alejadas de esta dinámica, entonces en política van a tener dificultades mucho mayores.

En ese sentido, podríamos decir que la empresa tenía unas deficiencias en tanto insumos y, posteriormente, encontramos el asunto de los recursos que se requieren, y otro aspecto que se tenía es la forma en que Colombia ha educado a la población para ello, pues para poder haber una participación y, sobre todo, un apoyo de estas organizaciones, debe haber una atracción frente a las propuestas que se hacen, además de otros elementos psicológicos y sociales como la reconciliación, el perdón y otra serie de asuntos que son centrales, y ahí tal vez es donde estamos más problematizados en Colombia y donde menos hemos avanzado con la sociedad; necesitamos darle a un votante un programa y además decirle que vote por las FARC, pero yo creo que la población colombiana no está preparada para eso y no se ha trabajado en el país lo suficiente. Entonces “la oferta” de las FARC tiene ciertas debilidades y, por el lado de la “demanda”, los votantes en Colombia no están preparados tampoco para poder asumir una votación como se quería en la reincorporación política de las FARC.

JDM —Pastor, tomemos otro punto, que puede ser el que mayor percepción tiene la gente que se cumplió: el cese al fuego y la dejación de armas.

PA —La lectura que han hecho diversos mecanismos de medición de implementación del acuerdo, tanto la iniciativa donde trabaja el colectivo del doctor

Samper, como un centro de investigación que ha venido manejando Jorge Rojas y otros sectores, plantean que lo que se ha implementado realmente es un 27% del acuerdo y de ese 27% del 100% es lo que ha hecho las FARC; llegó y cumplió el cese al fuego estrictamente con una observación permanente de las Naciones Unidas, acompañamiento en ese momento del CSIR (Comité de Seguimiento a la Inversión de Regalías), que estaba en diferentes actividades. Además, la dejación de armas completa todavía se retrasa por un Estado que, diríamos, es paquidérmico y desestructurado, al que hay que estarle rogando para que vaya a sacar las caletas que aún quedan, porque ha sido todo demasiado lento.

De otro lado, los recursos, lo que llamábamos el capital, la economía de guerra, que eran los recursos que teníamos para sostenernos en la resistencia armada, ha sido una pelea para que el Estado vaya a recogerlos, ustedes recuerdan que hicimos el primer depósito de esos recursos en Antioquia, un oro y unos recursos en efectivo, inmediatamente apareció el señor fiscal atravesado y le puso una talanquera a la Sociedad de Activos Especiales para decir que no le tocaran los fondos del FRISCO (Fondo de Rehabilitación, Inversión Social y Lucha contra el Crimen Organizado), porque esos eran para la Fiscalía; duramos prácticamente tres meses en una pelea, nosotros pidiéndole al gobierno una resolución, una norma para que la AER (Apoyo Económico a la Reintegración) pudiera recoger esos recursos.

Esa es la realidad; entonces todo el compromiso ha sido de parte nuestra, sin embargo, ustedes van a los

espacios territoriales y la gente tiene unos proyectos por iniciativa propia, que hemos venido fortaleciendo de algún manera al poner la totuma a la comunidad internacional, y es vergonzoso decirlo, pero andamos pidiendo limosnas, porque el gobierno no ha ejecutado de manera acertada lo que tiene que ver con la implementación. Por eso podríamos decir que sencillamente este gobierno no tenía ni estrategia de paz, ni mucho menos, una estrategia para implementar el acuerdo después. ¿Por qué se extiende todo el proceso de conversaciones? Simplemente, porque no tenían una construcción de estrategia de hacer el acuerdo, ellos tenían una visión de sometimiento de la guerrilla. A los 6 meses se firmó el primer punto, la reforma rural integral, pues se suponía que ya empezaban a hacer los ajustes, pero nada de eso se hizo, por eso hoy encontramos que en cuanto a la reincorporación económica y social de los exguerrilleros, no hay ninguna orientación, resolución o cualquiera de las figuras para articular la oferta educativa.

Aun así, nosotros iniciamos el programa de educación y estamos en un programa de establecer un programa de formación con flexibilidad, para una comunidad que tiene sus particularidades en edades y demás, y eso lo iniciamos porque el 80% de los recursos lo pusieron los noruegos. La crisis se presentó la semana pasada, en este momento hay 2270 personas estudiando en ese programa, en el primer semestre se gradúan aproximadamente unas 250 personas como bachilleres, eso lo estamos haciendo con la universidad a distancia, con la Universidad Distrital y dos

pilotos: uno en Vista Hermosa y el otro en Icononzo. Para el modelo propio de educación, los noruegos nos dijeron la semana pasada, que para el segundo semestre de este año tenemos solamente para 1000 cupos, o sea, nos quedaban 1256 compañeros y compañeras por fuera del programa. A raíz de esto, nos tocó parar el programa, pues no podemos llegar a los espacios a sacar a los mejores estudiantes para que sigan estudiando y los otros se queden por fuera.

Otra problemática que se ha presentado es con el compromiso de la sustitución, se estableció el Programa Nacional Integral de Sustitución, pero eso está ligado a otros organismos que, lastimosamente van por otro lado, así las cosas, la sustitución es un fracaso por la misma visión del gobierno; firmamos acuerdos con las comunidades y la gente ha arrancado la mata, pero no se le ha llevado el proyecto productivo para poder reemplazar la mata. Podríamos decir entonces, que estos son programas agresivos y violentos de radicación, pues la gente se va de un territorio y va y siembra en otro, pero no hay estrategia; por consiguiente, lo que consideramos es que los ciudadanos debemos elaborar esa estrategia, tenemos que movilizarnos. Por eso creo que en estos encuentros, más allá de la reflexión, debemos pasar a la acción, movernos, insistir, empaparnos de las posibilidades, de los instrumentos que tenemos a partir del acuerdo para presionar al gobierno.

GV — Quería aportar varios elementos con respecto a la reintegración; desde que empezaron los programas de DDR (Desarme, Desmovilización y Reintegración en

el mundo), después de la Segunda Guerra Mundial, la que se ha encargado de eso es la ONU y esta organización estaba aquí y tiene mucho conocimiento; tal vez por eso uno confía demasiado en el proceso de desarme, que es lo que se tiene; además por las cifras que se viven y se conocen, aquí en Colombia la mayoría de desmovilizaciones, las 9 que habíamos tenido antes, inclusive con los Paramilitares, la entrega de armas por hombre había sido de 0,55, 0,60, era lo máximo que se entregaba, ahora se entregó 1,35 armas por hombre, muchas más armas de lo que se había entregado casi en cualquier parte del mundo y eso nos muestra que hay confianza frente a este proceso.

Pero existe cierto morbo en la población, un fetiche con las armas donde pareciera que en el proceso de paz lo más importante es cómo entregar las armas, tuvimos que poner a una de las personas, quizás en la que más confiamos y la que más tiene el carácter ético en el país para que dijera: “Sí, efectivamente, las armas las entregaron”, tuvieron que transmitir eso nacionalmente como si fuera lo más importante en un proceso de paz, y de ahí en adelante no nos hemos dado cuenta que lo importante no es tanto el desarme, ni la desmovilización, sino la reintegración económica, política, social de los ex combatientes, es decir, poder reintegrarlos para que no vuelvan a las actividades de la guerra, que es lo que buscamos, y eso deberíamos de haberlo cuidado, no tenemos que estar preocupados por las armas que tienen las FARC, sino de las armas que de pronto pueden atacar a estos grupos, a estas personas, como es la seguridad en las zonas.

Por ejemplo, hoy la reincorporación como se está dando, muestra la inseguridad en que viven estas personas, quienes deben salir de estas zonas porque los están matando; pero eso no lo muestran, en ese sentido, la reincorporación no es adecuada, pues no se les está protegiendo ni mucho menos brindando seguridad.

JDM —Creo que tienes toda la razón, hay imágenes icónicas que se nos han grabado desde siempre, empezando por ejemplo desde la entrega de armas de la guerrilla de Guadalupe Salcedo o luego, la entrega de armas del m-19, entonces la gente estaba esperando algo como eso. Es cierto que hay una fijación de los ciudadanos por ciertos iconos, pero superado ese tema, me surge una preocupación, porque uno ve en estos proyectos productivos que cuando se va a empezar algo en las regiones, van al banco, por ejemplo, a lo que legalmente pueden reclamar y apenas saben que vienen de este proceso todo se frena, pero ese freno no es ni siquiera institucionalmente, sino de una cierta espontaneidad de los ciudadanos; no sé si Germán o Pastor quieren hablar un poco de eso, no sé si es un morbo o es un temor, un pánico, una parálisis frente a este tema, porque no estamos listos para que esto avance y fluya.

PA —Yo quisiera antes de responder al tema que nos convoca, agregar un poco a lo que plantea el profesor Germán Valencia, y es en lo referente a la salida de la gente de los espacios, eso se ha transmitido mal y ha servido para distorsionar la verdad y aprovecharlo en clave electoral. Ustedes recuerdan que nosotros estábamos ubicados en todo el territorio; pero en el

debate de concretar la ubicación para los efectos del cese al fuego, dejación de armas e iniciar el proceso de reincorporación, nos ubicamos en 27 zonas. Primero tuvimos unos puntos de reagrupamiento y de ahí pasamos a 27 zonas pactadas, cuando nos pusimos a evaluar todas las actividades en las que se requerían liderazgos, concluimos que había que rebajarle a las zonas y quedamos en 26. Para un ejemplo, el espacio territorial que hoy es Carrizal, se recogió personal de Nordeste antioqueño, Sur de Bolívar, Bajo Cauca, Occidente de Boyacá y Santander, es decir, ahí llegó gente de todo el Magdalena Medio y Nordeste antioqueño; a medida que iba transcurriendo este proceso y que la implementación socioeconómica no se producía, la gente recurría entonces adonde tenía sus bases políticas, sus afectos, sus cariños, su familia y apoyo, sencillamente buscaba esos espacios.

Por eso tenemos un colectivo en San Francisco, en el municipio de Yondó, donde se ubica el personal que venía del municipio de Yondó, Cantagallo, San Pablo, un poco del Bajo Simacota, al otro lado del río Magdalena, y hay otros colectivos en Barrancabermeja y así sucesivamente. Aquí diríamos que la gente que se ubica en Vidrú, pues ahí había gente del Chocó, de Urrao, Frontino, Dabeiba, Quibdó, Atrato medio o bajo Atrato, donde ubicamos estos colectivos; entonces se van unos para Mandé en Urrao, porque son negritudes, pero otros se ubican en La Blanquita o Murrú, en el municipio de Frontino, otros se ubican en la cuenca del Jiguamiandó, pero no es que estén desertando, sino que sencillamente están buscando

dónde pueden mantenerse productivos, y ese es hoy uno de los retos que tenemos en la reincorporación de todos esos colombianos.

Por fortuna, los mecanismos que están acompañando este proceso, es decir, Naciones Unidas y la Unión Europea, han entendido que hay que acompañar estos procesos y no utilizarlos para hacer política, diciendo que la gente desertó de la zona. No, ya nosotros después de la dejación de armas, somos ciudadanos que podemos gobernar por cualquier parte del país, pero si seguimos unidos es porque la reincorporación tiene que ser fundamentalmente colectiva; 8 millones, que era lo que da el gobierno para una sola persona es más complejo que 100, entonces esas son las realidades. Pero se han presentado algunas trabas, Ecomún, que es la Organización de Economías Sociales del Común, que se estableció para todo lo que tiene que ver con la implementación y la reincorporación de lo económico y social, no ha podido funcionar por las orientaciones específicas de la Superintendencia Bancaria, por el banco del Estado, que no ha permitido que eso funcione; entonces hay corporativas que nos han dicho que no.

gv — Frente a lo económico, se toca un punto importante de la reincorporación económica, pero ese es solamente uno de los puntos, porque yo creo que le estamos haciendo preguntas solamente a lo que realmente se ha cumplido hasta el momento. Hay unas debilidades, pero en lo económico yo creo que está la gran transformación; estoy de acuerdo en parte con lo que se dice que no se piden grandes transformaciones y revoluciones que

cambien nuestro sistema económico, pero sí transformaciones importantes que hemos pedido desde hace mucho tiempo y que se han querido hacer en Colombia desde hace muchas décadas.

Quiero contar lo siguiente, y es que en los procesos de paz que hemos vivido en Colombia, de los nueve anteriores, lo económico no había sido casi importante; los primeros ocho procesos de paz que tuvimos desde el M-19 (¿saben ustedes cuánto era el tamaño del acuerdo que hicimos con el M-19?, ¿cuántas páginas creen ustedes?, 2 páginas, 11 puntos, después se aumentaron a 3, 5, 7, 11 páginas, eso se lee muy fácil, este acuerdo de paz son 312 páginas), y todo esto lo que nos muestra son unos grandes cambios que hay que hacer en el país y dentro de esos temas está lo económico, ¡claro!, en los procesos de paz anteriores casi en ninguno lo económico se había tocado, uno tal vez que se pudo tocar fue con la Corriente de Renovación Socialista, en el que se les dio unas fincas o unas tierras para que las trabajaran y que años después los paramilitares los sacaron de allí, eso fue lo que encontramos, y en ese tema económico tal vez los beneficios mayores no son para los desmovilizados, los beneficios mayores son para los colombianos.

En cuanto a la gran reforma agraria integral territorial, no se ha cumplido nada, porque solamente se dio una ley, para la tecnología de las leyes que se aprobaron, se pusieron tres leyes y se engavetaron durante todo ese tiempo, no se han discutido en el Senado, no se han aprobado en Colombia y eso nos muestra que esos temas centrales económicos y de

transformación del país todavía no se han logrado. Hay muchas debilidades que se tienen, por ejemplo, con los trámites normales que ocurren en el país, pero también porque tenemos que comprender una dinámica que hay en Colombia: donde hay dinero hay ojos, y hay ojos interesados.

Por eso, debemos ponerle cuidado a la transparencia con que están manejando esos recursos para los proyectos productivos, porque detrás de cada uno de esos recursos y esos fondos, existen ojos interesados en mirar cómo se lucran, cómo se invierten y además cómo se aprovechan, a veces para aumentar el patrimonio familiar neto privado; es decir, que existen intereses, lo que hace que esta reintegración económica marche lentamente.

JDM —Nos queda un punto por hablar, que me gustaría que no pasáramos por alto y es el tema de las víctimas. Me gustaría que abordáramos ese tema, ¿cómo lo ven desde la óptica de ustedes?, ¿qué se ha cumplido y qué nos queda faltando por cumplir?

PA —Parte del centro del debate de este proceso fueron las víctimas, resaltamos que las víctimas son el centro de este acuerdo, pero no para manipularlas ni para que el Estado desmonte su responsabilidad, sino que aquí tenemos que responderle al país todos y, sobre todo, la responsabilidad del Estado, porque un ente no puede subsidiar sus responsabilidades a terceros.

Primero trabajamos con la Comisión de la Verdad Histórica, dijimos, “vamos a buscar la verdad de la historia de este país”, porque aquí hemos venido desde el siglo antepasado en guerras; quiero recordar esto para decir sencillamente que aquí ha habido una

metodología violenta para hacer la política, esa ha sido Colombia, y la victimización es parte del actuar político; es decir, la violencia, y hoy lo estamos viendo en esta campaña, hoy estamos haciendo grandes esfuerzos para que le bajemos el tono al lenguaje de incitar a la violencia, porque eso es lo que ha dado réditos económicos y políticos. Entonces las víctimas no pueden excluirse y por eso establecimos el Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, que es lo que cobija tanto a la Jurisdicción Especial para la Paz, la Comisión de la Verdad como a la Comisión Nacional de Búsqueda de Personas Desaparecidas.

Nosotros iniciamos unas actividades tempranas, es decir, antes de firmar el acuerdo, se iniciaron desde nuestra responsabilidad, la devolución de restos de personas que habían muerto bajo nuestra competencia, ahí se mantiene esa comisión de búsqueda, pero sin dientes, porque tampoco hay recursos del Estado, no hemos podido establecer que eso tenga fuerza y, de igual manera, se excluye a un sector de las víctimas, porque aquí ustedes saben que se ha manipulado.

La gran ventaja que se tenía era la participación política de las víctimas en las 16 circunscripciones especiales de paz, que fueron hundidas por estos señores que hoy pidieron votos. Estuvimos en Bojayá, se hicieron unos compromisos allí con la comunidad y el Estado, y no se han cumplido; estuvimos en La Chinita y, de igual manera, no se han cumplido esas responsabilidades por parte del Estado, es decir, de ejecutar unas acciones concretas en el territorio, de tal manera que puedan transformarlos a partir de

establecer derechos y reconstruir el tejido social. No es reconstruirlo en conferencias, sino en concreto, con actos de vida, quiero decir, actos productivos, actos de formación, eso es lo que nos planteamos. En Granada también se hicieron unas actividades en las que el gobierno hizo caso omiso.

A pesar de todas esas dificultades, estamos planteando una actividad en Remedios, como un acto de reconciliación, donde vamos a ir los actores, tanto algunos militares, como algunos ex paramilitares, nosotros y las víctimas del Nordeste antioqueño, porque consideramos que por encima de la falta de ética y moral del Estado colombiano, los ciudadanos sí tenemos que empezar a asumir esas funciones, para poder ir generando unos espacios de debate, pero de debate en el acto concreto del territorio, es decir, lo que planteamos como la paz territorial no puede ser un discurso, tiene que ser un acto diario de participación de las comunidades, para poder desde ahí empoderarse y asumir funciones de control ciudadano, para poder transformar este país a partir de las capacidades territoriales de la gente.

Nuestro principal objetivo es profundizar en la democracia, esa es la visión que tenemos, porque si no las víctimas van a seguir siendo manipuladas y van a terminar en la constante disyuntiva ¿quién es el más criminal, la guerrilla o los paramilitares?, y eso no es lo que tiene que direccionar el proceso de paz, aquí todos los ejercicios que vamos a hacer en la Comisión de la Verdad y las participaciones ante la jep, tienen que permitirnos lo más importante: la

no repetición de este conflicto, eso es en esencia lo que buscamos.

gv —Tenemos una guerra de más de 55 años y hace tan solo 14 o 15 años se empezaron a reconocer las víctimas. ¿Qué pasó entonces antes de 1984?, ¿no había víctimas de la violencia y de esta guerra tan fuerte que se vivió? Pues apenas se reconocieron en el acuerdo actual; en los diálogos que se dieron en El Caguán, por ejemplo, ese tema no aparecía, las víctimas surgieron solamente después, específicamente en el 2005, y se manifestaron haciendo el llamado a ser reconocidas como actores políticos, con unas demandas que se trataron de establecer y después de eso han pasado una serie de normas, desde la 975, pasando por la Ley de tierras y víctimas. En ese sentido, las víctimas han ganado mucho y por eso fueron llamadas como uno de los pocos actores a la mesa de negociación en La Habana.

Es entonces en esta negociación donde aparece el tema de las víctimas, pero es más lo que han ganado en visibilidad que lo que se ha implementado en este acuerdo, porque realmente ese 27% puede ser muy poco, pero se debe, sobre todo, a una disposición de las FARC de cumplir cada uno de estos puntos. La intención de buscar perdón, de ir a la reconciliación, de visitar estos lugares, lo están haciendo a modo propio, tratando ante todo de lograr un mejor ambiente en esos territorios, en la zonas de reincorporación que tienen, para tratar de encontrar un lugar para expandir eso que llamamos la reconciliación. Pero yo creo que en ese tema de las

víctimas, estamos debilitados y todavía no ha avanzado el proceso en lo institucional; tal vez solamente habría que resaltar el asunto de crear una Comisión de Paz y Verdad.

Sin embargo, no se trata solo de asistir a la reconciliación, sino de la no repetición, sobre todo en nuestro territorio; estamos en una ciudad donde cerca de 700 mil personas son víctimas, esto quiere decir que 1 de cada 4 personas que viven en Medellín son víctimas ¿y qué se están haciendo por ellas en torno a este proceso de paz? Lo que se está haciendo es tratando de aplicar la normatividad que ya existía en el país, haciendo los procesamientos y los protocolos que se tienen para la atención de las víctimas, pero creo que se ha avanzado muy poco en este tema, en relación con lo que es el proceso y el acuerdo final de paz.

JDM —Oyendo hablar a Pastor, no me aguanto las ganas de hacerle una pregunta que surgió una vez hablando con el padre Francisco de Roux, quien me decía que cuando empezaron las conversaciones, hace mucho tiempo, las partes eran muy distintas a lo que son ahora, pero la conversación y el análisis los cambió. ¿Eso es cierto?, ¿tú en particular cambiaste, evolucionaste como persona, después de todo este proceso que te ha traído a hablar como has hablado hoy y, a pesar de la dificultad, hay esperanza y es posible superar estas dificultades?


PA —Creo que ha sido parte de los mitos de la confrontación el que se nos mirara como si estuviéramos aislados, nosotros nunca estuvimos aislados,

siempre actuamos en clave de acción política en los territorios y eso nos permitió mantenernos. Y les cuento una anécdota para tratar de configurar esto. En el debate cuando estábamos en el Consejo Nacional de Reincorporación, el otro compañero mío era Jairo Quintero, y cierta vez una funcionaria del gobierno me dice: “Perdóname Pastor, ¿cuál es el título académico de Jairo?”. Y le respondí: “Este güevón aprendió a leer en las FARC”. Y ella no me podía creer, de hecho me preguntaba por qué él sabía tanto. Pues sencillamente hacíamos política, es decir, estábamos en un trabajo de orientación con las comunidades, y sufríamos desde lo humano, tanto los golpes que recibíamos como nuestras propias equivocaciones, nos dolían nuestras víctimas. Yo soy de Puerto Berrío, un pueblo donde arrasaban a la oposición, la militancia del partido comunista y la unión de oposición. En esa época, mi familia tenía una finca, eso se perdió, me mataron un poco de familiares y hermanas, nos tocó criar otro tanto de sobrinos que quedaron huérfanos de esa guerra, del paramilitarismo, pero nosotros nunca guardamos odio y por eso cuando llegaron los militares a La Habana, hablábamos en clave de ciudadanos y empezamos ahí a hacer ese acercamiento.

En esa aproximación hicimos un primer ejercicio de trabajo conjunto de militares y guerrilleros en mayo de 2015, aquí está Olmedo que fue al primero que le tocó ese “chicharroncito”; cuando le dije “le toca irse para allá”, temblaba, y yo “hermano,

pues le tocó”. En Briceño, que empezamos el piloto de desminado, comenzamos a mirarnos de lejos, Olmedo se mantenía con el radio, el teléfono y escribía a La Habana “los militares vienen para acá”, porque empezaron provocaciones abiertas, pero a medida que se fueron encontrando discutiendo, se pudo ver que los soldados eran los mismos campesinos, se encontraron hasta familiares ahí, y empezamos a romper eso y hoy yo creo que si ustedes van a muchos espacios territoriales de aquí, por ejemplo en Llano Grande (Dabeiba), ustedes encuentran que hay unos servidores públicos que están ahí, que no dejan demostrar su condición humana, pero están también unos ciudadanos que están en proceso de reincorporación y hay otra comunidad de ciudadanos que están esperando que lleguen las ofertas de la paz.

Con todo esto, se ha logrado un trabajo colectivo, por ejemplo, el equipo de fútbol de Llano Grande está compuesto por soldados, policías, exguerrilleros y la comunidad en general y van a jugar el campeonato en la cabecera municipal; en las actividades festivas se unen todos en comunidad, hacen la preparación de los alimentos y comparten, y es eso precisamente lo que estamos trabajando con mucha fuerza, que nos miremos como ciudadanos con compromisos, que sea posible abrir espacios de participación en todos los escenarios, tanto en el económico, como en el social y político, para poder establecer una verdadera cultura de paz, para así cerrarle espacio a los que promueven el odio.



JDM —Creo que quedamos con una sensación de que sí hay salidas y sí hay esperanzas; muchas gracias a todos, especialmente a Pastor y a Germán por esta conferencia.

28 de febrero de 2019



Alonso Salazar y

William Fredy Pérez

¿POR QUÉ NOS MATAMOS?

Los invitados a esta charla admitieron desde el principio lo complejo que es tratar de dar respuesta a la pregunta de por qué nos matamos; sin embargo, al mirar el contexto nuestro, se aventuraron a plantear algunas hipótesis sobre esa tendencia a eliminar al otro. William Fredy Pérez, abogado y director de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, señala como una posible causa esa incapacidad para admitir que el otro disienta, pues esa manía por pretender “tener la razón” puede llevar a acciones letales. Por su parte, el escritor y periodista Alonso Salazar manifiesta que esa violencia que vivimos en los años 90 en Medellín, nos llevó a pensar un poco en ciertas problemáticas que antes no se habían mirado con atención, como era el crecimiento de la pobreza en algunos sectores de la ciudad, así como la necesidad de empezar a buscar alternativas para los jóvenes, uno de los grupos poblacionales más frágiles e ignorados hasta el momento, afectados de manera muy directa por los procesos violentos.

JUAN DIEGO MEJÍA —Reiniciamos este programa con esta pregunta que la Universidad nos plantea: ¿Por qué nos matamos? Una pregunta fuerte que tiene muchas formas de mirarse, y por eso hoy tenemos a dos pensadores de esta ciudad: William Fredy y Alonso Salazar. Ambos son investigadores que han trabajado y reflexionado mucho esta sociedad y que presentan dos estilos diferentes de mirar la ciudad y sus problemas.

Hablando antes con William, me decía que en la Universidad no se abordan los asuntos como los abordaría un ciudadano común, entonces nosotros, en vista de que tenemos una metodología y unos compromisos con el análisis, tendríamos que descomponer la pregunta y cuestionarnos primero: ¿Nos matamos? ¿Quiénes nos matamos? Considero que este tipo de análisis va a ser útil para todos nosotros y, en particular, tengo muchas expectativas en esta conversación, a pesar de lo difícil del tema, pues cuando uno tiene dos interlocutores de esta categoría podemos esperar reflexiones importantes.

Así que creo que la pregunta de por qué nos matamos apunta también a la naturaleza de lo que somos, a esa gran pregunta que se hace el arte, la ciencia, que se hace el hombre en todas las manifestaciones de la vida: ¿Qué somos como sociedad y como personas? Quisiera darle primero la palabra a William, porque ya lo involucré en la conversación con eso de cómo abordamos este tema.

WILLIAM FREDY PÉREZ —Gracias a Gisela por la invitación y a ustedes. Hay gente que sabe mucho de las cosas y uno apenas balbucea dos o tres. Con respecto a lo que mencionó Juan Diego sobre la precisión de la pregunta, no es que una persona del común no la pueda resolver porque

no sepa, sino que en la Universidad hay ciertos imperativos metodológicos y de precisión que la condicionan; de modo que esta pregunta de por qué nos matamos, es una pregunta que seguramente un académico la descompondría y empezaría a preguntar aspectos como los que usted sugirió, ya que el por qué nos matamos contiene una afirmación: nos matamos, pero entonces ¿quiénes?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿con qué medios?, ¿de qué manera?, etc.

Por supuesto que esta noche no vamos a hacer un ejercicio de investigación tan exigente como ese, pero sí vamos a analizar algunas ideas y unas hipótesis nuestras y de otros, sobre las razones por las cuales las personas les quitan la vida a otras en esta ciudad, lo cual se hace de formas distintas o en cantidades mayores con relación a otras urbes. Por lo tanto, yo entiendo el título como una invitación, no solo a responder esa pregunta de la manera como acabo de sugerirlo, sino también a pensar que la proposición no es gratuita, pues nos estamos matando y otra vez están creciendo los indicadores, entonces ¿qué pasa? Uno podría incluso aventurar una respuesta rápida, muy personal, pero que constituye una hipótesis improbable: nos matamos porque no hemos logrado descartar la idea de matarnos.

Qué pereza vivir en una ciudad en la cual uno no pueda tener una discusión con otro, porque una de las posibilidades que se considera es que alguien puede perder la vida; pero esto que estoy afirmando es improbable, ya hablaremos de otras razones por las cuales, según quienes han estudiado el fenómeno, se podría llegar a matar. Debo anticipar también que, por lo visto, en Medellín hay una convicción bastante difundida y

documentada sobre lo que llaman “la razón”. La razón sería el enfrentamiento entre organizaciones criminales o la proliferación de organizaciones delincuenciales.

Esta es una respuesta, es un buen camino, pero es insatisfactoria porque no es una razón por la cual nos matamos, es un mecanismo por medio del cual se produce la muerte violenta de otro; entonces tendríamos que extender la pregunta y cuestionarnos más bien: ¿por qué se forman, se sostienen y proliferan las organizaciones criminales en Medellín? Si esa es la búsqueda, entonces se presentará una derivación muy extensa y perfilaremos puntadas más o menos desordenadas, pero la trataremos de abordar sin salirnos de esa pregunta y, sobre todo, de la preocupación que ella sugiere, pues estamos preocupados por tanto homicidio que hay en la ciudad.

JDM —Yo sé que hay muchas formas de abordarlo, pero Alonso, quisiera preguntarte si el título de ese libro, el de principios de los años noventa, *No nacimos pa' semilla*, podría ser la explicación que dio un sector de la ciudad. ¿Por qué nos matamos? Porque “no nacimos pa' semilla”.

ALONSO SALAZAR —Muchas gracias también por la invitación. Yo en realidad quedé muy paralizado con la pregunta, se los confieso, porque es tan general, tan universal, que no es fácil encontrar una respuesta. De todas maneras quisiera proponer que avancemos un poco más en la mirada de Medellín en su contexto, por lo menos en el latinoamericano.

Creo que si nos propusiéramos más, desde el punto de vista de estudios, ver lo que sucede en México o Brasil, veríamos muchas cosas en común, supongo yo, y si nos

comparáramos con el Cono Sur veríamos unas diferencias extraordinarias, no solo en el número de homicidios, —por ejemplo Chile tiene 3 homicidios por 100.000 habitantes—, sino en las posibles razones y en la manera cómo funcionan las instituciones. De las 50 ciudades más violentas del mundo, 47 están en América Latina, y eso es algo que ya amerita una reflexión en general, relacionada con el mundo católico versus el mundo anglicano, versus el mundo calvinista, y cosas de ese tipo.

Dentro del contexto latinoamericano pensábamos al inicio de los años 90, con *No nacimos pa' semilla*, que Medellín era la única ciudad que iba a vivir eso y en realidad lo que pasó fue que Medellín anticipó lo que se fue propagando por todo el continente, con dos características: en primer lugar, la violencia hizo pensar en las ciudades; hasta entonces las ciudades no se pensaban, no solo en los índices de pobreza y todo esto, sino también en los procesos de poblamiento, en la manera como se tejen o se fracturan, y los urbanistas hoy, en distintos países, tienen una actividad muy intensa tratando de entender y ver cómo las posibles intervenciones de lo que aquí terminó llamándose urbanismo social, pueden ayudar a contener procesos violentos. Lo segundo fue que la violencia visibilizó los jóvenes, hasta entonces, prácticamente la juventud no existía y apareció algo que se llamó los “juvenólogos” o “juventólogos” y creo que es algo muy importante porque focalizó la atención, en algún momento, sobre un sector poblacional inmensamente frágil, afectado de manera muy directa, en esos tiempos, por los procesos violentos, que necesitábamos rescatar o reincorporar a una perspectiva de vida.

Yo creo que hemos tenido varias influencias muy fuertes en Colombia y en Medellín, como lo son las milicias guerrilleras y el narcotráfico, pero quiero resaltar el tipo de narcotráfico que hemos tenido, al cual le veo tres características que me parece importante mencionar: la primera es que es un narcotráfico que desde el inicio usó de manera desmedida la violencia; comparativamente, por ejemplo, con el cartel de Cali, a estos de aquí les gustaba matar, no solo en lo que implicaba el manejo de una economía ilegal, sino más allá, como un acto de soberbia, de dominación. En segundo lugar, es un narcotráfico que heredó un fenómeno cultural que persiste, tal vez como solo puede verse en algunas ciudades mexicanas, donde el crimen y lo religioso están refundidos, especialmente en la idolatría a la imagen de la virgen y todas esas cosas que ya están descritas en distinta literatura. Una tercera característica es que específicamente Pablo Escobar desafió al Estado, creo que hace mucho tiempo no había un antecedente, ni se ha visto en tiempos recientes, que un hombre, desde el mundo de lo que podríamos llamar “delincuencia común”, use más rápido las formas de la violencia política, como el terrorismo y el secuestro, que incluso la propia guerrilla y logre someter al Estado, pues creo que eso fue lo que pasó en 1990, cuando hubo una ley diseñada para ese sometimiento y una cárcel diseñada por él mismo.

Entonces en este contexto, no podemos entender cómo los fenómenos de la violencia han estado tan intrincados en los tejidos, en las formas de ser y de actuar de la gente de la ciudad en general. Recientemente leí un libro de Jorge Franco en el que vi que por primera vez

se atiende el tema de la violencia en la clase alta y también vi otro de Laura Restrepo sobre el crimen de la niña Samboní, lo que me parece muy importante, pues siempre hemos focalizado la mirada en los sectores populares, y aunque allá reviente la ola, la ola tiene un recorrido mucho más largo y ese recorrido tiene que ver con los otros sectores sociales. Yo mencionaría esto inicialmente para no extenderme.

JDM —Me parece muy pertinente todo lo que has dicho, ahí hay muchos factores: el tema de cómo la violencia visibilizó a la juventud es cierto, la juventud es un fenómeno relativamente reciente, que creo está asociado con Mayo del 68 en el mundo, pues antes se pasaba de la infancia directamente a la adultez; mi papá nunca me habló de que fuera joven, sino que fue niño y luego hombre con responsabilidades, pero a nosotros nos tocó el tema de la juventud y empezó a verse en ciertos círculos cultos, pero es la violencia en estos barrios populares la que llevó a descubrir que habían unos jóvenes que tenían unos anhelos.

Este punto me parece muy importante, pero quisiera que antes de que llegáramos ahí, William, ensayáramos una explicación de varios estados por los que hemos pasado, como la violencia política, la violencia del narcotráfico, estados que nos han llevado a que nos matemos, ¿qué tienen en común? Porque yo creo que tiene que haber alguna razón que explique por qué somos tan propensos a la violencia; es más, hace poquito hablaba con unos amigos y me decían: “¿Vos sabés que los perros en otras partes del mundo no le ladran a uno? Son tranquilos, uno pasa y no lo molestan, en cambio aquí los perros

están contagiados de algo, hay una furia contenida y se nota ahí mismo cuando alguno pasa cerca de uno”. Yo no creo en ese argumento que dice que como provenimos de españoles violentos, nacimos con ese ADN de la violencia, creo que ese es un asunto social y me voy más por el materialismo dialéctico para dar una explicación, pero no sé William qué nos podés decir al respecto.

WFP —Yo estoy de acuerdo, eso es como tratar de encontrar en otras partes gente que vaya con las llaves del carro por la calle, eso es muy nuestro: “Yo no soy cualquiera, tengo coche”, el carro entre nosotros no es necesariamente para transportarse, es para chicanear, pues esta es una sociedad en la que el carro da estatus, aquí la gente usa carro para 3 kilómetros, porque sabe que va ganando cuando se baja de ahí, pero bueno esto es una tontería para igualarla con lo de los perros.

En general aquí se han producido en los años 90 muchos trabajos sobre eso, dentro de ellos recuerdo los trabajos del profesor Duque. Si hay algo entonces que caracteriza a esos estados es justamente la violencia; la violencia atraviesa, aparece como la vigilancia privada que crece independientemente del régimen político, de las condiciones económicas de depresión o prosperidad. La violencia ha atravesado todos los estados con insurgencia más o menos, con conflicto armado o no; tenemos niveles de violencia importantes comparativamente, pero si se los ve en sí mismos, por supuesto que vemos diferencias: los años 2000 en adelante son una cosa distinta a los años 90.

Esa violencia y, en particular la violencia homicida, ha tratado de ser explicada aquí de muchas maneras. Los

trabajos del profesor Duque abordan el tema del alcohol, tema que generó incluso decisiones de política pública concretas como la restricción de la ley seca, la restricción horaria, etc.; entonces nos matábamos porque bebíamos. Sin embargo, uno iba a mirar cifras y se encontraba que solo el 18%, en promedio, por los últimos ocho años, de las víctimas de homicidio estaban bajo el estado de embriaguez, a lo que se concluía: “Entonces el riesgo es estar sobrio”. Otra hipótesis fue que nos estábamos matando en Medellín porque teníamos un problema de tejido social y entonces la reconstrucción del mismo se convirtió, en los años 90, en una preocupación central a la que se le invirtió mucho dinero, pero entonces uno decía: “Profe, pero ¿por qué hay menos homicidio en El Poblado, si allá los vecinos ni se conocen? ¿A qué tejido social se refiere usted?”.

En ciudades tan vertiginosas como estas, que están en medio de un conflicto armado, que tienen tanta organización criminal de distinto tipo, donde el narcotráfico estuvo atravesando toda su historia y donde es difícil dar explicaciones, siempre hay una contingencia que permite abrir luces. A mí me causa mucha gracia que durante los años 90 nos matábamos porque estábamos borrachos, porque estábamos armados, porque no había suficiente vigilancia... pero, a principios de siglo, apareció un montón de gente desmovilizándose y diciendo: “No, nosotros lo hicimos sobrios e incluso usamos la vigilancia para facilitar nuestras acciones”. Todos esos episodios de desmovilización paramilitar presentaron causas diversas para explicar el acto de matar, que incluso contradecían lo que se había pensado hasta el momento.

Todo esto para decir que es muy difícil encontrar una explicación en Medellín para el homicidio, es un fenómeno suficientemente complejo. Personalmente pienso que no hay una explicación, no hay una teoría, sino que uno tiene que usar afirmaciones teóricas integradas para explicar los fenómenos de homicidio, y no hay que asustarse, en ciencias sociales es difícil encontrar una teoría explicativa para todo. Esa es la dificultad que tenemos en Medellín: mirar el homicidio en cada lugar y es nuestra labor examinar las variables que convergen ahí.

JDM —Ahora quería preguntarte si en este análisis deberíamos incluir las muertes por conflicto, que son distintas de las muertes por una reacción individual, y que son ocasionadas por grupos armados que por convicción deciden llegar a las armas.

WFP —A la organización de la violencia, eso que llamamos guerra, se le atribuye un montón de muertes, pero aquí hay suficientes trabajos que ya van depurando qué muertes se pueden atribuir al conflicto armado, cuáles se pueden atribuir a una guerra entre bandas delincuenciales y qué muertes se pueden atribuir a una reacción espontánea, pero en todos los casos siguen siendo cifras comparativamente muy altas, e insisto en que tenemos que seguir buscando las razones.

Alonso menciona que al menos fue esta pregunta la que nos llamaron a responder y no la pregunta de qué hacemos para que no nos matemos más, porque un problema es encontrar factores asociados al homicidio y otro problema es acertar con las políticas que nos permitan intervenir ese factor, porque podemos equivocarnos y agravar el fenómeno o podemos equivocarnos

y gastarnos la plata inútilmente. Hoy, por ejemplo, se cuestiona la decisión de política local, que enfatiza en las capturas como una solución para el problema, ya que si uno hace el análisis, a largo plazo, un homicidio no es una foto, detrás de un homicidio hay una historia muy larga y personal, es decir, el muchacho o el viejo que llega en un momento específico a oprimir un gatillo o que llega a ser la víctima, tiene detrás un montón de causalidades y factores asociados que influyen en ese momento.

Los análisis estadísticos y las correlaciones directas no sirven mucho para identificar esto, pues simplemente se manda un indicador de dónde está muriendo la gente. Hace tiempo, por ejemplo, se decía que una zona específica tenía la cifra más alta de homicidios y entonces ahí se debía intervenir, pero resulta que la mayoría de homicidios no eran de esa comuna, sino que se delineaban nuevamente las zonas en Medellín y se corrían tres cuadras en el mapa, y ya esa zona tenía más homicidios que otras o no se incluían en los homicidios las tentativas. Lo que quiero decir es que existen muchas variables que distorsionan las conclusiones. ¿Cuál es la diferencia entre producir la muerte de otro o disparar y no pegarle y darle al muro?, ¿esa pregunta no deberíamos también incluirla cuando hablamos de violencia homicida?, ¿qué hace la diferencia? Porque eso también es violencia homicida.

Pero contando con los datos que por los menos se tienen, nosotros debemos seguir indagando, pues si logramos detectar el factor, logramos detectar también cómo lo intervenimos de manera que no nos equivoquemos y que no nos gastemos la plata inútilmente. Retomo el tema de las capturas, pues parece que es el factor que

estamos interviniendo con mayor fuerza en los últimos tiempos, el cual parece no tener efecto y si no ha tenido impacto serio es porque algo está fallando. Detectamos el factor, por ejemplo, las bandas, lo intervenimos: se capturan a los cabecillas, pero no es efectiva la política, es eficiente porque se capturan muchos, pero no es efectiva, porque no se deja de matar. Esa es la diferencia entre efectividad y eficiencia. Yo insisto, si el problema son las bandas, la pregunta importantes es: ¿Por qué las personas integran las bandas, permanecen en las mismas y prosperan en ellas? Y ahí encontraremos factores distintos para dirigir los recursos.

Alonso nos va a contar la experiencia de un programa que yo siempre defendí, un programa con acciones particulares que buscaba cerrar la oportunidad delin cuencial y abrir la oportunidad social. Una política así, sostenida en el tiempo, da resultados, pero que nadie sueñe que hoy empezamos a construir colegios y dentro de tres meses va a bajar la tasa de homicidios. Eso no funciona así, las políticas sociales tienen resultados a largo plazo. Sigo pensando que ese programa era la vía adecuada, el problema es que hubo una interrupción.

JDM —Alonso, esa pregunta que hace William la podrías contestar: ¿Por qué la gente integra bandas? Será porque la banda produce ese efecto de bola de nieve, es decir, yo mato a alguien, el otro se venga de mí y eso produce más dolor y va creciendo y cuando menos pensamos, ¿eso no lo para nadie? Esa pregunta sé que te la has hecho muchas veces, entonces sería bueno que compartas qué elementos de análisis has considerado para determinar por qué los muchachos integran bandas.

AS —Esta ciudad y, en general, este país necesita una agenda social. El nivel de desigualdad y de inequidad sigue siendo profundo. Hay asuntos que los municipios relativamente podrían resolver, como lo es el acceso a servicios básicos, educación, salud, mejorar entornos urbanísticos, en fin, pero hay otros aspectos que sí dependen de políticas nacionales, porque distribuir realmente las riquezas, es un tema de leyes y de la economía general y no de la voluntad de un alcalde.

Hace poco estuve en una evaluación del programa Buen Comienzo y me sentí de verdad muy orgulloso porque vi una cantidad de niños y niñas, que hoy son adolescentes, con una solvencia en los desempeños. Este estudio lo hizo la Escuela Nacional de Salud Pública de una manera independiente y el balance es muy bueno. Sin embargo, creo que hay que persistir en una estrategia como esa, para que la escolarización en general rinda frutos a mediano y largo plazo y aporte a la desactivación de procesos que han surgido de unas “culturas guerreras” y que se han insertado de manera muy fuerte en muchos sectores de la ciudad.

¿Qué pasa hoy distinto a los años noventa? Creo que necesitamos hacer más estudios cualitativos, pues hoy hay gente que está pensando que tenemos bandas de jóvenes y no, hoy tenemos bandas de gente con un promedio de edad más alto y que no tienen, como en otro tiempo, lo que llamábamos la violencia expresiva, la violencia simbólica, el enfrentamiento por un territorio. Entonces uno identifica un barrio de Medellín donde hay una banda y, si le hace el seguimiento completo, uno se da cuenta que tiene una gran cantidad de fuentes de enriquecimiento ilícito en esa

zona, inclusive la venta de lotes piratas y la extorsión generalizada. Todo esto nos sugiere que ya estamos en otro nivel. Claro que todavía se presentan enfrentamientos entre algunos de estos grupos por el control de territorios, pero eso ya no es lo significativo; ahora, sin decir que estas bandas no utilicen a los jóvenes, no se trata de una expresión natural de éstos, como en otro tiempo cuando uno veía a chicos entre los 14 y 17 años en esas bandas, sino que hay formas de ocupación y de control del territorio muy diferentes a las pasadas.

En cuanto a las estrategias, repetiría, se debe contemplar como primer punto la agenda social y como segundo punto los cuerpos especializados que no dependen de un alcalde, sino del nivel nacional. Últimamente se puso de moda el hecho de que los alcaldes responden por el tema de la seguridad, pero ellos, por lo menos en el sistema político colombiano, no tienen fiscales ni tienen policías. Entonces se requiere que el Estado colombiano tenga una política criminal para la seguridad ciudadana, pero no la tiene, ni tiene un diseño de instrumentos. ¿Para qué esa política criminal y para qué equipos especializados? Para darle a las estructuras en las cabezas. Pero no se trata de poner a 15 o 20 en los carteles de las recompensas, sino de saber golpear sus estructuras financieras y a aquellos que son contactos definitivos en estos procesos.

Ahora, recientemente estuve en Guatemala y resulta que las zonas más pobres de ese país son las menos violentas. Habría que ver por qué, yo no tuve una explicación suficiente. Son zonas de predominancia de culturas indígenas, pero pensemos hoy en la Costa Pacífica, una zona llena de violencia, pero es la violencia que hemos llevado

de aquí para allá. ¿A dónde va mi reflexión? La agenda social no es suficiente para enfrentar los temas de violencia, hace falta ver qué es lo que está en juego. Y ahí están en deuda los antropólogos u otro tipo de disciplinas que nos deben ayudar a entender qué más se están jugando las personas y las comunidades en esas formas de violencia.

No trato de separar las cifra que produce la violencia política o la violencia de estructuras criminales, porque todo genera un ecosistema; recordemos, por ejemplo, que Caracas hoy es una de las ciudades más violentas de América Latina y ese fenómeno comenzó con el caracazo, con un cimbronazo a las instituciones deslegitimadas, después de un alza generalizada de impuestos y de fenómenos de corrupción, es decir, que agenda social sin instituciones sólidas que se anclen en esos territorios no pareciera suficiente.

El otro aspecto es la dimensión cultural en sí misma, y aunque veo gente muy joven, sé que quienes son mayores pueden entender aún más lo que voy a decir. En Medellín se gestó primero la resistencia del narcotráfico y la violencia antes que la resistencia del Estado. Primero fueron una cantidad de grupos comunitarios auto gestionados que se lanzaron a cruzar territorios que no se podían cruzar, a establecer y desestablecer anclas, sobre todo, una generación de ONGs. El Estado vino a reaccionar de una manera peculiar con la creación de la Consejería Presidencial y de ahí en adelante sucedieron buenas acciones, pero hubo unos elementos esenciales en el tema de la cultura, que fueron desarrollados por los grupos auto gestionados en esas zonas, que eran grupos culturales.

¿Qué decían estos grupos cuando íbamos a hacer el programa de *Arriba mi barrio*? Uno, como parte de una ONG y con cierta mentalidad de izquierda, pensaba en hablar del drama y de las problemáticas, pero ¿qué decía la gente?: “No muestren lo más pobre, muestren lo más bonito, no muestren nuestra miseria, muestren nuestras potencialidades”. ¿A dónde voy con esta reflexión? Ahora llaman a eso resiliencia y de hecho Medellín se ganó un premio por eso, se ha ganado muchos premios en los últimos tres años y eso no está mal, pero puede causar indigestión si es en exceso.

Entonces en el fondo de toda estrategia debe haber una política de movilización de las jerarquías y de las psicologías colectivas. Hay gente que dice que lo se ha hecho en Medellín es maquillaje, pero si usted monta a una persona en un Metrocable ¿cómo puede maquillar?, sí ahí está la ciudad de cuerpo entero, pero lo que sí se puede decir es que hay una forma de intervención urbana que nosotros llamamos detonantes, que fueron muy importantes para neutralizar ciertos efectos en las zonas más conflictivas del momento en la ciudad.

Para terminar, quiero comentar que yo me asombré hace poco, que me fui de anónimo, pero me descubrieron muy rápido, al recorrido que hacen los jóvenes en la comuna 13. Un escenario urbano como ese, con las escaleras eléctricas y el viaducto, no serviría como tal para nada, pero son las acciones que ellos promueven las que movilizan. Me dejaron asombrado con todo lo que hacen. Lo primero es un producto no pensado de toda esta intervención: el turismo social; todos los días recorren con gente de todas partes del mundo esa zona. Lo

segundo es que convirtieron el símbolo de comuna 13 en un símbolo comercial; usted va y encuentra camisetas, llaveros, café, y a raíz de esto hubo una irradiación en el sector, es decir, mucha gente fue mejorando los entornos por ese proceso.

WFP —Yo agregaría que el problema de la banda, de la organización armada o de la organización delincinencial, como las que tenemos nosotros, es que tienen una incidencia importante en el comportamiento de los sujetos que integran esas organizaciones; eso es lo que llama Milgram y algunos psicólogos sociales como efectos desinhibidores de la violencia. Los experimentos de este psicólogo se pueden ver en un documental muy interesante en Youtube que se llama “El juego de la muerte”, en el cual revive algunos de esos experimentos del siglo pasado. Milgram se preguntaba cómo Hans, un panadero inofensivo de Berlín, terminó cruzando a bayoneta a otra persona en el campo de batalla: ¿Cómo puede un sujeto llegar a actuar de esa manera? Así que los experimentos permitieron concluir que las personas actuamos como agentes cuando estamos inmersos en una organización de la fuerza, pero cuando no estamos en ese tipo de organizaciones, actuamos como sujetos autónomos y es muy difícil que apliquemos dolor sobre los demás.

Así que la importancia de la banda radica en el hecho de que desinhibe la aplicación de la violencia hasta las últimas consecuencias, pero, además, tiene la ventaja de no ser solo un tema social, sino un tema en el que hay intervención directa del sistema penal, y tiene una capacidad muy grande para operar fácilmente con los recursos financieros, pues estamos en un sistema donde se

persigue al sujeto y no a los medios con los que él puede operar, que son los recursos financieros. Finalmente tiene otra ventaja, que es un problema serio para la ciudad: la banda compite por legitimidad y prestar el servicio de seguridad en los territorios, tal cual lo hace una Junta de Acción Comunal. Esta es una legitimidad que no se soporta en una autoridad concedida, pero en una ciudad como esta, la legitimidad se adquiere, primero, prestando seguridad, lo cual instala una paradoja, y es que la gente resuelve sus problemas de seguridad acudiendo a la misma fuente de inseguridad.

Cabe aclarar que cuando hay competencia por el reconocimiento y la obediencia en una ciudad, la institucionalidad tiene problemas, es decir, no es un psiquiatra el que nos tiene que explicar por qué en los barrios se da tanto el repudio hacia la fuerza pública o por qué se producen asonadas en medio de un procedimiento judicial. Esta banda es diferente a las de los años noventa, pero sí tiene también, por lo menos, estas tres características: la lucha por la obediencia, la legitimidad y el reconocimiento. Esta competencia trae una gran consecuencia y es lo que María Teresa Uribe llamaba “órdenes sobrepuestos”, que consiste en que una organización de personas termina produciendo mandatos como si fueran normas jurídicas y tomando decisiones como si fueran decisiones políticas y la que sufre es la población. Yo siempre cito la frase de ese paisano que cuando le preguntaron: “¿Quién te gustaría que mandara aquí?”, él respondió: “Cualquiera, pero que sea uno solo, hermano”.

JDM —Interesante esa reflexión. Quiero volver a un tema con Alonso. Ahora señalaste que el Estado ha jugado, digamos,

un papel secundario en la resistencia a la violencia y que ha sido más la cultura y la sociedad civil las que han salido a enfrentarla; también mencionaste que carecemos de políticas nacionales que afiancen y fortalezcan lo que se hace en las ciudades y que ese es un gran vacío que tenemos, entonces los ciudadanos cuando están inmersos en la violencia están huérfanos del Estado y actúan por diferentes razones, muchas de las que tú estás destacando, porque digamos que cuando alguien está en una organización, actúa de alguna manera.

Pero yo quiero preguntarte por qué actuamos, por qué actúa nuestra gente de la forma como actúa, sabiendo que tienen esas raíces religiosas tan católicas en esta sociedad, distinto, por ejemplo, a ciudades laicas como Estocolmo, donde no hay un gran arraigo de lo religioso, pero allá realmente los problemas de violencia son mínimos; entonces por qué acá los ciudadanos no están reglados por la religión, ¿será que la religión es un acto de la intimidad, que pertenece al área de la intimidad y no al área social del comportamiento de los ciudadanos?

AS —Retomando a María Teresa Uribe, ella decía, apostando a la interpretación de la crisis que vivía Medellín, que el modelo de lo que llamamos “la antioqueñidad” había colapsado. Ese modelo tenía dos soportes: uno muy claro que era el religioso y uno no tan claro que era la ética del trabajo, pero que en la ética del trabajo se mezclaba también otras cosas. Esto era un método tan eficiente que los propios patronatos organizaban los sindicatos para catequizar a los obreros y cada proceso de urbanización que se hacía en la ciudad iba acompañado al mismo tiempo por los curas y todo lo que eso sobrevenía.

Una ciudad que creció a un ritmo acelerado, como Medellín, de los 500 mil al millón y medio de habitantes hacia finales de los 70, ya no podía funcionar con un modelo de esos, porque ese modelo requería unos niveles de contacto y de cercanía, y no hubo un Estado de relevo, que era lo que tendría que existir desde ese momento, una modernidad básica, un Estado que aplicara justicia y frente al cual los ciudadanos se sintieran, por lo menos como un pequeño Leviatán, al que le temen y se someten. Pero no, la élite no tuvo Estado sino que empezó a promover, desde finales de los 60, la limpieza social; hasta las defensas civiles las involucraron en procesos de limpieza social, y todo eso se sostuvo a lo largo de los años 70, es decir, que lo que hemos ido negando, –y eso empezó muy claramente con las élites– es la posibilidad de tener instituciones democráticas que tengan monopolio de la fuerza y que tengan la capacidad de ejercer justicia.

Me parece muy clave ese elemento porque, cuando fui nombrado Secretario de gobierno, tuve un contacto inicial con la gente de Ralito que se iba a desmovilizar, específicamente con Don Berna, y entonces la conversación fue relativamente corta y más o menos le entendí lo que dijo: “Es que necesitábamos una fuerza que estuviera por detrás, que hiciera el control de la ciudad, que de otra manera no se podía”, lo dijo así directo, sin muchos preámbulos, entonces yo le pregunté que si allá estaban grabando, yo había oído de las grabaciones, pero se sonrió y yo le dije: “No, nosotros venimos a apoyar el proceso de reinserción dentro de un marco de legalidad, dando a los muchachos oportunidad y cero con la milicia”. Pero a él le funcionaba ese modelo antes, como les

ha funcionado a otros en otro momento. Piensen ustedes si uno gobierna con un comandante de policía y con un fiscal, uno destituido y otro detenido con temas de contacto con el narcotráfico, es decir, que el tema de las instituciones es definitivo, porque son ellas las que irradian buenos comportamientos, son señales de buenas actuaciones, señales ejemplarizantes o pueden irradiar absolutamente lo contrario.

Avanzamos mucho en tener presencia en los territorios y entidades del Estado, estaciones de policía, comisarías de familia, puestos de policía directamente, pero si los inspectores y los policías y todo estos están actuando irregularmente no nos sirven, porque los otros son mucho más eficientes en este tema de crear un ambiente de inseguridad, para después vender la seguridad; ¿qué quiero decir con esto?, y escuchando a William Fredy quedo muy convencido de que empezamos por la pregunta ¿por qué nos matamos?, y la pregunta sería ¿por qué estamos con una sociedad así?

Miren el caso de Bello hoy, ya no se trata de un grupo que tiene nexos con políticos, sino de un grupo criminal que tiene controlado un municipio, ¿entienden esa dimensión?, y Bello no es una parroquia, tiene 500 mil habitantes. Tiene unos fenómenos de corrupción tan profundos que ya esa distancia de políticos y lo que llamamos formalmente criminales, se ha ido disolviendo y se ha establecido un sistema con una eficiencia extraordinaria, que es la redistribución de la corrupción.

Vemos a un señor que hizo una campaña muy exitosa, no estaba en la calle y nos preguntábamos cómo podía ganar las elecciones si no estaba allí, pero es que

hacía reuniones y se encontraba con los líderes, a quienes les daba la plata que tendrían que entregarle a su vez a los líderes de segundo, tercer y cuarto nivel, y eso es lo que hará funcionar estas elecciones que vienen o está funcionando en general hoy en todo el país.

Por eso la violencia de barrio hoy tiene que ser pensada de distinta manera, porque esos mismos grupos que están muy organizados, por ejemplo, acceden de manera corrupta al presupuesto participativo —y el presupuesto participativo que era una iniciativa muy progresista y de estímulo a las organizaciones sociales—, hoy tiene un problema muy tremendo y es que esas bandas han constituido ONGS o tienen testaferros a través de los cuales se quedan con ese presupuesto, comportamiento que habría que modificar con suprema urgencia. El tema es de fondo, porque entonces ¿qué tipo de instituciones tenemos que nos den garantía de inversión social y de más transparencia?, es un tema muy preocupante este asunto.

JDM —También creo que el tema de la religión está muy claro en María Teresa, considero que hay que volver a leerla y recuperar mucho su pensamiento.

AS —María Victoria Uribe, que es otra antropóloga, resumió muy bien esa dimensión, diciendo que tenemos una religión católica pero éticamente pagana, sobre un estudio que hizo en la zona esmeraldera, donde los esmeralderos se matan y van y le ofrecen después a la virgen de Chiquinquirá el éxito de la muerte.

JDM —Creo que la muerte es una figura que habla mucho de la sociedad colombiana, es un poco macabro hablar de la muerte y después hablar de la vida, pero la forma como concebimos el descanso, el fin de la vida, eso

también nos atraviesa mucho a nosotros. William Fredy ¿querías anotar algo?

WFP — Cuando me refiero a la competencia por la obediencia, esa es justo una de las armas que tiene la estatalidad, la institucionalidad entre nosotros, y es que cada caso de corrupción, cada contacto con un representante del Estado en el que se exceda el uso de la fuerza, cuando se maltrata un ciudadano, es una pérdida de puntos frente al competidor por la autoridad y por la seguridad en el barrio; es decir, que al final un ciudadano se asusta cuando empieza a ver una banda con rasgos tan parecidos a los del Estado, como cobrar impuestos y prestar “seguridad”. En muchos sectores, es una exageración, pero las personas no logran distinguir al Estado de una banda de ladrones, esto por supuesto, se refiere a comportamientos específicos, y ahí el Estado pierde mucho y gana bastante el competidor. Y en Medellín, en particular, el Estado tiene competidores muy serios en los barrios que han ejercido el monopolio de la violencia, por supuesto, con todas las arbitrariedades.

28 de marzo de 2019



CENTRO, DIVERSIDAD Y EXCLUSIÓN

Hablar de diversidad y exclusión es casi una redundancia, pues en una sociedad como la nuestra, marcada todavía por fuertes clasificaciones sociales, heredadas por generaciones y reafirmadas por la formación familiar y religiosa, es muy difícil aceptar al diferente, sobre todo cuando la tendencia es a creerse y sentirse mejor que el otro. Así define en parte esta problemática Hernando Muñoz, trabajador social con estudios en perspectiva de género y decano de la Facultad de Ciencias Sociales de la U. de A. Por su parte, para la comunicadora e investigadora en temas de género, Jenny Giraldo, la exclusión se da tanto desde el manejo del lenguaje como desde la falta de adecuaciones del espacio físico y habitacional, que lleva a sentir miedo a ciertos lugares o personas. Esto es muy común, por ejemplo, en el centro de la ciudad, donde a la par de ser un lugar de hostilidad para ciertas poblaciones, también conviven las manifestaciones de las comunidades afro, indígena y LGBTI, las cuales se enfrentan a constantes episodios de segregación.

JUAN DIEGO MEJÍA —Bienvenidos a esta nueva edición de nuestro programa. Tradicionalmente nos tomamos un café en el tercer piso con los invitados para palabrear un poco sobre qué quisiera hablar cada uno, qué es lo que más le inquieta, y ellos comentaban que el tema de diversidad y exclusión es un asunto que trabajan todo el tiempo, porque hace parte de la vida cotidiana; entonces yo quisiera pedirles que nos aclaren un poco sus reflexiones sobre el tema. Yo pienso que la diversidad existe per se, es decir, no hay que hacer nada para que exista, porque se da, pero con respecto a la inclusión sí hay que hacer movimientos sociales, tomar unas decisiones y tener una postura.

Jenny, ¿cómo concibes la diversidad y a quiénes reconoces en el universo de la diversidad? Sé que tienes mucha actividad desde tu posición de mujer y admiro mucho los temas sobre los que escribes, pero quisiera saber, además de las mujeres, a quién más reconoces en ese universo de la diversidad.

JENNY GIRALDO —Muchas gracias por abrir cada mes esta conversación con tantos temas que nos convocan alrededor del centro de Medellín y, por ende, de la ciudad. Desde hace algunos años vengo militando en el feminismo, defendiendo los derechos de las mujeres, reflexionando sobre qué significa ser mujer en esta ciudad hoy y qué pasos tenemos que seguir dando en el reconocimiento de nuestros derechos para el alcance de la igualdad de género. Esto, entendiendo la igualdad como un horizonte ético, para que todas y todos podamos vivir en las mismas condiciones, lo que

solamente puede lograrse si reconocemos la diferencia entre los hombres y las mujeres.

En principio tendría para decir que en el universo de las mujeres reconozco muchísimas diversidades. No hay una imagen, una idea de la mujer, las mujeres no son como yo, no son como mis amigas, no son como las mujeres de mi familia, cada mujer es la expresión de construcciones históricas y sociales y, aunque tendamos a unirnos con quienes nos asemejamos, hay que tener en cuenta que hablar de las mujeres es hablar de un universo muy amplio y muy diverso, que contempla a las mujeres afro, lesbianas, trans, de diferentes estratos, profesionales y empleadas de servicio doméstico, que hoy vienen emancipándose de esa forma de esclavitud tardía, entre otras diversidades que nos amplían aún más el panorama.

Así que empiezo esta respuesta desde ese lugar de las mujeres, porque es ahí donde he concentrado la mirada en los últimos años; a partir de ahí he reconocido diversidades de todo tipo: diversidades étnicas, diversidades que tienen que ver con el estrato social e inclusive con las maneras en que habitamos el espacio público, pues pensar en quiénes pueden o no subir cómodamente las escaleras del Parainfo, en la condición de las aceras, permite vislumbrar diversidades que se entrecruzan, como ser afro, lesbiana y además caminar con alguna ayuda. Dejaría por ahí ese panorama que tengo hoy de la diversidad.

JDM —Ahora quisiera que Hernando, que tiene una connotación sobre la diversidad que me llama mucho la atención, y que es un activista del sector LGBTI, nos dijera cuál es la mirada que tiene del universo de la diversidad.

HERNANDO MUÑOZ —Gracias por estar aquí. A mí me encanta que Juan Diego diga que yo me defino como soy, porque no he tenido miedo de eso después de los 30, antes tuve muchos temores y creo que Jenny y yo estamos representando aquí unas miradas que hemos tenido en la piel, porque hemos debido cargar con el tema de la exclusión de manera brutal, por ser quienes somos.

Si a mí me preguntan quién soy, lo primero que digo: “Yo soy un hombre”. “No, usted es gay”. Sí, claro, yo soy un hombre homosexual, y no dejo de ser hombre por mi orientación sexual, pero además hemos tenido dentro de esta diversidad una cosa, y es que nos une el tema de género, pues pensar que los hombres homosexuales somos más inteligentes, más queridos, más buena gente, que sabemos hacer de todo y somos menos patriarcales, no es verdad, muchos de nosotros somos mucho más patriarcales y misóginos que cualquier hombre heterosexual.

Entonces ahí hay también una diversidad muy importante que hay que empezar a ver, porque a veces decimos: es negra, entonces baila bien, por decir algo, es negro, tiene ciertas características del fenotipo; es blanco y pertenece a una clase social, yo creo que la idea es pensar siempre que eso es inclusión y que ésta lleva, según unas características, a ser igual, pero hay que aclarar que eso es ser homogéneo, entonces empiezo preguntando ¿será que la inclusión es realmente lo que todos y todas creemos?, ¿qué viene siendo entonces la inclusión?, porque si estar incluido significa ser igual a ese grupo y a los demás, ahí empezamos a negar la diversidad y a negar que dentro de esa diversidad

existen una serie de diferencias muy grandes que nos tienen que llevar a ser iguales, en el sentido de ser humanos, pero trabajando, amando y exaltando toda la diferencia que cada uno y cada una podemos tener.

Yo ahora decía, en esa conversación que teníamos, que entonces yo soy un hombre homosexual, pero no tengo nada de especial y tampoco quiero sentirme incluido para que me miren como un ser especial o que merezco ciertas cosas especiales; yo quisiera ser tratado como un ciudadano, como cualquiera de ustedes, que está ahí sentado sin necesidad de que me miren como especial; entonces ahí surgen otros aspectos para trabajar, porque si la inclusión es poner en un lugar especial, me meten en un gueto y entonces ya lo diverso se va perdiendo ahí. Hay una serie de inquietudes que van saliendo y tengo más preguntas que respuestas, pero dentro de ese grupo poblacional LGTB –y algunos dirán este no habla de la “i”, de la “q”, ni voy a hablar de la “i” ni voy a hablar de la “q” –, para mí eso es una teoría no una identidad, y dentro de eso les estaba comentando, voy a hablar de pornografía, no sé si a ustedes les aterre, pero existen ahora apps que trabajan todo el tema de poder conseguir a alguien para tener sexo, un amante, o para conversar, o si se da o no se da, y a veces decimos mentiras, que somos más guapos y entonces llega la persona y dice: “Esto no era lo que yo esperaba” y, en ese sentido, cuando ustedes entran a una app o a una red social, que se llama Tinder –en el caso de los heterosexuales–, porque en el caso de los hombres homosexuales se llama Grinder y hay otras, podría hacerles un drama de lo que es entrar a Grinder,

ustedes no saben lo que eso significa, entonces dentro de la diversidad y el tema de la exclusión ¿quién más diverso que de pronto un grupo LGBTI?

Cuando ustedes hablan de las personas LGBTI como comunidad es un error, no somos una comunidad, somos grupos poblacionales, somos personas LGBTI. Me da mucha risa porque además dicen: “Ay no, vaya y hable con el decano LGBTI”; hay una investigación y hoy quisiera ser de verdad LGBTI, porque sería la maravilla poder tener la diversidad completa en un solo ser, lo cual es casi imposible, pero lo que quiero decir con el tema de la inclusión y la exclusión y de cómo somos diversos, es que también se da al interior esa segregación —en esas redes sociales, cuando uno entra, empieza en la búsqueda, ve la foto y le llama la atención, puede darse cuenta que a unos les gusta los más mayores, los menos menores, los delgados, los que van al gimnasio y no sé qué—, pero hay unas cosas horribles de exclusión, por ejemplo dicen: “Entre 25 y 35 años”, porque ya los mayores no valemos, “que no tenga plumas”, o sea, que no sea afeminado, que sea machito, “que viva entre las comunas 11, 14 y 16”, y uno dice: “Oiga, pero nosotros hemos sido los excluidos de toda la vida, pero entre los mismos homosexuales nos insultan, nos llaman mujeres —porque además creen que llamarnos mujeres es insultarnos y es horrible ser mujer—, entonces, en ese sentido, este es el ejemplo reina de lo que significa ser diverso, pero también da cuenta de lo terriblemente excluyentes que somos. Así podríamos mirar una cantidad de asuntos, ahí uno empieza a ver cómo desde la edad, desde la orientación sexual, desde

alguna situación de discapacidad se es diverso, desde alguna situación del sexo como tal, —y ahí hablaría de la intersexualidad—, se es diverso y desde el género, de cómo se nombra uno desde la identidad de género, nada más diverso que eso; pero nada más excluyente a la vez que esa posibilidad de ser diverso, pues es un asunto que todavía me cuesta mucho entenderlo.

JDM —Eso que estás diciendo me da pie para preguntarle a Jenny, con respecto a esa clasificación o digamos ese universo de diversidad al que hiciste alusión, cuando piensas en esas personas que me mencionaste, ¿pensabas en la exclusión?, ¿cuando hablas de diversidad, este concepto va unido al de exclusión?, es decir, mencionaste a la empleada doméstica porque es excluida, a la lesbiana y a la trans por lo mismo, ¿ese es el concepto de diversidad?, ¿o sea, la exclusión?

JG —Pero también mencioné a las profesionales universitarias, a mujeres estrato 4, 5, 6 que han sido menos excluidas, pero bueno, quería agregar una cosa y es que una de las formas más tenaces de exclusión es el adultocentrismo; mencionaste la edad, claro, yo no la mencioné, los niños y las niñas no parecen ser nunca sujetos de los cuales tengamos que hablar en estas discusiones, no parece interesar la pregunta por esa población, de cómo caminan, cómo habitan, cómo se mueven, sus orientaciones sexuales o sus identidades de género, pues esa forma de concebir a los adultos como dueños del mundo, creo que es una manera muy tenaz que está presente cotidianamente.

Pero entonces no, Juan Diego, yo creo que hablar de diversidad es reconocer que somos distintos, pero claro,

sí hay unas miradas, porque ya no es hablar solo de diversidad sino también de inclusión, entonces cuando yo pienso en la inclusión, sí se me pasa por la cabeza la mirada interseccional, que llamamos desde el feminismo, y es ese reconocimiento de cuáles han sido las poblaciones o grupos poblacionales, como dice Hernando, no comunidades, históricamente excluidas, cuyo reconocimiento de los derechos, incluso de los derechos humanos más fundamentales, ha sido muchísimo más lento; por eso la necesidad de poner el foco y la mirada ahí, justamente para poder seguir avanzando en logros de la inclusión de esas poblaciones. Así que considero que cuando hablamos de diversidad es muy habitual que lo que primero se nos venga a la cabeza son esas poblaciones excluidas y que pensemos: ¿cómo vamos a acercarnos a los diversos a nuestro universo? Porque creemos que nosotros estamos en el universo de la inclusión.

El feminismo en las mujeres provoca una situación muy dolorosa, porque nos hace entender que hemos sido una población excluida. Siempre pongo el ejemplo de lo que me pasó a mí con el lenguaje incluyente: lo que para mí significa que dijeran “los ciudadanos” o “los estudiantes”, porque yo siempre fui “un ciudadano” y “un estudiante”, es decir, mi historia familiar fue una historia que me permitió saber que era reconocida en ese universo y por lo tanto incluida. Luego cuando empiezo a entender que no se trataba de la mujer, sino de las mujeres en sus diversidades, empecé a entender por qué para algunas mujeres es importante que digan palabras como “lideranza”, porque en su comunidad cuando llaman a los líderes o cuando hablan de los ciudadanos,

no están hablando de ellas, incluso algunas veces ni tenían cédula, por lo que no eran ciudadanos realmente. Entonces yo sí creo que esa tendencia de hablar de estos temas como diversidad, exclusión, inclusión, es pensar en las poblaciones históricamente excluidas, pero además llevar esa conciencia histórica a la cotidianidad de hoy y cómo nos seguimos refiriendo a ciertas personas: con chistes, expresiones cotidianas que insultan, y vemos que esa dimensión histórica sigue teniendo sentido en la pregunta por las poblaciones excluidas, para seguir ahondando en esto que se ha llamado acciones afirmativas; todo tipo de acciones que permitan que esas poblaciones históricamente excluidas y no reconocidas, se vean como parte de la ciudadanía y todos podamos llegar a ese mismo nivel, esa es la razón por la cual pensar en diversidad nos lleva inmediatamente a pensar en la exclusión.

JDM —Me siento aludido con tu intervención, y esperaba que me hicieras ese reclamo, porque todo el tiempo he dicho “bienvenidos” “todos”, pero es porque tengo problemas para creer que esa es la reivindicación que resuelve el problema de la exclusión, pienso que es demasiado fácil y liviana esa solicitud y que alguien puede incluir el “todos y todas”, pero realmente es un asunto que todavía no tengo claro y una de las expectativas que tenía esta conversación era hablar un poco de eso. Piedad Bonnett tiene una posición fuerte de las mujeres, porque le ha tocado estar excluida todo el tiempo, ella me contaba sobre dos autores —uno ya está muerto y el otro ya está muy grandecito—, que fueron muy famosos en una época, y ella estaba empezando

a escribir poemas y era importante ya, pero estaban en un panel, y ellos dos hablaban entre sí: “¿Te acuerdas de lo que leímos en tal momento de tal autor?”, ella estaba en el medio, se paró y protestó: “Yo estoy aquí y todo lo que ustedes han hablado yo lo he leído también, pero no me han dado la oportunidad de hablar”, pero ella me decía que el lenguaje incluyente no era la solución, es decir, que no es tampoco tan evidente que los que no lo usamos seamos los malos. Hernando ahora comentaba que en el estereotipo, en el imaginario de esta sociedad tan plana, se tiende a pensar que un hombre homosexual es más manso, bueno, bondadoso ¿eso qué te dice?

HM —Se ve al homosexual como el que se parece a la mujer, si un hombre no es heterosexual significa que está en lo femenino, y como se parece a la mujer y a ésta se le ha despreciado, entonces ese supuestamente tiene que ser como ella; pero yo conozco mujeres con mucho más carácter que muchos hombres, mujeres que son mejores conductoras o mejores en matemáticas, todo eso que se ha dicho que los hombres lo hacen. Pero el tema con el hombre homosexual es esa idea que se tiene de que si se parece a la mujer es menos, y es débil, pero es una agenda oculta, si usted se parece a la mujer, entonces lo menospreciamos, porque en esta cultura —y ahí reivindico lo que Jenny dice del lenguaje incluyente, aunque a mí me cuesta también, por ejemplo, yo saludé “buenas noches a todas las personas en el auditorio” para no decir “todos y todas”—, hay formas en que uno puede incluir a todas las personas que están y no importa si son blancas, negras, azules, hombres

o mujeres, hombres homosexuales, mujeres lesbianas, mujeres trans, es una manera de ser creativo en ese sentido. Sin embargo, quiero decir que eso es solo una parte pequeña de lo que significa ser incluyente, eso no lo es todo, pero hay muchas autoras, especialmente Adrienne Rich, Celia Moroch, que son feministas muy reconocidas, quienes dicen que por lo más pequeño se empieza, y yo trabajo el tema de diversidad sexual, porque me tocó defenderme de que me dijeran: “Parece, habla, se sienta como una niña”, entonces para sentirme incluyente dentro de los machos, para sentirme incluido, tenía que sentarme como me decían que se sientan los hombres, pero me sentía muy raro, yo miré cómo se sentó Juan Diego, y pensé “qué rico”, porque sabía que podía hacer carrizo. Entonces no es el tema de que por ser gay yo sea el que haga carrizo, ustedes no han visto cómo es de horrible en el metro, en los buses, los señores heterosexuales cómo se sientan, ocupando mucho lugar, eso es parte de lo poquito, como el lenguaje incluyente, que hay que ir haciendo, es decir, “oiga, respete, que el espacio es para todos y usted no necesita sentarse de esa manera”, pero la mujer sí tiene que sentarse así; es muy difícil pensar que esas pequeñas acciones sí son las que cambian, pero si no se hace algo, no vamos a empezar a cambiar.

Estoy un poco harto de si soy o no intelectual, si leo o no, si soy doctor o no, yo creo que el mundo se transforma en la cotidianidad y con las pequeñas cosas, uno se imagina que el Centro es el espacio de la inclusión, y de hecho uno llega y ve tantas cosas que piensa “qué diversidad tan tenaz”, yo llegué a la plazuela y vi las

mesas que sacó Comfama, pero también a un campesino, el centro es la diversidad, pero también voy a poner un ejemplo que es muy común por el prejuicio: veo el negro que corre en el centro para coger el bus, pero no es el negro que va corriendo, porque si yo voy caminando y lo veo corriendo, pienso que él robó o me va a robar, pero si veo corriendo a otra persona, como Juan Diego, pienso que él va a coger un bus, o pienso que le robaron, son entonces concepciones que se tienen y cuando uno dice, “el centro es diversidad” también al mismo tiempo se refiere al peligro de esa diversidad, al miedo, porque no podemos andar tranquilamente.

Hace unos meses en este mismo auditorio, la Secretaría de Mujeres nos invitó a hacer una toma del centro en la noche con las mujeres, porque no sé si vieron un video de un metro, en un país de afuera, de un hombre que ve una chica muy voluptuosa, vestida muy apretada, pero ese es su problema, y el hombre le da una palmada y la chica se voltea y le da una cachetada; el cuerpo es el primer territorio de paz, y al cuerpo cuando me lo agreden están haciéndome la guerra, y el centro, en toda esa diversidad, le hace la guerra a las personas trans, a los hombres homosexuales.

Ayer yo venía de la universidad, y un señor en un carro muy elegante me gritó: “Viejo cacorro”, y yo pensaba, ¿será que saben que soy homosexual? entonces ¿por qué tengo que matar esa diferencia?, qué bueno que no todos sean igualitos, así es cómo hacemos *Centro, diversidad e inclusión*, pero también pensar si la inclusión es sentirnos y pensar igual que todos. Entonces la igualdad es que todos los seres humanos

nos debemos tratar bien, con respeto, con el reconocimiento de ese otro que no es un subordinado social, sino que es un ser humano al que yo trato en su diferencia y que para incluirlo no tiene que ser igual a mí.

JDM —Hablemos de cómo se logra la inclusión. Hernando nos ha dicho que la inclusión no es igualdad, no es homogeneizar, sino mantener la diferencia, pero, ¿cómo se logra?, ¿por generosidad de unas personas de la ciudad?, ¿una conquista que se tiene que lograr por parte de la sociedad civil?

JG —Con lo del lenguaje incluyente, no se trata de decir “los y las” en cada frase y desdoblar todo lo que decimos, esa no es la solución, yo me siento incluida en “todos” y cuando dijiste “bienvenidos” me sentí incluida, porque veo hombres y mujeres en este público, entonces hay fórmulas; cuando nos hacemos conscientes que es necesario nombrarlas a todas y a todos, y ahora dicen “todes” eso no me gusta, hay maneras de decir, por ejemplo “las personas” para hablar de la humanidad o de otras formas que no son neutras sino incluyentes, y así le damos más relevancia a la acción y a los sujetos, y de esa manera podemos evitar decir “marchemos juntos” y cambiarlo por “vamos a marchar”, esa es la invitación, estoy en deuda de escribir y hacer algo público, para que los medios con los que he trabajado tengamos una manera más amable de hacer sentir a todos incluidos.

Me sorprendió una vez que Confiar me envió algo y decía “Querido asociado: Jenny Giraldo”, pero claro, eso tiene que ver con la base de datos, no hay una separación de hombres y mujeres porque no nos percatamos

de eso. Entonces, para lograr la inclusión, lo primero es permitirnos la reflexión y la pregunta de qué significa ser hombre o ser mujer.

HM —El tema es concienciar, hacerse consciente, porque cuando me hago consciente de las cosas ya puedo apropiarme, pero si no me apropio, se ve como algo postizo, por lo que se debe empezar por incorporarlo.

JG —Por ejemplo hace ocho días me caí en la calle por una construcción, me golpeé y eso me hizo consciente de lo que significa para una mujer caminar por las aceras de esta ciudad, porque cada paso que daba me costaba y me hacía pensar por dónde me meto, no soy capaz de cruzar; no he cambiado de postura en las piernas porque me duele; entonces cuando te haces consciente que para caminar por el centro de Medellín ya tienes que afrontar ciertos retos —a propósito de las otras diversidades, no solo la de género—, percibes también la dificultad para otras personas: la que va en silla de ruedas o lleva un coche. Hay una perspectiva del urbanismo, que es el urbanismo feminista, y básicamente de lo que se trata es que también hay muchas conductas asociadas al cuidado como eje transversal de lo que hacemos, la economía feminista lo que pone en el centro es el cuidado de la vida, no la producción; el urbanismo feminista entonces es eso, que las mujeres por el rol histórico que nos han asignado, tenemos la capacidad hoy de pensar en el cuidado del otro y de la otra, esas son acciones concretas que se pueden hacer, pensar cómo es la acera, qué tantos desniveles tiene, quién puede caminar por esa acera, es decir, cuando ya tienes algo que no está dentro de esa

normalidad para caminar, ya no puedes estar ahí, por ejemplo cuando vas con el mercado, con el niño en el brazo, con el bolso, con el otro niño corriendo por la calle, ahí ya hay una dificultad para habitar en el espacio público. Entonces digamos que esa capacidad de pensar en el cuidado, –no por ser mujeres, sino por el rol histórico que nos ha asignado la sociedad a partir la división sexual del trabajo– podemos proponer acciones para el cuidado propio y de los otros.

Todo lo anterior se materializa en acciones que son incluyentes, yo creo que Hernando lo decía, la inclusión se empieza a lograr en lo cotidiano, pues a veces las políticas públicas tienen propuestas muy ambiciosas y abstractas y no se materializan en asuntos de cómo hay que poner esta acera, dónde poner un ascensor, dónde hay que iluminar un poquito más.

Nosotros tenemos un chat y me parece muy hermoso lo de vecinos del centro, esa ha sido nuestra forma de crear comunidad aquí, muchas de las personas que estamos en este chat y que venimos a vivir al centro, en sitios donde no conocemos al vecino, que vemos a las personas de pronto en el ascensor una vez al día, ese Whatsapp nos ha permitido hacernos amigos y crear una comunidad muy solidaria; anoche les hice la invitación a estar en esta charla y todos empezaron a escribir lo que pensaban del tema: una chica contaba que recientemente la atracaron y lo primero que se le ocurrió pensar es ¿cómo iluminamos el espacio?, una cosa tan simple de ¿cómo tenemos más luz en un espacio que se convierte en un atracadero? y eso lo vuelve incluyente no solo para las mujeres, sino para la mujer

que va con el niño, para el papá que va con el niño, para la persona que va en silla de ruedas o caminador, para el joven al que la mamá le da miedo que salga de la casa porque la calle es muy oscura; yo creo que esas son acciones concretas que poco a poco van tejiendo eso que llamamos inclusión.

JDM —Hernando, a diferencia de eso que plantea Jenny, de lo importante que son esas acciones que nacen en el corazón de la sociedad, desde unas solicitudes y unas demandas, que pueden ayudar a solucionar unos problemas y lograr la inclusión —aunque eso va a tomar generaciones—, en el caso de las personas **LGBTI**, ¿crees que están excluidos?, ¿tendrán las mismas posibilidades de ese tipo de acciones?, una iluminación, un tren que sea rosado, pues en Washington creo que hay policía gay.

HM —Aquí en Medellín hemos tenido uno famoso, que es el policía enlace con la comunidad **LGBTI**.

Hay un asunto que tiene que ver con todo lo que significa ser una sociedad conservadora, maluca, una sociedad arraigada supuestamente en unos valores, y aquí me voy a meter con algo que tenemos muy cerca, como son los valores religiosos que nos han dado. Creo que hay que revisar —con todo el respeto de las personas que tengan una creencia religiosa, especialmente desde las religiones judeo-cristianas— esa historia que nos han metido y que va pegada en la piel más profunda como un tatuaje, eso de creernos mejores a cualquiera. Yo veo novelas, las disfruto, y hago etnografía de ellas, entonces ahí veo reflejados a los estudiantes, a una sociedad; no sé si ustedes en estos días se han

visto una que se llama *La Gloria de Lucho*, este concejal de Bogotá que fue lustrador de zapatos en un barrio muy popular de la capital, y ahí se ven las exclusiones que hay; el hecho, por ejemplo, de cómo el muchacho que fue a coquetearle a la hija se sentía más que él, así como el poder que cree tener sobre las hijas y el cuerpo de las mujeres; yo creo que ahí hay un aspecto que tenemos que pensar, además de hacer conciencia.

Algo que me gusta es reconstruir situaciones, elementos que nos han enseñado y a los que estamos acostumbrados desde la crianza; yo creo que hay que deconstruir el clasismo, el creernos mejor que el otro, el creer que porque soy blanco o con otro color de ojos, o porque vivo en la esquina del barrio, yo soy mejor. Considero que ahí hay unos asuntos donde hay que hacer conciencia y deconstruir lo que nos ha enseñado la religión y unas costumbres de una república de otro siglo, diciéndonos que somos mejores por algunas razones. Ahí entran otros elementos y es que el género no es solo un asunto de las mujeres o de la población LGBTI, el género también es asunto de los hombres, y es una de las muestras más brutales de poder que existe entre ellos y las mujeres y desde ahí hay que deconstruir toda una serie de creencias que nos han enseñado.

A mí como un homosexual, seguramente que más, porque los papás y las mamás van a pensar que tener un hijo homosexual es lo peor, le refuerzan a uno el machismo y le obligan a ser de cierta manera. Entonces creo que ahí hay un tema que hay que establecer, primero el de la conciencia, segundo, el de deconstrucción, y tercero,

el tema de las formas de la crianza y de esos asuntos que forman para ser excluyentes desde la familia.

Y aquí hay que entender familia como una categoría: la madre soltera con el hijo es una familia, el papá, la mamá y los hijos son una familia, no tengo que decir familias para hablar de diversidad. Yo quisiera leer una definición que me encontré de inclusión social que me gusta: “La inclusión social es la tendencia a posibilitar que personas en riesgo de pobreza o de exclusión social, tengan la oportunidad de participar de manera plena en la vida social y así puedan disfrutar de un nivel de vida adecuado”.

Con esa definición yo empecé a preguntarme: ¿Qué significa una manera plena de vida?, ¿qué significa poder disfrutar de un nivel de vida adecuado?, y aprendí a preguntarme eso cuando en la facultad, hace unos años, teníamos el programa de habitantes de calle que era de la Alcaldía y sigue siéndolo; hacemos un examen y seguramente decimos: “Ay, pobrecito aquél, por qué estará en la calle, qué pecao, qué le pasaría, las drogas se lo llevaron”, entonces se nos sale todo el cristianismo y todo el amor, y yo descubrí con ese trabajo, que muchos y muchas de ellas están ahí porque les gusta, porque quieren estar ahí, entonces ¿qué es la inclusión ahí?, ¿qué es lo pleno ahí?, ¿qué es lo que se necesita o no?

En esos casos el asunto no es pensar que cualquier persona, cualquier ciudadano o ciudadana, sea visto como “pobrecito” porque es gay, porque es negra, porque es mujer o pobrecito o pobrecita porque es habitante de calle, sino que ese ser humano

tiene las mismas posibilidades de tomar decisiones en su vida; cuando yo tomo decisiones por mi vida estoy siendo incluyente en una sociedad que de pronto está mostrándome otras opciones, pero lo incluyente es que ese señor o esa señora no estén en la calle porque yo pienso que no deben estar ahí. Entonces a mí me da mucho susto el tema de la inclusión, porque a veces pensamos es en cómo nos homogeneizamos, ya lo decíamos ahora, o sea ¿qué es la vida plena?, ¿qué es para cada uno de nosotros y nosotras la vida plena?, ¿tener un hijo?, ¿entonces yo soy un castrado porque decidí no tener hijos, pudiendo hacerlo, porque no quiero ser un padre en este momento?, pero no es porque sea homosexual, sino porque tomé unas decisiones que sencillamente me llevan a sentir que yo soy una persona, un ser humano que puedo decidir dentro de una sociedad, que me dice que lo mejor para una persona es casarse, tener hijos, etcétera; entonces yo creo que ahí hay un tema, y ahora quisiera volver y hablar del tema de cómo a veces las luchas por la identidad nos llevan a cometer muchos errores, y eso lo digo desde la población LGBTI, porque también hay que hacernos una autocrítica ahí.

JG —A propósito, Hernando, de los habitantes de calle, que inmediatamente los ubicamos como población excluida, vulnerable y demás, en ese trabajo que hace poco hice sobre los miedos de las mujeres en el espacio público de Medellín, resulta que se identifica al habitante de calle justamente como una de las principales amenazas, o sea, como uno de los sujetos

amenazantes. Es decir, que es uno de los sujetos que excluye a las mujeres de su ejercicio del derecho a la ciudad en el centro de Medellín, “yo no paso por allí porque hay muchos habitantes de calle”, “es que si veo un habitante de calle, inmediatamente me paso de acera, me desvíó”, “no voy de noche a este lugar porque por ahí siempre hay un habitante de calle”, “necesito vivir dentro de un apartamento con portero, porque yo no quiero abrir la puerta de mi casa y ver un habitante de calle ahí durmiendo”, lo que ratifica también lo que aparecía en uno de los estudios de Región sobre el miedo, los rostros del miedo. Yo le preguntaba a las mujeres ¿por qué el habitante de calle?, ¿no lo reconocemos acaso como un sujeto excluido, vulnerable?, pero la razón que daban era que había un reconocimiento de un estado alterado de conciencia siempre en ellos, porque están drogados o porque tienen hambre o sencillamente porque ellas también reconocen, me lo decían en la investigación, que ellos hacen uso del miedo para su propia supervivencia en la calle, ellos ya saben que les tememos; entonces aprovechan esa imagen que es hostil, que es agreste y que inmediatamente nos aleja, para ellos poder hacer su tránsito de manera más tranquila. Esto lo confirmé en un documental sobre Patricia Ariza que presentamos hace poco, que da cuenta de unos hombres habitantes de calle que llegan y le tocan la puerta, ella se muere del miedo y los chicos le dicen: “Maestra es que queremos hacer teatro”, ella empieza a trabajar con ellos y ellos dicen en su texto dramático: “Nosotros conocemos las calles

que usted habita y conocemos los miedos con los que ustedes habitan esas calles”.

JDM —Ya estamos cerrando y me llama la atención que ninguno de los dos, ni Jenny ni Hernando, se refirieron al Estado, o sea, la estrategia para conseguir la inclusión no pasa por el Estado, ¿eso es así? o es simplemente que no les di tiempo de que lo dijeran, ¿cuál es el papel del Estado en la inclusión?

HM —Claro que sí, el Estado es el principal agente para la inclusión, pero precisamente el Estado se ha quedado en un modelo de inclusión que no se ha repensado y que no mira las necesidades de hoy ¿Qué necesitan hoy las mujeres? Es muy diferente el tema de las mujeres a las abuelas nuestras, porque la sociedad, las calles, las costumbres, los derechos son diferentes. Y se ha avanzado en los derechos, ya una mujer no tiene que decir que debe estar acompañada o que el taxi tiene que ser rosado. Y esas son formas importantes de inclusión y son también formas de acciones afirmativas, pero no podemos vivir de acciones afirmativas toda la vida.

Yo me opuse férreamente a un vagón rosa para los homosexuales en el Metro de Medellín, eso es absurdo. En ese tipo de acciones vemos también una auto-crítica para nosotros, porque no tengo la necesidad de segregarme y hacerme gueto para que me acepten. Claro que no, yo soy un hombre homosexual, profesor de una universidad y sé lo mismo que tú sabes si nos hemos formado en lo mismo, porque la inteligencia no va ni en el género ni en la orientación sexual. Antes creo que hay que reivindicar todo lo

contrario, y entiendo que a veces esas acciones afirmativas son necesarias.

Una vez en Japón entré a un vagón equivocado y casi me acaban, pero como son tan decentes, me dijeron con toda la delicadeza que tenía que salirme, pues ese vagón era solo para mujeres en ese momento, pero yo era un forastero que no entendía japonés. Y no creo que este tipo de acciones deban existir, creo que algunas medidas se deben tomar desde las políticas públicas que se formulan para el uso del espacio que se necesitan, pero deben sentarse a hablar con las personas mayores que tienen un caminador y en general con toda la comunidad, porque estamos volviendo —desgraciadamente es así en esta administración—, a considerar que las políticas públicas se hacen desde un escritorio y no es así, es necesario trabajar con la gente para saber qué necesita realmente.

Entonces las políticas públicas son como la sociedad, en tanto se tienen que mover. Otro punto muy importante es que no es posible que sigamos pensando la inclusión solo desde la identidad o desde lo socioeconómico, porque a veces nos volvemos ramplones izquierdistas, pensando que la inclusión consiste en que todos tengamos dinero o ramplones como algunas poblaciones al pensar solo en términos de identidad, entonces como soy homosexual, lesbiana o trans puedo salir corriendo y darme el beso delante de todos y “bluyiniarme” y no debe ser así. Considero que también debe haber un sentido común desde el respeto y eso también es

inclusión. Entonces el tema de yo soy rebelde porque el mundo me ha hecho así, no funciona en la inclusión, tiene también que ser un rebelde con sentido, pues en ocasiones se deben ejecutar acciones que reivindiquen derechos.

Por último, quisiera mencionar que el tema de la inclusión desde la identidad, a veces nos lleva a ser muy mezquinos, porque me miro yo como individuo, como grupo poblacional, pero no me doy cuenta, como dice Nancy Fraser, que lo que hay que trabajar, desnudar y desmenuzar es el tema de que todos debemos tener un lugar en la sociedad y eso no se cuestiona, porque somos seres humanos y precisamente en esto se ve el reconocimiento y la inclusión real.

JDM —¿Jenny qué piensa al respecto?


JG —Al igual que Hernando, creo que el Estado es el garante de derechos y la inclusión es eso, el reconocimiento de los derechos fundamentales para todas las personas, y recuerden que al principio hablaba de la igualdad como un horizonte ético, y por eso lo que hacemos y le exigimos al Estado tiene que propender por alcanzar dicho horizonte.

Hay, por ejemplo, algunas ideas erradas frente lo que es la igualdad en relación con la equidad, y circula una imagen en redes en la que se ven tres muñequitos que están viendo un partido de fútbol detrás de una valla; uno es más alto, otro mediano y el otro bajito y la imagen nos dice que igualdad es ponerlos a todos en el mismo butaco, y que en cambio equidad es darles a cada uno el butaco del tamaño que necesitan según su estatura. Y es falso que eso sea la igualdad y

esto de alguna manera deslegitima los discursos que hablan de la igualdad de derechos. Igualdad es lo que pasa cuando están arriba y cuando a cada uno se le da lo requiere, para que todos puedan ver en igualdad de condiciones ese partido de fútbol.

El Estado tiene que comprender lo anterior, para poder aplicar medidas que sean equitativas y que les permitan a las poblaciones alcanzar la igualdad de derechos. Entonces el Estado tiene que ser un cohesionador y voy a poner un ejemplo concreto. Estamos en medio de una gran renovación urbana en el centro de Medellín, desde el principio se presentó el plan del centro, se estableció la renovación de una cantidad de parques que ni siquiera reconocíamos como tales, pues al parecer la idea de parque es la esquina y una estatua, y luego se hace la encuesta de percepción de la seguridad pública de mujeres para trabajar en la política pública, pero mi pregunta es ¿por qué no se hace a la par?, ¿por qué entonces toda la renovación urbana no tiene en cuenta esas necesidades de las mujeres en el espacio público? Para que luego no tengan que decir que es necesario abrir una calle, cerrar otra, porque en la encuesta de percepción aparece que las mujeres necesitan más iluminación, por poner un ejemplo.

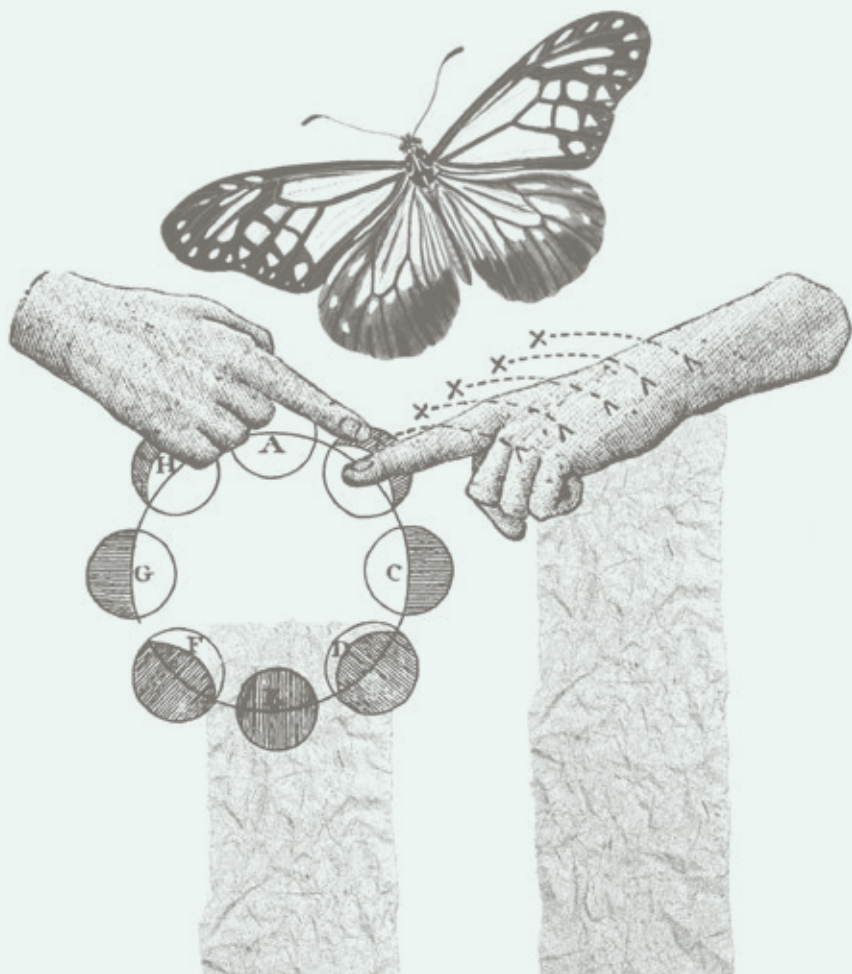
Entonces creo que si el Estado logra cohesionar todos sus proyectos públicos en función de hacer las cosas por una población y por la otra, a la par, va a ser también muy difícil; en ese sentido, el Estado tiene un papel fundamental. Y quizá no lo mencioné hace un rato que hablaba de la perspectiva feminista y el



urbanismo, seguramente porque doy por sentado que quien debería estar detrás de poner o quitar una lámpara o aplanar una acera, tiene que ser el Estado.

JDM — Muchas gracias.

30 de octubre de 2019



VIVIR LA INCERTIDUMBRE

La vida es un conjunto de azares y por eso mismo la incertidumbre es parte inherente de la existencia. Sin embargo, el ser humano siempre va en busca de certezas o de situaciones que aparentemente le den seguridad, para no reconocer esa fragilidad que se hace evidente con la enfermedad o con sucesos imprevisibles como los desastres naturales, las pandemias, las guerras. Pero cuando se reconoce que la muerte es la única certeza, la humildad aparece. En ese sentido, Juan Carlos Henao, rector de la Universidad Externado de Colombia, plantea que una persona que crea más en la incertidumbre tiene mayor tendencia al desprendimiento frente a los bienes materiales. Un corrupto, por el contrario, parte de la seguridad de que esa acumulación le va a generar unos réditos en términos de felicidad. En esa misma línea, Alejandro Gaviria, rector de la Universidad de los Andes, complementa esta idea al afirmar que alguien que sea más consciente de su insignificancia cósmica, puede llegar a ser una mejor persona.

ALFONSO BUITRAGO —Muchas gracias por asistir. Yo los quiero invitar a hacer una conversación con algunos temas, obviamente vamos a hablar de la educación desde su papel como rectores y frente a los grandes desafíos que enfrentan hoy las universidades, pero quiero que inicialmente hablemos de política, de la incertidumbre que hay en los ámbitos políticos y sociales, y creo que al final iremos llegando al tema que ha hecho que la incertidumbre gane tanta fama: el cambio climático, el calentamiento global, esta idea de que el mundo se va a acabar, quisiera empezar por ahí.

Yo no era consciente de la gran importancia de la incertidumbre hasta que me pidieron hablar de ella; en el caso de ustedes, ¿cuándo fueron conscientes de la incertidumbre, en qué momento ese tema empezó a ser parte de sus preocupaciones?

JUAN CARLOS HENAO —No sé cuándo exactamente, yo creo que hay algo que tenemos en común Alejandro y yo, y es que los dos hemos tenido cáncer, entonces mucha gente me pregunta que si toda esta carreta que tengo de la incertidumbre tiene que ver con la enfermedad. Pero yo digo que no, creo que la incertidumbre empecé a vivirla como una expresión de vida, más que como un hecho concreto que me dijera que de aquí en adelante hay incertidumbre. Por ejemplo, la filosofía que he tenido de pensamiento, la desatadura en el amor y el concepto de pareja abierta son una serie de elementos vitales que han hecho que yo viva la incertidumbre.

ALEJANDRO GAVIRIA —Yo creo que hace 20 años construí una epistemología personal alrededor de la incertidumbre. En este sentido, a los economistas a veces nos gusta

distinguir entre riesgo e incertidumbre. Riesgo es cuando se conocen las probabilidades, incertidumbre es cuando no sabemos lo que no sabemos. Yo estaba haciendo mi tesis de doctorado y tenía que hacer un artículo en tercer semestre, y escribí un artículo sobre este tema, lo que hice fue una colección de modelos entre económicos e ideológicos y todos eran inciertos, era lo que se llamaba en ese momento procesos no ergódicos, donde el pasado tenía muy poco qué decir sobre el futuro, y empecé a reflexionar sobre el tema, el cual marcó de alguna manera mi agenda de investigación, por un lado, y después se conectó con la vida.

Es como si esa epistemología personal me estuviera preparando, no solamente para ser un académico y echar carreta y ganarme la vida, sino para vivir también. La historia mía es una preparación, es una actitud ante la vida, pero en mi caso, he tenido también esa obsesión como investigador.

AB —¿Cómo definirían ustedes la incertidumbre? Hay muchas teorías del impacto que tiene la incertidumbre en las sociedades y nos cuesta mucho acostumbrarnos a vivir con lo fortuito. El 11S de Nueva York era un caso absolutamente impredecible, no había manera de que a alguien se le ocurriera pensar que eso iba a ocurrir y, sin embargo, tiene profundas consecuencias y transformaciones en la vida social.

AG —Yo creo que tanto en los fenómenos naturales y, sobre todo, en los fenómenos biológicos que transcurren en el tiempo, y que son afectados por contingencias y elementos azarosos todo el tiempo, la incertidumbre es básicamente la discreción esencial. Pero no solamente en

los fenómenos biológicos y naturales, sino también en los fenómenos sociales. Cuando analizamos la vida social también hay una gran incertidumbre, es decir, es imposible saber lo que va a pasar y lo único que podemos hacer como científicos sociales, muchas veces, es una especie de conceptualización *ex post*, que es casi mentirosa, como la de los comentaristas de fútbol que explican lo que pasó y tratan de darle una explicación estructurada al azar. En la vida individual también pasa lo mismo, nuestra vida está hecha de eso.

En el libro que escribí sobre el cáncer dije que había un cuentico que escribió Antonio Tabucchi, que se llama *Pequeños equívocos sin importancia*, donde narra una vida marcada por el azar y al final el hombre dice la siguiente frase, que yo nunca he entendido plenamente: “Es la vida la que se encarga de esclerotizar las cosas”, esto es esa incertidumbre acumulada, que en el fondo se va volviendo la esencia de nuestra existencia y eso pasa en nuestras vidas personales hechas de azares, pasa en la vida colectiva y en la vida de las sociedades y pasa también en muchos fenómenos naturales, donde se vuelve materia de poetas. Hay una ignorancia fundamental, que tiene inclusive implicaciones éticas, nuestra vida es incierta, es decir, va a estar decidida muchas veces por elementos que tienen que ver con nuestras intenciones o nuestros intentos deliberados, en el fondo ingenuos, que uno podría mirar casi con ternura de vivir la vida. Yo siempre me he sentido así, me ha llevado la corriente de alguna manera.

AB —Estábamos hablando de lo poco conscientes que somos de la presencia inevitable de la incertidumbre y de

las consecuencias sociales que tiene; como decía Alejandro, las explicaciones que hacemos siempre son a posteriori, tratamos de encontrar una causa que nos explique algo que no podíamos predecir. No sé si ha tenido alguna reflexión en cuanto al impacto que tiene la incertidumbre dentro de la vida social.

AG —Para repetir el cuento que me escucharon atrás, lo que traté de decir fue que tanto en los fenómenos naturales, en los fenómenos sociales y en nuestras vidas cotidianas, la incertidumbre es inevitable, y lo que hacemos es un conjunto de explicaciones mirando hacia atrás, que en el fondo lo que hacen es construir narrativas que le den sentido a lo que de pronto no lo tiene.

JCH —En la misma línea quisiera agregar algo. Es cierto que la incertidumbre es inevitable, eso lo sabe hasta la sabiduría popular cuando dice que uno puede pasar por un edificio y le cae una maceta y hasta ahí llegó, eso lo sabe cualquier ser humano, pero es que yo creo, Alejandro, que más que una constatación de que la vida es incertidumbre y que se van acumulando una serie de incertidumbres que van siendo también la historia personal, yo creo que es una actitud beligerante, es un compromiso con el discurso de la incertidumbre. A mí la frase que me marcó y me partió en dos en este tema, fue una del filósofo francés de la complejidad, Edgar Morin, que decía: “La vida es un océano de incertidumbres, con archipiélagos de seguridad”, esto significa que a nosotros el sistema capitalista, la familia, la religión, la educación, la pareja, nos llevan siempre a la seguridad, le tenemos pánico a la incertidumbre, no la integramos, y ahí me uno con lo que dice Alejandro: no integramos la

incertidumbre como algo natural, porque para empezar, le tenemos pánico a la muerte.

Eso viene un poco de la frase de Montaigne: “El que teme padecer, padece ya lo que teme”, porque a uno en la vida lo acostumbran a vivir con un concepto que encontré en un libro de Viktor Frankl, *El hombre en busca de sentido*, que es el concepto de angustia anticipatoria, originada por la incertidumbre, por la falta de dominio del futuro, y lo que se busca en términos de superestructuras ideológicas es pregonar cada vez más seguridad, cuando eso es lo que se debe romper en términos sociales y en términos de educación para la incertidumbre, porque cuando uno vive para la seguridad, vive más atado, vive más esclavizado. Cuando uno no vive para la seguridad, sino para la incertidumbre, es mucho más libre. Más que una constatación para mí, es un estado belicoso de uno como individuo, de buscar a toda costa no ser celoso, ser desprendido.

AG —Juan Carlos se ha movido un poco a las consecuencias, vivir la incertidumbre nos hace en el fondo mejores personas. Quisiera volver un poco atrás con el tema epistemológico. Jacques Monod en su libro *El azar y la necesidad*, decía: “Devolvamos el casete veinte millones de años, volvamos a darle *play* otra vez y lo que va a pasar con las mismas condiciones iniciales va a ser completamente diferente, no va ser el homo sapiens que se bajó del árbol, de pronto va a salir otro tipo”.

Lo mismo ocurre en la evolución de la tecnología, por elementos fortuitos, hace 100 años la humanidad se enamoró de los vehículos particulares propulsados por petróleo, si nos devolvemos 150 años y volvemos a ponerle *play*, la evolución tecnológica pudo haber sido completamente

diferente, lo mismo muchas de nuestra ideologías y teorías sociales, eso hace que la historia pueda haber sido totalmente diferente.

Es esa complejidad, esa incertidumbre, en la que en el fondo esta sucesión de elementos azarosos se van volviendo esenciales, la forma de entender la vida colectiva, buena parte de la vida natural y la vida individual. Vivir la incertidumbre, darnos cuenta que nuestra vida pudo haber sido totalmente diferente hace que tengamos que buscar narrativas convenientes todo el tiempo, necesitamos historias, búsquedas de significado, pero la vida en la incertidumbre, en el fondo, es la búsqueda de historias, historias que justifiquen lo que hacemos, lo que somos y nuestras trayectorias vitales. Esa es la conexión que yo quisiera hacer entre la incertidumbre, entendida como esas trayectorias tan absolutamente contingentes, que pudieron haber sido tan distintas, todos tenemos una historia patria de nosotros mismos que necesitamos para vivir.

- AB —Inclusive esa naturaleza narrativa humana tiene raíz biológica y es que con las historias somos capaces de enlazar hechos ordenadamente, precisamente lo que la incertidumbre no permite, y por eso narramos y por eso necesitamos historias.
- AG —Necesitamos tantas historias que vemos figuras en las nubes en el cielo, que en el fondo son azar, nos inventamos cuentos, estamos buscando significado todo el tiempo a lo que no lo tiene.
- AB —Todos tenemos una historia personal porque necesitamos darle orden a unos hechos totalmente azarosos, por ejemplo, la elección de pareja pudo ser una o pudo ser otra o la elección de profesión.

JCH —En todo hecho humano siempre hay un factor de azar. El problema de fondo aquí es el determinismo, el reduccionismo es un problema epistemológico, la incertidumbre plantea un problema de teoría del conocimiento y, en ese sentido, la seguridad es positivista, la búsqueda de seguridades, que es lo contrario a la incertidumbre, es una filosofía positivista, reduccionista, que no tiene nada que ver con la metodología de la complejidad que se basa en la rareza. Hay un dicho popular que me encanta: “Es mejor ser historiador que profeta”, porque uno de historiador mira para atrás y puede que uno haga narrativas, dependiendo de las casualidades raras.

La filosofía de la complejidad es acabar con el pensamiento determinista positivista, es otro enfoque de la realidad, el determinismo lo que busca a través de la observación y la repetición es decir: “El agua moja”. La teoría del cisne blanco, de que todos los cisnes son blancos hasta que llegue uno negro y ese negro es precisamente la incertidumbre, y ese negro es lo que uno debe buscar en la vida porque es más liberador. La incertidumbre es un estado de lucha, es un estado de vigía frente a una forma de concebir el mundo de manera distinta, frente a la filosofía de la complejidad.

AB —Vale la pena referirse a la metáfora que explica el cisne negro o el impacto de lo altamente improbable.

AG —En el fondo existe el vago azar, pero también están las rígidas leyes y hay un determinismo y la ciencia también necesita de cierto determinismo; hay fenómenos también en el mundo natural, en nuestras vidas y en la vida social que tienen ese tema, donde el pasado puede darnos unas pistas sobre el futuro y la pregunta entre azar

y necesidad siempre va a estar ahí, y hasta ahora hemos enfatizado ese elemento azaroso, pero hay también ese otro elemento determinista, los seres humanos somos capaces de predecir casi con exactitud absolutamente poética, hasta el último milisegundo, la trayectoria de los planetas y hemos sido capaces de hacer predicciones en muchas áreas y, en el fondo, muchas de las cosas que están ocurriendo aquí se deben a eso, a cierta fe causal, aquí uno puede hacer inferencias sobre el mundo y sobre esos fenómenos que tienen esa naturaleza determinista también. El mismo Borges hablaba del vago azar y las rígidas leyes del universo.

AB —Que generan una actitud en el investigador, lo que hablamos del escepticismo empírico. De alguna manera, es creer y no creer, o creer que en la realidad puedes encontrar la respuesta.

AG —Y ahí es donde viene el tema del cisne negro, si uno se casa mucho con ese mundo determinista o con los fenómenos estacionarios y siempre cree que el pasado da pistas perfectas sobre el futuro —que fue el error que cometieron muchos colegas economistas que no vieron venir lo que pasó—, porque de alguna manera nunca fueron capaces de entender que había esos procesos, eran fenómenos con posibilidades muy bajas, pero que iban a tener consecuencias devastadoras sobre muchos fenómenos, y esos son los cisnes negros que aparecen y pueden presentarse y hay que tenerlos en cuenta también. Volvemos un poco a la primera definición sobre incertidumbre, la de los cisnes negros: no sabemos lo que no sabemos, era muy difícil anticiparse y nadie estaba pensando en ellos, porque no hacían parte de estas cavilaciones, un poco

basadas en la estadística tradicional y en la inferencia estadística, que nos enseñó el siglo xx.

Ahí vuelvo con un tema, y es que los seres humanos no estamos muy bien diseñados para pensar estos problemas, no entendemos bien la estadística, los errores cognitivos a la hora de comprender los fenómenos aleatorios son grandísimos, tendemos siempre a subestimar unas cosas y a sobreestimar otras; de la forma como se contextualicen los fenómenos hacemos inferencias que son en muchos casos optimistas y en otros casos pesimistas, o sea, cognitivamente estamos muy mal preparados para entender y enfrentar el mundo de la incertidumbre, e incluso, el mundo del riesgo y eso complica el análisis de muchos fenómenos sociales.

AB —Hay quienes dicen que es un defecto de origen, mentalmente tendemos a tener que reducir la complejidad para poder hacer la vida un poco vivible.

AG —Creo que la naturaleza nos hizo así, es una adaptación, biológicamente estamos mal diseñados para razonar en términos estocásticos.

JCH —También creo que no hay que dejar de lado el determinismo científico puro y duro. El científico social que haga eso está destinado al fracaso.

Hay formas de producir conocimiento que son diferentes, una cosa es producir conocimiento desde lo que se sabe y otra desde lo que no se sabe. Pero otra cosa es producir conocimiento con lo que llaman las rarezas de la complejidad y de ligar los objetos de estudio; uno siempre en el método debe estar buscando cisnes negros, a pesar de que los cisnes negros sean lo que no sabemos. Es una actitud vital, de investigación, la pregunta

es: ¿puede uno hacer, para efectos de investigación científica, métodos a partir de las rarezas y a partir de lo que no se sabe?

AG —Hay una consecuencia de actitud ante la vida y actitud ante el conocimiento, y es el escepticismo. Pensando lo que ocurre en Chile, no tenemos muchas teorías, tenemos un conjunto de hipótesis, en el fondo hacia ese tipo de explicaciones hay que tener escepticismo, se parecen a los narradores de fútbol tratando de armar una historia, nunca vamos a tener los datos para decir cuál es la historia más relevante. Creo que parte de entender la incertidumbre es que no conocemos por completo de dónde vienen estos fenómenos y probablemente hay un entramado de causas, unas lejanas, otras próximas, que hacen que este fenómeno sea complejo y nunca vamos a tener la capacidad plena de discernimiento para decir: se explica por esto o por lo otro.

Escepticismo ante esas explicaciones y aceptación de la complejidad del mundo, aceptación de que muchas veces no entendemos los fenómenos que estamos estudiando. He hecho una analogía muchas veces entre la complejidad que enfrentamos los científicos sociales, por ejemplo, cuando estudiamos los fenómenos económicos, que son sistemas abiertos complejos muy parecidos, ahí el escepticismo es una conclusión que tiene que estar y debe hacer parte de nuestra posición epistemológica ante ese tipo de fenómenos, pero queremos explicaciones.

AB —Yo le agregaría al escepticismo la comprobación empírica, parte de la actitud del investigador es no alejarse, insistir, ir a la realidad y encontrar.

AG —Pero este es un escepticismo humeano, David Hume, que siempre decía: “Las causas no se observan y nuestras reflexiones sobre las causas de fenómenos complejos siempre van a ser inciertas”.

JCH —Yo creo que las causas no se observan.

AG —Nosotros observamos lo que está ocurriendo en Chile (protestas juveniles), las causas subyacentes a ese fenómeno no son evidentes para todos, no las estamos viendo, son solamente teorías, explicaciones que hacemos aquí y allá, observamos fenómenos que creemos que están relacionados, hay coincidencias, hay correlaciones, pero la causalidad, la conexión entre una cosa y la otra hace parte del trabajo que tenemos que hacer como científicos.

JCH —Pero la narrativa sí estudia las causas y las explica.

AG —Quiere explicarlas, porque yo creo que tenemos que aproximarle a eso algún escepticismo, porque nunca vamos a tener certeza clara de cuáles son las causas.

JCH —La realidad es objetiva y eso es lo que ha distinguido el materialismo del idealismo en términos de filosofía, pero el sujeto y el objeto ya producen una alteración que hace que un amigo científico suyo pueda aplicar económicamente las causas de lo que sucede en Chile, y otro las pueda explicar completamente diferentes, pero lo importante es la metodología. Yo creo que los pensamientos de derecha no creen en la incertidumbre.

La complejidad nunca es determinista, por eso es que el reduccionismo como ejercicio mental hay que acabarlo. Para estudiar una causa yo tengo que contextualizarla y, entre más grande haga el contexto, más me alejo de la verdad, pero más rarezas encuentro.

AB —Las consecuencias que genera pensar en la incertidumbre, que luego se convierten en una norma de comportamiento; quisiera volver a esa actitud que genera la conciencia de la incertidumbre, ahora que la ligaste con la corrupción, quisiera que profundizaras un poco cómo nos blinda la incertidumbre para no ser corruptos.

AG —Estamos entrando en un pantanero epistemológico, hay una actitud que es epistemológica que nos permite acercarnos a ciertos fenómenos y hemos enfatizado algunos sociales, otros naturales, incluso los que tienen que ver con nuestra vida individual, esa aceptación de la incertidumbre.

Alfonso está llevando la conversación a un punto más complejo y es que esa actitud ante la vida tiene implicaciones normativas, define cómo nos comportamos incluso éticamente. Me da miedo decir que son más corruptos quienes tienen una mentalidad más llevada a cierto determinismo.

Si uno tiene en cuenta la fragilidad biológica, la gran incertidumbre que tenemos es la enfermedad, que nos la demuestra de manera clara. Lo segundo es que nuestras vidas contingentes, en el fondo no tienen un significado intrínseco, es el que nosotros queramos darle, son las narrativas que construyamos y tenemos que construir historias patrias de nosotros mismos para poder vivir, y lo tercero es que hay cierta ignorancia fundamental en el fondo, porque no sabemos muy bien las causas de todo, y el vago azar domina muchas de nuestras cavilaciones.

Si uno quiere con estas tres premisas concluir con una visión ética, mencionaría una sola cosa y es la necesidad de la compasión entendida colectivamente. De

alguna manera, estamos nadando en un río tormentoso, no tenemos un significado de lo que hacemos, hay una gran fragilidad, eso nos debería llevar a todos a ser un poco más compasivos, es simplemente el entendimiento pleno de la experiencia humana signada por la incertidumbre, si quisiera extraer una sola conclusión ética, sería ser compasivos.

JCH — Cuando uno cree en la incertidumbre es más desprendido de muchas cosas como, por ejemplo, las materiales. Cuando se piensa en términos más amplios, uno ve en la sociedad colombiana, que son las certezas y las seguridades las que está motivando, por ejemplo, la política o la corrupción, un corrupto es más determinista que creyente de la incertidumbre.

AG — Un corrupto para poder vivir necesita una narrativa, de alguna manera, evadirse de la culpa y para esa evasión necesita cierto dogmatismo, entonces ahí se podría configurar cierta correlación, pero yo no la vería como una relación causal. Simplemente una persona que se inventa un cuento, una justificación que necesariamente es dogmática, permitiendo que esas disculpas puedan llevar a la justificación de la corrupción en la mente de una persona.

JCH — Por la vía del desprendimiento, una persona que crea más en la incertidumbre, tiene mayor tendencia al desprendimiento frente a los bienes materiales. Un corrupto parte de la seguridad de que esa acumulación le va a generar unos réditos en términos de felicidad.

AG — Un corrupto puede ser más materialista en sus percepciones propias de qué es la buena vida, una valoración más alta de los bienes materiales. Y alguien que

sea más consciente de su insignificancia cósmica, puede llegar a ser mejor persona.

Nuestra concepción del mundo, nuestra ontología personal, la forma como entendemos la realidad tiene implicaciones éticas, implicaciones a la hora de ver cómo nos relacionamos con los otros seres humanos. Dentro de ese conjunto de relaciones, quienes aceptamos la incertidumbre, quienes creemos que en el fondo la vida humana tiene un componente azaroso, tendemos a ser menos corruptos.

JCH —Alejandro habla de la compasión como un elemento último que explica la posición ética del ser humano, hay un libro que se llama *El imperio del miedo*, donde luego de hacer un análisis, llegan a la misma conclusión, que la compasión es el reducto, la síntesis de toda estas cuestiones causales, que se van a terminar homogeneizando en la misión ética; y ahí es donde está el debate, porque usted me dice de una manera simplista que los indeterministas son menos corruptos, yo me ratifico en creer que no hemos perdido el tiempo, porque estamos hablando de incertidumbre, y una de las cosas que he dicho es que no puede haber determinismos causales. El indeterminismo da posiciones éticas, cuando uno tiene posiciones indeterminadas, se vuelve más sencillo, pero una persona arrogante está más segura de sí misma, de su interpretación del mundo, en tanto una persona indeterminista es más sencilla, porque sabe que hay 47 mil formas de explicar qué es lo que está pasando en Chile. Entonces sí hay una posición ética que se deduce de una teoría epistemológica de la incertidumbre y de la filosofía de la complejidad.

AB —De alguna manera, esta charla se nos está convirtiendo en un recetario de cómo enfrentar la vida de conductas y unas formas de ver el mundo. Quisiera decir también que la incertidumbre es una manera de cambio y el cómo enfrentar ese cambio siempre es un gran reto; hace poco leía un recorte de Estados Unidos, que decía que el trabajo más duro del mundo en este momento, es ser rector de universidad.

El promedio de vida laboral de un rector en Estados Unidos es de seis años, yo digo que el trabajo más duro es ser rector, después de ser director de un periódico o de un medio, porque el negocio cambió completamente. Me parece que las universidades tienen el mismo riesgo al que se enfrentan los medios, y es que en algún momento, sin darse cuenta, la gente termine yéndose a estudiar de otra manera y en otros lugares. Vale la pena ponernos en la práctica de ustedes, tomando decisiones día a día —es ilustrativo para la universidad y para los que estamos acá— ver cómo se enfrentan ustedes a esa incertidumbre en el campo de la educación.

JCH —Cada sector social tiene sus interrogantes, la educación, la psicología, la antropología, los topógrafos, eso para qué, se preguntarán muchos. Esta cuarta revolución industrial es una locura, quizás muy similar históricamente a cuando apareció la rueda, pero el riesgo para las universidades que está generando no es tan peligroso, si se reinventa uno profundamente. Los rectores en este momento y los que no han empezado, se tienen que reinventar, en las formas de los cursos y la duración de los mismos, en qué tipo de educación se va a dar en las nuevas tecnologías, en hacer muchas actividades y programas novedosos.

Yo estoy buscando hacer programas que rompan barreras al interior de la comunidad universitaria, de la ingeniería a la medicina y de la medicina a la antropología, para hacer una mixtura del conocimiento, y eso creo, va a ser una salvación, acortando también los programas, mi fórmula ha sido esa frente a la angustia. La baja de la matrícula, el tiempo, porque los *millennials* ya no quieren estudiar una carrera de cinco años, porque les da hartera y no ven el beneficio de ello, pero creo que hay muchas maneras de reinventarse, el ladrillo de las instituciones nunca va a dejar de existir, a pesar de que exista educación *online* y todo eso.

AB —Además de todo lo que dice Juan Carlos, el cambio es tan acelerado que es muy posible que cuando se termine la carrera esta sea completamente obsoleta; ahí cabe el ejemplo del programador de ingeniería de sistemas. ¿Ese es un obstáculo o un reto mayor que le agrega dificultad a predecir lo que va a pasar en un futuro?

AG —Hay tres elementos de incertidumbre hoy en la educación. Uno tiene que ver con el futuro de las profesiones, lo que va a pasar en los mercados laborales, asociado a las mentes artificiales y de cómo unas profesiones van convirtiéndose en obsoletas. Leí hace poco que alguien escribió que la humanidad está empeñada en construir su propia obsolescencia, y eso lo estamos construyendo poco a poco. Cuando yo estudié Ingeniería Civil, unos ingenieros que se hacían llamar calculistas, hace treinta años, ya se volvieron obsoletos por los computadores; y eso ha pasado año tras año, profesiones que desaparecen, pero otras aparecen.

La segunda, ya la mencionó Juan Carlos, y es que las universidades como hoy las conocemos están mal diseñadas, por dos temas: las tecnología que llegaron, pero también las nuevas teorías del aprendizaje, que han demostrado que las formas como enseñamos no son las correctas y en eso hay una inercia en las universidades, que no sabe cómo responder a ese conocimiento que emerge. Yo creo que las universidades son instituciones contradictorias, porque tenemos dos tareas muy distintas: la de preparar a los jóvenes para el futuro, pero también somos guardianes de una tradición, de un conocimiento y de una forma de entender el mundo, y se quiere hacer ese compendio de la experiencia humana. Y no veo hoy en día un dinamismo en las universidades que nos lleve a pensar que estamos respondiendo a estos desafíos.

El tercer desafío está en la mente de los estudiantes todo el tiempo, y es el del cambio climático, porque no sabemos si las formas de civilización prevalecientes van a ser sostenibles en 15 o 20 años. Tuve una conversación con un taxista en Bogotá hace unos meses, y yo le mencioné: “En 12 años pasa esto”, y él me respondió: “En 12 años el mundo no va a existir” y yo pensaba, todo el mundo está con este cuento.

Entonces, la inteligencia artificial destruye las profesiones, las tecnologías y las nuevas teorías de aprendizaje no están haciendo lo que toca, y fuera de eso, nuestros estudiantes creen que el mundo se va a acabar y que las formas prevalentes de civilización no existirán. Lidar con eso no es fácil, la única forma es percibir que las universidades deben ser capaces de vivir en la contradicción, y en el fondo van a tener que decir: aprender

a aprender, tener pocas entradas y muchas salidas, los estudiantes tienen que auto descubrirse en las universidades todo el tiempo, y la gran paradoja de las universidades hoy en día, cuando yo hablo con la gente, es que los jóvenes son escépticos, pero los viejos no tanto, quieren volver a la universidad, hay una especie de deseo existencial, un deseo de estar en unos recintos en los que hay un ambiente de intercambio de ideas, que para los que lo han vivido es relevante, pero para los que van a vivirlo, ya no tanto.

No creo que las universidades vayan a desaparecer, pero sí nos podría pasar que en 10 o 15 años, cuando las tecnologías sean muy distintas, nosotros vamos a empezar a preguntar, ¿qué vamos a hacer con toda esta infraestructura?, creo que sí podemos tener un futuro complicado, estamos tratando de hacer cosas todo el tiempo, yo estuve seis años por fuera de la Universidad de los Andes, y paseo por el campus ahora, y no veo una revolución, yo podría entrar a una clase y hay algunos cambios en la tecnología, hay alguna discusión distinta, algunos temas han cambiado, pero la forma de operar de esa universidad, que yo dejé hace seis años y a la que volví después, es muy parecida, y mientras tanto el mundo ha cambiado de forma radical. Yo creo que tenemos que mirarnos en el espejo de nuestras propias faltas, decía García Márquez.

AB—Cuando uno piensa en el cambio siempre se da a partir de algo, siempre hay un punto fijo del que parto para hacer un cambio. ¿Cuál es ese punto fijo de la universidad, qué es lo que hace la universidad que no hace nadie más?

JCH —Hay algo que es un campo que todavía sigue siendo parte de las universidades y de las personas, que es enseñar la ética. La ética humana, que mira a los ojos, esa enseñanza de la vida, que se tiene como profesor; lo que se busca ya no es tanto conocimiento, qué es otro paradigma que ha cambiado en la educación, ya no se enseñan conocimientos realmente, los conocimientos están ahí con oprimir un botón, uno enseña más que todo actitudes, teorías de vida, capacidades, competencias, trabajo en equipo, etc. Los rectores de universidades debemos ser optimistas frente a la función de la educación, que es un poco la esperanza.

AG —La democracia deliberativa necesita esto que estamos haciendo aquí, un cabildo abierto, un diálogo permanente sobre el cambio social, las dificultades y posibilidades, eso lo hacen las universidades y en eso son imprescindibles, el problema es que no pueden ser solo eso, si ese va a ser nuestro único tema, nos volveríamos recintos abiertos para la democracia, para la reflexión ética, pero en el fondo le pasaría lo mismo que a los periódicos. En el fondo las universidades se convierten en un bien público y los problemas de acción colectiva nos van a llevar a que nadie pague por eso.

Necesitamos la reflexión ética entre todos, pero si no somos algo más, podemos tener problemas, todavía es una pregunta abierta, somos un bien público, la sociedad nos necesita, la democracia deliberativa necesita esos ámbitos.

JCH —Todavía tenemos alguna función en términos de producción de conocimiento, la inteligencia artificial no va a poder producir todo el conocimiento, nunca producirá

un conocimiento completo y analítico. La función que van a tener las universidades es producir el conocimiento a partir del conocimiento que ha producido la inteligencia artificial.

AG —Otra conclusión, que si se quiere podría ser de naturaleza ética, es una frase de Albert Hirschman, que está en el título de uno de sus libros *Un sesgo por la esperanza*. A pesar de este conjunto de incertidumbres, creo que casi axiomáticamente, no como resultado de nuestras adquisiciones empíricas, la educación debe mantener ese sesgo por la esperanza, siendo capaces de tocar vidas para transformar el mundo, hoy en día creo más en la docencia que en la investigación, para generar un mundo más digno, más justo, más decente. Las universidades en este momento somos unos resquicios donde todavía habita cierta esperanza.

AB —Una consecuencia del escepticismo puede ser el pesimismo, ¿cómo combatir ese resultado indeseado?

JCH —Con el ejemplo del vaso, de la mitad lleno o vacío, la función de la academia es llenar la mitad de ese vaso, generar esa esperanza, generar el optimismo en la perfectibilidad de los seres humanos, y sustentar que no nos vamos a acabar en 15 años.

AG —A pesar de la incertidumbre y de que los momentos de escepticismo o de nihilismo los tenemos casi todos, desde la universidad tenemos que seguir creyendo que hay esperanza y que el trabajo que hacemos todos los días vale la pena, y en el fondo somos privilegiados por eso. Un sesgo por la esperanza axiomático, como un compromiso ético de seguir trabajando por la sociedad.

AB —Muchas gracias a todos.

Ver, vivir
narrar
la ciudad

27/09/18

29/11/18

25/07/19

29/08/19

Medellín a contraluz 140
Pascual Gaviria y Pablo Montoya

El derecho a la calle 164
Gilmer Mesa y Juan Carlos Posada

Comer, beber... el hambre y la sed 182
Álvaro Molina y Lorenzo Villegas

El cine, un narrador de ciudad 210
Laura Mora y Javier Mejía

27 de septiembre de 2018



MEDELLÍN A CONTRALUZ

Para hablar de Medellín con sus avances y bemoles, el programa *Ciudad al Centro* reunió a los invitados Pablo Montoya y Pascual Gaviria, para analizar desde sus posiciones críticas los desafíos que enfrenta la ciudad. Si bien el escritor Pablo Montoya resaltó algunos aspectos positivos, como el hecho de que la ciudad haya cedido en el número de homicidios y haya alcanzado una cierta paz, también puso el dedo en la llaga al reconocer que esta situación ha tenido un alto costo, como la militarización de la ciudad, tanto por parte de las entidades oficiales, como de los ilegales, y lo ejemplifica diciendo que mientras los estratos altos deben pagar un precio considerable por la seguridad, en los estratos bajos la supuesta seguridad se mantiene gracias a las “vacunas”. Gaviria, por su parte, considera que la ciudad conserva grandes desigualdades, pero también reconoce que ha logrado ser un poco más flexible y abierta hacia ciertas temáticas que ahora se erigen como maneras de resistencia ante un discurso homogeneizador.

JUAN DIEGO MEJÍA —El documental *Ciudades a Contraluz* da cuenta de cuatro ciudades que estuvieron en guerra y que el director visitaba cuando estaban en conflicto, entre ellas Sarajevo, Beirut, Kigali y Medellín. El documentalista vuelve a estas ciudades, unas urbes que estaban desahuciadas y de pronto volvieron a vivir y él hace el documental con los actores de la nueva ciudad; por ejemplo, de Medellín veo que involucró al “Jefe” y lo propone como un modelo de cómo resignifica la calle y cómo pone a los muchachos a exorcizar los demonios del miedo y de la guerra, los llena de cantos, trova y poesía, que es el hip-hop. Entonces creo que nos da pie para que hablemos en estos términos.

Voy a empezar con Pablo, ¿es verdad que resurgimos? Quiero saber qué tanto es verdad, porque ustedes dos representan un pensamiento crítico de esta ciudad, trabajan aquí, pero no tragan entero, y esa es la razón por la cual están acá, no tanto porque se hayan ganado premios o porque sean personajes de la radio o de la intelectualidad de *Universo Centro*, sino porque ustedes no se han quedado callados ante los problemas que tiene Medellín. Entonces, quisiera que la abordáramos desde varias facetas. Primero hablemos un poco, vos en particular, Pablo, ¿crees que Medellín ha resurgido?, ¿salimos de esa calle oscura que era la guerra? y ¿cómo estás viendo a Medellín hoy?

PABLO MONTOYA —Gracias Juan Diego y Pascual por la compañía. En realidad uno podría responder desde varias facetas: una, desde el punto de vista de ser un ciudadano; en ese sentido, pienso que sí hay aspectos interesantes y positivos en la Medellín que ha atravesado

estos últimos años; por ejemplo, yo soy profesor universitario, de la universidad pública, y desde allí puedo proyectarme como profesor, y creo que lo que hago lo hacen muchos otros profesores. De alguna manera, como escritor he tenido un espacio importantísimo en la ciudad para proyectarme como tal, en esta ciudad que, en medio de tantas dificultades, intenta leer.

Inclusive desde el aspecto personal pienso que sí, que la ciudad me ha dado elementos muy importantes. Si uno considera que la ciudad es un desastre ¿para qué va a tener hijos? o ¿para qué va a construir un proyecto familiar en una ciudad que está en situaciones desastrosas? Desastre ético, por ejemplo, desastre moral. Ahora bien, el escritor tiene una conciencia fundamental frente a las sociedades, el escritor no es un político, en el sentido de que no mira de manera populista las transformaciones de la ciudad; es una conciencia que está siempre mirando los aspectos turbios, los aspectos viciosos, los aspectos que finalmente están ocultándose, a través de unas fachadas que el establecimiento monta, entonces en mi rol de escritor, en mis textos, sí me parece que es fundamental criticar.

La literatura que se ha escrito en Antioquia, desde Tomás Carrasquilla hasta nuestros días, ha tenido una evolución particular. Una primera parte que es un canto a la ciudad, a la región, a la pujanza, a la “raza antioqueña”, un canto empresarial, a eso de que Medellín es la ciudad de la eterna primavera, la tacita de plata, la ciudad de las flores, todo eso que, de pronto, empezó a ponerse en cuestión con la llegada del narcotráfico y después con el paramilitarismo. Yo creo que ahí entramos en

dos puntos fundamentales que son los que han hecho que tenga una profunda desconfianza ante los discursos positivos actuales, que la clase dirigente de esta ciudad emite a diario. Aquí tenemos un modelo social narco-paramilitar y frente a eso sí me parece que un escritor como yo debe reaccionar cuestionando la ciudad.

Yo creo que ese resurgimiento dentro de la ciudad, para ser claros y directos, me parece que ha tenido un precio muy alto. La construcción de esa paz, la construcción de esos espacios cívicos y democráticos que hace 20 o 30 años no teníamos, porque estábamos enfrascados en guerras terribles, se han construido a un precio muy alto, y ese precio no es más que lo que les acabo de decir: un Estado penetrado por las relaciones con narcotraficantes y paramilitares. Un empresariado que, también, infortunadamente, ha sucumbido ante esas amalgamas y una sociedad, desde todo punto de vista, aprobando esas relaciones.

De modo que el resurgimiento es evidente, porque sí, se redujeron los homicidios a un nivel impresionante, que es lo que ha hecho que la ciudad haya tenido tan buena atmósfera y tan buena recepción por parte de las autoridades internacionales. Se han construido nuevas bibliotecas, aunque algunas ahora están muy deterioradas, pero ha habido escuelas, hay más lecturas, hay maestrías de escrituras creativas. Desde el punto de vista de la literatura y el arte, hay una tendencia cinematográfica interesantísima, cosas que antes no había, y esas creaciones se hacen, porque hay espacios de paz. Pero la paz social, en todas las civilizaciones,

siempre ha tenido altos precios; eso no solo es una característica de nuestra ciudad, en todas las ciudades siempre los progresos que tienen determinados modelos sociales, han tenido un precio altísimo. Es sino escarbar en los archivos históricos para darse cuenta. No somos los únicos, somos una ciudad atravesada por grandes conflictos, logramos salir un poco adelante, pero, repito, a un precio que me parece, reprochable.

JDM —Esta era la parte positiva, tomémonos un respiro y ahora nos cuentas la otra parte. Pascual, ¿cómo ves el resurgimiento de la ciudad? ¿Qué tan cierto es?

PASCUAL GAVIRIA —Yo creo que estábamos en un punto muy bajo, en temas de guerra y de violencia, como dice Pablo, tuvimos unos años 80 y 90 que no eran comparables con nada. Llegamos a tener en 1991 cerca de 7 mil homicidios, y para que nos hagamos una idea, el año pasado tuvimos 580, es decir, un poco menos del 10% de lo que tuvimos en el 91; yo creo que estábamos en un punto muy bajo y, sí hubo, sin duda, un cambio. Uno lo puede ver de esa manera muy sencilla, en el tema de homicidios, pero, por supuesto, hay que mirar otras cosas, como los espacios, que Pablo dice que son distintos.

Un espacio que me parece interesante como parte de ese resurgimiento, es lo que pasa ahora en Carabobo norte, lo que sucede cerca al Jardín Botánico y al Parque Explora. En sus inicios el Jardín Botánico era como un club muy exclusivo en la ciudad, ahora es un sitio de confluencia de toda la ciudad. Siempre se habla de esa división sur-norte, que sigue existiendo, sin duda, pero que hayan construido un sitio al norte

donde la gente del sur quiera ir, yo creo que es algo especial y lo vimos en la Fiesta del Libro hace poco, hay un sitio en el norte donde la gente puede confluír de manera tranquila y sin tantas barreras; esto es algo que no existía, para poner un ejemplo de aspectos que yo creo han cambiado.

Con respecto al costo de esa reducción de homicidios, creo que siempre hay un costo en estas transformaciones, y aquí hemos hablado de la gobernabilidad y de esos pactos entre ilegales, que dirigían de alguna manera esa paz. Yo creo que es innegable que hay un control ilegal todavía en muchas partes. Es innegable que cuando hablamos de temas como homicidios en la ciudad, deciden más los que manejan la ilegalidad que la administración. La administración nos cuenta y muestra los índices, pero quienes deciden si esas cifras suben o bajan están en otra parte. Yo creo que no tenemos todavía un control sobre la ilegalidad, que pueda influir concretamente sobre esos índices.

Hace poco leía algo de Gustavo Duncan, que me llamaba la atención, y es la racionalidad de la gente que maneja cierta ilegalidad, él decía: “Se dieron cuenta que era mejor la seguridad que el asalto y que el asesinato, y entonces simplemente yo presto seguridad y tengo el control y le cobro a todo el mundo una pequeña cuota. Además, asumo algunos negocios, ya no solamente de ventas ilegales sino legales, como la venta de arepas en los barrios, que las manejan algunos ilegales”. Sabemos una cifra que a mí no se me olvida y que me parece importante repetir, y es que hace más o menos cinco años, el gerente de la Fábrica de Licores de Antioquia

decía que ellos tenían vetada la entrada a Castilla y que eso le significaba dejar de vender 100 mil millones de pesos en un año. Esas ventas la manejaban los ilegales, tienen su propio aguardiente, su propia botella y ellos manejan un ingreso de 100 mil millones de pesos, por vender lo que supuestamente es un producto legal ahí.

Creo que seguimos teniendo ilegalidades, pero no estoy de acuerdo con Pablo en que tenemos una sociedad narco-paramilitar, yo creo que ese poder ha ido bajando y no sería capaz de meter a toda la sociedad ahí, creo que son una minoría con mucho poder, mucho más difuso que el que había antes; por supuesto que en la época de Pablo Escobar teníamos un patrón del paramilitarismo, colegial, después tuvimos a Sebastián y Valenciano, época en la que habían facciones, y ahora tenemos otras facciones más pequeñas. En lo que tiene que ver con el narcotráfico, nos estamos convirtiendo en los “lavaperros” de los mexicanos, somos un primer eslabón de producción y transformación; el negocio grande está en el transporte y nosotros ya no nos ocupamos del transporte, por lo que tenemos una ilegalidad más fragmentada, y de alguna manera menos poderosa, aunque sigue siendo fuerte.

PM —Yo quisiera precisar lo del modelo social paramilitar con un ejemplo. Ustedes saben que los paramilitares de Medellín tuvieron tres facetas, que así las denominan los sociólogos, una que se llama irrupción, que es cuando entran y expulsan toda manifestación de izquierda a finales de los 90 y principios del 2000, luego viene una segunda faceta que es la consolidación del paramilitarismo en todas las comunas de

Medellín, particularmente las populares, y luego viene la legitimación.

Lo que se denomina modelo paramilitar social se da entonces a partir de un ejemplo muy sencillo: en los barrios populares vemos que hay “vacunas”, una gran cantidad de personas de estratos 1, 2 y 3 pagan “vacunas” para su seguridad y los estratos 4, 5 y 6 pagan seguridad privada, ¿esa seguridad privada de dónde viene?, esta no es más que la legitimación del paramilitarismo, es decir, la seguridad social tiene un vínculo profundo con una especie de primer episodio del paramilitarismo. Cuando ya empieza a legitimarse, por ejemplo la alborada, esas fiestas populares de la pólvora, ¿de dónde vienen?, en parte de una práctica popular de la quema de pólvora, pero se establece con esas dimensiones a partir del 2003, cuando don Berna corona un cargamento en los Estados Unidos. Entonces hay un comportamiento y una aceptación de esos modelos paramilitares, no solamente sucede en Medellín, sino en Colombia y en América Latina.

JDM —Quisiera que volviéramos a algo, Pascual dice que la tesis de Gustavo Duncan es que el modelo de paramilitarismo es dar seguridad y crear un entorno en el que la gente sí lo acepta y se siente segura, eso de alguna manera penetra toda la sociedad, ¿es un poco lo que plantea Gustavo?

PG —La imposición de esa coacción que la sociedad soporta, yo creo que no nos hace una sociedad paramilitar, claro, hay una relación social que es capaz de mantener ese dominio, pero creo que lo que se da es una imposición, que lleva a la sociedad a sacudirse,

pero no le pondría un asunto ideológico, al decir que los paramilitares empezaron a borrar una política de izquierda, sino que considero que las milicias urbanas aquí tienen el mismo comportamiento asesino de los paramilitares, ahí no hay un componente ideológico, sino el de la disciplina simplemente social, y de criminalidad y de cobrar unas rentas.

JDM —Ahí hay una imposición de ciertas reglas del juego en los territorios, en donde los habitantes se sienten mal y se van, eso es una imposición, y quiero que entremos en ese territorio y desagreguemos ese tema del paramilitarismo y de la situación de amenaza y violencia que hay en el país. Veámoslo desde diferentes componentes, ¿cuáles son los componentes?: la resistencia, el activismo, el pensamiento libre, eso existe y mirar qué tan grande es el activismo y qué tanto optimismo tenemos.

PM —Yo creo que sí existe esa resistencia, por supuesto, y la percibo cotidianamente, por ejemplo, la situación ambiental de la ciudad está muy relacionada con la mentalidad empresarial del antioqueño, porque la contaminación ambiental, como sabemos, la provoca un modelo de economía capitalista, por un lado, y, por el otro, la ubicación geográfica; pero digamos que frente a este modelo económico que ha hecho de la ciudad esto que tenemos ahora, con una ciudad ya con perfiles de megalópolis desarrollada con grandes perfiles y contornos de ciudad subdesarrollada, ese modelo económico que ha producido esta crisis ambiental, —que ahora estamos en alerta naranja, y luego vamos a llegar a las alertas que hemos tenido antes— ha

producido un movimiento que no es muy fuerte como en otras sociedades del mundo, pero me parece que frente al tema ambiental sí hay una resistencia, que la noto en organizaciones, en ambientalistas, inclusive en lo empresarial juvenil, que está entendiendo el empresariado como algo relacionado con la defensa de la naturaleza, energías renovables y todo esto que estamos pidiendo a gritos los que estamos enterados de la situación, pero gran parte de la población no sabe cómo reaccionar frente a ese problema; yo creo que en este aspecto sí hay una resistencia y frente a la defensa de los derechos humanos también, a nivel por ejemplo, de las publicaciones literarias o culturales, uno de ellos es *Universo Centro*, que dirige Juan Fernando Ospina, el otro es el periódico *De la Urbe* o los grupos alternativos de la comuna 13.

Si uno rastrea en la sociedad civil de Medellín siente que hay algo que antes no existía, entonces sí hay espacios de resistencia, pero soy una persona que tiene muchos problemas con Medellín y con la identidad que hemos hecho, pues considero que tiene muchos puntos débiles y también por esta historia que hemos tenido tan dolorosa. Yo no nací en Medellín, pero he vivido aquí casi toda mi vida, por lo que tengo raíces frente a la ciudad ¿uno de dónde es?, ¿de dónde nace, de dónde muere?, tengo una gran relación con la ciudad, y me duele, pero no me dejo llevar por ese negativismo y siento que sí hay núcleos de resistencia que quisiera que fueran más fuertes y organizados, pero nos falta consolidarlos y hacer un

bloque de resistencia verdaderamente visible. Tuvimos un proyecto de sos por el aire que durante un año funcionó muy bien, pero lo destrozaron de la manera más simple, me parece muy triste que ese grupo de los académicos no nos volviéramos a reunir y no haya una organización en pro de la resistencia frente a las maneras en que las autoridades de la ciudad se manifiestan frente a esto del ambiente.

JDM —Pascual es un habitante de la noche, una persona muy contemporánea. ¿Cómo percibes la resistencia, cómo percibes el activismo? ¿Cómo percibes esa resistencia en esta ciudad que resurgió? En la primera parte hemos aceptado que Medellín resurgió.

PG —Estoy de acuerdo en que falta consolidación y que hay aspectos frágiles y precarios, que se evidencian en lo político y en lo social; una sociedad en que la mayoría, no toda, es agresiva; eso se percibe con solo ir a un punto de votación, la falange paisa, esa agresividad, esa gritería; la falange gritando “fraude”. Falta un poco de cultura política, hemos crecido, pero todavía seguimos siendo una sociedad que mira con mucha desconfianza algunas corrientes políticas, seguimos siendo una sociedad conservadora.

Algo ha cambiado y es que tenemos 700.000 extranjeros visitantes cada año y eso nos da un respiro, de alguna manera. En Medellín antes, hace 25 años, oíamos a alguien hablando inglés y nos daba una risa nerviosa.

Sin embargo, creo que falta mucho por construir en algunos espacios; miro por ejemplo el Parque del Periodista, que sin duda es una olla. ¿Qué hacemos?

Tienen el control sobre el sitio quienes venden drogas, pero pueden convivir el control y la gente que habita el espacio; pensando en colaborar en temas de cultura, por ejemplo, si hablamos de *Universo Centro*, más o menos el 85% de lo que se escribe, se divulga, todo lo que se hace en ese espacio es gratis. Este es sin duda un espacio de resistencia.

Hace poco vi la marcha que hubo por el tema de la educación pública y me pareció una marcha muy nutrida. Y es necesario que la crítica no siempre sea el protagonismo de los capuchos. Este tipo de espacios se consolidan como una forma de resistencia.

Con el tema del aire hay una especie de paradoja. La ciudad ha crecido, por ejemplo, en ingresos per cápita, es la segunda ciudad del país; pero hay una paradoja y son las motos. La gente ha ganado una capacidad económica, un poder adquisitivo y la moto es en lo primero en lo que se piensa, en parte por el transporte diario al trabajo y, por otra parte, porque la moto te da una libertad distinta para salir con la novia el fin de semana o para llevar al hijo a jugar fútbol. Entonces es muy difícil decir que tenemos problemas con el aire, pero no se sabe si poner una restricción a quienes tienen una moto o qué hacer.

El año pasado pasamos de tener más motos que carros. Teníamos 700.000 vehículos y ya hay más motos. En esto se presenta también una especie de paradoja y hay que preguntarle, por supuesto, a la administración qué está haciendo con este asunto. Y tenemos un factor geográfico que nos obliga a tomar decisiones drásticas, sin importar el tema de la contaminación.

En la ciudad se presentan ciertos casos donde es más evidente la contaminación. Por ejemplo, mi hija estudia en el Jorge Robledo, que queda en Colombia, y esa es una de las zonas más críticas, incluso hay días donde se les dice a los estudiantes que no pueden hacer educación física, es como si se estuviera fumando un paquete de cigarrillo todos los días.

JDM —Sería bueno que algún día conversemos respecto al tema del transporte, en tanto es una cuestión importante para los paisas. Por ejemplo, en la Feria de las Flores todos los eventos principales tienen que ver con el transporte: los silleteros, las chivas, la cabalgata, los carros clásicos. Todo tiene que ver con el transporte y es una obsesión del paisa que se relaciona con la geografía andina de la región, que siempre nos obliga a pensar cómo desplazarnos. Así que sería pertinente hacer una reflexión sobre ese tema, porque de alguna manera, esa obsesión nos está llevando a un círculo vicioso y a producir un aire vicioso.

PM —Hay que recordar que tenemos el Metro, que mueve un promedio de 1'000.000 de pasajeros diariamente. En este momento estoy como jurado en un concurso de cuentos de Medellín, y es impresionante leer la cantidad de cuentos que hacen referencia al Metro. Hay una penetración del mundo del Metro en esta literatura, y este medio de transporte caracteriza sin duda esta ciudad. Y esto muestra cómo la literatura de esta ciudad se transforma y acude a otros imaginarios.

El Metro fue un proyecto con sus bemoles; atravesó la ciudad, el centro de la ciudad, lo volvió nada. Ciertos personajes, como por ejemplo el señor Londoño

White, se benefició altamente de este proyecto, pero sin duda, el Metro se ha convertido en un espacio fundamental hasta el punto de preguntarnos ¿cómo sería Medellín sin el Metro?

PG —Esa fue la pregunta que surgió hace poco cuando el Metro comenzó a presentar fallas en menos de dos meses, y la ciudad quedó paralizada. Y es que Medellín sin Metro ya no funcionaría.

JDM —Hay una resistencia que lucha con los temores y con las partes negativas que atentan contra la ciudad, como el paramilitarismo, el aire viciado, entre otros. Pero... ¿Qué tanto ese activismo genera un optimismo en la ciudad? Quiero hablar de las personas comunes y corrientes, ya no de los activistas. ¿Qué piensa el ciudadano común de cómo va Medellín?

PM —Hay grandes escépticos, hay personas que dicen que vamos hacia el abismo; porque esta ciudad tiene personas dentro de la intelectualidad y el mundo literario, que son muy críticas.

Evidentemente, las personas que creen en Medellín y en su transformación son aquellas que la dirigen, porque cómo va a dirigir la ciudad un anarquista, completamente escéptico o una persona de mentalidad apocalíptica.

Hay cierta oscilación entre el optimismo y el pesimismo. No debería decir esto, pero con la llegada de Duque al poder, en muchas personas hubo gran optimismo y en otras gran pesimismo. Y hay justificaciones que muestran claramente cómo está dividida la ideología de esta sociedad; y esta es una de las grandes características de Medellín.

En nuestro caso, una sociedad que siempre ha sido conservadora, desde la Colonia hasta nuestros días, pero ese conservadurismo hoy en día tiene unos matices extremos bastantes peligrosos. Sin embargo, una gran parte de la sociedad está de acuerdo con esos pensamientos.

Los que somos resistentes, los que somos disidentes, tenemos un motor que nos impulsa. Si miramos la historia de las resistencias en el mundo, siempre se caracteriza por eso; estamos peleando contra un modelo intelectual, pero seguimos teniéndolo, o contra unas murallas que son muy difíciles de escalar, pero creemos que las vamos a escalar. Ese es finalmente el motor de quienes hacemos resistencia en esta ciudad.

Ya pasamos el periodo de las armas y de esas ideologías completamente inflamables, porque padecimos en nuestra juventud el influjo de esas ideologías extremistas. Así que creímos en algún momento, que el camino eran las armas, pero ese no es el camino, en absoluto.

Si se consolidan bien esas cuestiones, la resistencia puede generar espacios de verdadero optimismo. Pero yo siempre tengo un problema, comparo Medellín no con Sincelejo ni con Pasto ni con Ibagué. Comparo a Medellín con Oslo, Estocolmo, Copenhague, París, Ámsterdam y me pregunto ¿entonces todo ese orgullo paisa para qué sirve?, ¿para producir una sociedad completamente desigual? No, ese orgullo paisa debe promover una serie de modelos que nos lleve a vivir bien, porque finalmente la búsqueda es esa.

Eso es lo que está en juego en nuestros proyectos de resistencia, y hay una historia que no podemos olvidar, somos un país colonizado, tenemos una historia de dominación que dura siglos, hemos sido dirigidos por una clase política corrupta, no desde el Frente Nacional, sino desde que nació el país.

Nuestro país nació con una gran deuda externa; el Estado colombiano nació cojo de entrada, cuando cantaba la gran independencia. Luego vino la Patria Boba, un periodo marcado por las rencillas estúpidas, que finalmente van a construir uno de los pilares en lo que la nación colombiana se ha levantado. Y cada vez más, somos más conscientes de esa tradición malograda. Por eso es tan importante que las nuevas generaciones conozcan la historia, para que trabajen en pro de enderezar ese torcimiento inicial.

Por ejemplo, frente a la lectura, conquistados por España, y ellos mismos aquí prohíben los libros, no podíamos leer, no era posible imprimir libros. Aquí los primeros libros que se imprimen datan del siglo XIX, cuando la imprenta se fundó 400 años antes. Fuimos de algún modo una República completamente atrasada.

Así que es posible hablar de problemas fundacionales que nos han marcado como sociedad. Es por eso que las nuevas generaciones e, incluso nosotros mismos, estamos apuntando a quitar esas trabas. La educación es para eso, para enseñar a quitar esas trabas o sino la vida seguirá siendo entorpecida y falaz.

PG —Retomando el tema del activismo, el centro es la comuna donde vive menos gente en Medellín; viven

80.000 personas y pasan alrededor de 900.000 diariamente por este espacio. Algunas personas están decidiendo venir a vivir al centro, donde hay unos apartamentos muy grandes, que ya las familias no quieren habitar, y se convierten en espacios compartidos.

En necesario entonces que se genere ese activismo desde esas personas que ven la ciudad de otra manera; que el centro sea habitado por gente que piensa en lo creativo, que está en la universidad, y en vez de decir “hay que recuperar el centro y para eso es necesario traer a la gente del sur”, habría que habitarlo con personas que miran este espacio de otra forma y esa es mi esperanza, que en diez años quienes habiten la ciudad la transformen.

Por ejemplo, esos jóvenes que estudian y trabajan en Medellín y que han ido creciendo, son cerca de 80.000, y ahí precisamente está esa parte del insumo para los ilegales y para la relación con las armas, hay un ejército disponible; y si la administración no es capaz de conectarse y tener una mínima empatía con estos jóvenes, que son difíciles, no vamos a dejar de tener ese problema.

Durante los últimos cuatro años, han venido cayendo en ese mundo del conflicto estudiantes de 15 años matriculados y en cuanto a eso hay una gran preocupación. El Estado no los entiende y no es capaz de abordar ciertos alcances de criminalidad. Por ejemplo, hablaba con una profesora de décimo y once, que me comentaba que le toca pelear con los “manes” de las camionetas que montan a las muchachas y se las llevan cuando salen del colegio.

El Estado debe tener entonces una empatía con esta población y proporcionar una oferta distinta a los jóvenes para trabajar este tipo de problemáticas. Por ejemplo, la marcha del cannabis, una de las más grandes de todo el país, no es un activismo consolidado, pero sí es un activismo alrededor de otra cosa, una especie de juego muy consciente, en la que asisten un promedio de 7.000-8.000 personas y el 80% son jóvenes entre 15 y 24 años. Es necesario que uno de los puntos de trabajo claves de la administración sea el trabajo con esta población.

JDM —Hay otra forma de ver la situación; las ciencias sociales tienen de fantástico esto, y es que dependiendo de la óptica y el foco donde se ponga uno, puede descubrir cosas. A mí me parece que el tema de la diversidad cultural es algo que ofrece mucha información. Medellín es otra desde aquel año del 91, cuando hubo casi 7.000 muertos por homicidios. Además ha habido durante toda la mitad del siglo xx una gran migración de venezolanos. Nuestra gente se levantó, es decir, nuestros hijos crecieron con una visión cultural diferente, un poco más amplia, por el hecho de que ya conocieron el Pacífico, conocieron los cantos del Caribe, las comidas del interior. Antes nosotros conocíamos una sola comida, que era los frijoles con carne en polvo.

Inclusive Pablo, que dice que no es de acá, lo reclama Barrancabermeja, pero Pablo es de acá, él también creció con esas costumbres ancestrales. Actualmente la comida es diversa, es posible encontrar en el mismo Centro comidas de toda clase, además de gente que tiene una visión del mundo diferente.

Es necesario preguntarnos no sólo qué va a pasar con nuestros jóvenes en los próximos diez años, sino también qué va a pasar con Medellín, cuando seamos esa mezcla con venezolanos, porque además ellos también son una mezcla de muchas migraciones. El venezolano viene de muchas partes: del Líbano, de Siria, de Rusia; está la colonia Tovar, que es una colonia alemana en Venezuela y, de alguna manera, todo eso se va asentar en Medellín y tenemos que estar preparados para esto.

Es pertinente preguntarnos si Medellín ha mirado ese tema de la diversidad o si, por el contrario, seguimos creyendo que somos homogéneos, que somos tan compactos, como para votar por el mismo candidato, leer el mismo periódico, pensar lo mismo o ser hinchas de los mismos equipos.

PM —El mismo periódico *El Colombiano*, que antes lo llamábamos “el Calumniano”, se ha transformado, ha recibido columnistas que han tenido un tránsito fugaz; Pascual puede contar la historia o Héctor Abad, y otros tantos que han sido expulsados de allí o que se han querido ir.

El tema de *Generación* es un suplemento que por momentos tiene facetas cosmopolitas, culturalmente hablando, y ese pensamiento conservador que uno ve en casi todos los columnistas de *El Colombiano* casi que no se evidencia allí. Entonces uno se pregunta cómo *El Colombiano*, dirigido por personajes tan conservadores y a veces tan recalcitrantes en ese sentido, permiten un suplemento como *Generación*, que por momentos me parece que es un buen suplemento cultural.

Yo quisiera mencionar un caso particular a nivel de la Universidad de Antioquia, frente al asunto de la diversidad cultural. Yo estudié Medicina en la Universidad de Antioquia en 1981, y recuerdo que la cuestión de las comunidades indígenas en la universidad tenía un interés eminentemente político, es decir, a esa izquierda estudiantil que trabajaba en esos años en la Universidad de Antioquia, le interesaban los indígenas solamente para coaptarlos y volverlos indígenas marxistas.

Entonces la idea era que el indígena no existía como ese otro que tiene una cultura interesante para mí, interesante por su nivel lingüístico, por sus costumbres, por su alimentación, sus medicinas ancestrales, eso no les interesaba a los estudiantes de aquel entonces, pues estaban completamente manipulados por esa noción política.

Hoy en día en la Universidad de Antioquia hay una apertura completamente diferente; se están estudiando las lenguas indígenas. El interés de la Universidad frente al indígena, que ha sido tan menospreciado a lo largo de nuestra historia, ha tenido un cambio magnífico.

Yo sé que ese es un tema muy álgido y complejo, pero como la medicina tradicional de nuestra sociedad tiene tantos bemoles, por los tratamientos y los efectos colaterales que producen esos medicamentos, y porque a veces esa medicina no cura, sino que enferma más, por eso cada vez más personas están acudiendo a las medicinas ancestrales, que han sido tan vilipendiadas y tan demonizadas por la Iglesia

católica y por el establecimiento político de este país y de esta ciudad.

De hecho, miren a Santos pidiéndole permiso a un chamán para el plebiscito; ¿qué pasa ahí?, ¿qué pasa cuando un presidente le pide a un chamán de La Guajira su afirmación para concretar el asunto del plebiscito? Hay un asunto muy importante en esto.

PG —Hay algo de publicidad en eso, pero sin duda hay también un reconocimiento, porque no digamos que sea Santos, sino que lo que ha hecho la Corte Constitucional con la defensa de los indígenas es fuerte.

PM —Y hablo de la ciudad y de lo que se presenta en la Universidad de Antioquia, sin mencionar esa presencia afrodescendiente, que ha sido tan importante para nuestra sociedad, pero que ha sido siempre muy menospreciada. Y ellos cada vez son más fuertes, cada vez tienen más conciencia de su riqueza cultural.

Ahora con los venezolanos, creo que fue Juan Fernando Ospina quien me decía que estaba feliz, porque los venezolanos están transformando muchas cosas de los espacios públicos y de los espacios íntimos de la sociedad medellinense y colombiana, pero particularmente en una ciudad como la nuestra, que se ha negado tanto a esa visión cosmopolita.

Creo que la literatura antioqueña sufre un poco de ese mal, de ese mal regional, que ya Carrasquilla en sus homilías marcó tan claramente, es decir, todas esas influencias extranjeras no, porque eso es pedantería, porque eso es extra vivo, ocupémonos de la región. Por supuesto que la literatura y el arte se deben ocupar de la región, pero es necesario poner a dialogar la región con el mundo.


En ese sentido, considero que vamos por buen camino, pues cada vez se están rompiendo esos diques conservadores, tradicionales, regionalistas, estúpidamente identitarios y eso trae beneficios para la salud mental de nosotros, porque finalmente estamos anclados en el mundo.

PG —Yo creo que seguimos siendo sectarios, pero sin duda, sí estamos mucho más permeados de la diversidad cultural, sin embargo, ese orgullo regionalista no se pierde, no es sino ir al estadio y cantar el himno para asustarse un poco.

Pero creo que sí somos un poco más permeables, por ejemplo, con lo que decía anteriormente, con esos 700.000 que llegan. Con la llegada de los venezolanos, creo que los hemos recibido mejor de lo que uno esperaría. Pues siempre hemos sido duros, un poco xenófobos y considero que el recibimiento ha sido bueno. Inclusive hablaba con la gente de Comfama, y me decían que la mayoría de los venezolanos sienten que han sido bien recibidos, y eso habla bien de la ciudadanía, de alguna manera.

Tenía también la siguiente cifra, el 20% de la población de Medellín ha sido desplazada alguna vez, es decir, que tenemos una ciudad construida a partir de desplazamientos. La comuna 8, por ejemplo, es una comuna de Urabá y ha construido su comunidad con sus voceros.

Aunque la bandera y el himno siguen marcando el regionalismo, como también pasa con los vascos y los catalanes —nosotros tenemos una tendencia más de ese lado, que ha sido más radical— creo de todas maneras, que la sociedad nuestra se ha ido flexibilizando.



JDM —La esperanza es que esos jóvenes activistas y ese pensamiento independiente se mantengan.

29 de noviembre de 2018



Gilmer Mesa y

Juan Carlos Posada

EL DERECHO A LA CALLE

En la última charla de 2018, *Ciudad al Centro* reunió al profesor y escritor Gilmer Mesa y al arquitecto Juan Carlos Posada para hablar del derecho a la calle como contraposición a la implícita confinación que plantean los modelos de urbanismo y organización territorial contemporáneos. Para el primero la calle es un lugar de aprendizaje y de encuentro, que permite crear lazos sociales y fortalecer el tejido social, lo cual se ha ido desmejorando por el negocio desmesurado de urbanizaciones y centros comerciales, que se ofrecen como lugares seguros, pero a cambio de unas relaciones mediadas por el consumo. Para el segundo, el miedo a la calle, que se fundamentó en esa época tan violenta del narcotráfico, debe contrarrestarse con actividades sociales y culturales que permitan esa nueva apropiación del espacio público, en tanto las medidas restrictivas solo han demostrado que los problemas hacen metástasis en varias generaciones, si no se atiende el problema de raíz, como es la posibilidad de brindarle a los jóvenes otras oportunidades de desarrollo desde el arte y la creatividad.

LUIS GERMÁN SIERRA —La conversación de hoy está a cargo de dos personas que por sus oficios conocen muy bien las calles de Medellín. Gilmer Mesa por su recorrido y su novela *La cuadra* y Juan Carlos Posada, arquitecto urbanista. Por ello, les pregunto ¿qué evocan las calles de Medellín?

GILMER MESA —Realmente yo soy un *man* de barrio y eso es casi decir que soy un tipo callejero desde la infancia. Nací en una época en la que uno se criaba en la calle y por eso cuando uno estaba muy cansón la mamá lo mandaba para afuera. La calle era el terror para las personas, pero para nosotros no, pues la veíamos como un espacio abierto donde teníamos todas las aventuras y donde aprendimos los primeros juegos. Entonces yo creo que en Medellín y, sobre todo en los barrios populares, la calle cumplía un papel fundamental en la crianza de los niños, ya que era en ella donde uno entendería muchas cosas que con el tiempo servirían, incluso, para afrontar la misma calle.

JUAN CARLOS POSADA —¿Qué me inspiran las calles? En mi infancia vivía en el barrio Laureles y, como huérfano de padre a los 9 años, salí a vender plátanos en la plaza de mercado de La América y luego repartí directorios; esa experiencia me permitió acercarme de manera diferencial a distintos lugares de la ciudad. En un año repartí los directorios en Laureles, Conquistadores y El Poblado y me demoraba 10 minutos en cada casa, en promedio, cambiando un directorio, y al año siguiente me tocó ir al barrio Popular. En esta zona no era necesario ir hasta las casas, ya que las personas salían y hacían fila en el carro para cambiar su directorio del año anterior, y era, de cierta manera, un reconocimiento por parte de

la institucionalidad en el que se transmitía el mensaje: “Aquí tienen el directorio, tienen servicios públicos, ustedes existen en esa ciudad”. Finalmente, trabajé en una floristería durante 7 años, lo cual me permitió carretear la ciudad y darme cuenta que la calle también es un espacio para aprender.

Yo creo que no en vano escogí la carrera de Arquitectura y me fui más por el lado del urbanismo, porque esto me ha hecho entender que la calle es un espacio de formación, pues si bien puede ser un lugar de miedo para algunos, para muchos otros es un lugar de encuentro, es el lugar de la palabra, de mirarse a los ojos, de poder construir aun en medio de la diferencia.

Para mí la calle ha sido ese panorama diverso, complejo y tenso, en ocasiones. Ahora hablaba con Gilmer sobre un cantante que tenemos en común, el cual dice que la calle será de todo aquel que camine sin miedo y yo creo que de eso se trata, de poder caminar los distintos barrios de la ciudad y caminarlos sin miedo, porque caminar la ciudad así implica pensar en la oferta cultural, educativa, artística, o sea, implica pensar que hay vida. A mí la calle me da la posibilidad de habitarla, de vivirla, en otras palabras, me da la posibilidad de construir colectivamente con el otro.

LGS —Hace poco le hice una entrevista a Antonio Muñoz Molina, escritor español que vive en Norteamérica. Él decía que existe una diferencia entre Europa y América que radica en la libertad y, al hablar de esto, también se refería a la inseguridad, pues hay ciudades que están hechas para los carros y no para los peatones. Ayer leí una columna sobre Barranquilla, no recuerdo el autor,

que decía lo imposible que es ser un caminante, que camina para ver y dejarse ver. Entonces esa respuesta de Muñoz Molina es muy dicente sobre lo que nos pasa con respecto a la calle. Juan Carlos nos decía: “Callejear educa”, así que nos hace falta ese elemento de poder callejear libremente, tranquilamente, sin que nos cambien la calle por lugares encerrados como los centros comerciales. En este sentido, mi pregunta para ustedes es, si callejear educa, ¿cómo deseduca no callejear?, ¿qué entregan los centros comerciales, en cambio, a la crianza?

JCP—Creo que hay una mirada y una forma de apropiación de la mirada. Por ejemplo, quienes estamos entre los 40, 50 y 60 años tuvimos la posibilidad de jugar en la calle futbolito durante tres horas y después sentarnos toda la tarde a tomar fresco y a conversar sobre el partido. Por el contrario, los jóvenes de los años ochenta en adelante, crecen con la oferta del centro comercial, pensando que tal espacio les brinda todo. Los centros comerciales ya dan misa, ofrecen gimnasia, hacen ferias, exposiciones, conversatorios, como estrategias para vender más, lo que amplía también su número de visitantes.

Yo regresé a Medellín a finales de 2014 a hacer *Días de Playa*, pues estaba en Bogotá en la dirección del Museo Nacional de la Memoria. Este evento era la posibilidad de cerrar la Avenida La Playa durante un mes, para que la gente se la tomara y compartiera cómo se imaginaba las calles del centro, la mayoría de las personas coincidían en imaginar el centro como un lugar donde nadie tuviera miedo. Sin embargo, creo que en el centro comercial hay otra posibilidad, pues hablando específicamente de Medellín, el centro comercial San Diego

tiene un diseño de calles abiertas y semi-abiertas que han ido tapando paulatinamente, pero que eran calles en las que uno podía tomar el sol, el agua y sentarse a ver el cielo, como dice el poema de Alfonsina, rodeado, claro está, de locales comerciales a lado y lado.

Tengo recuerdos de mi infancia jugando en la calle, pero lamentablemente en los años 80's la calle se convirtió en el lugar del miedo. Nos decían: "Si se va para la esquina lo matan" y, además, los padres decían que uno perdía todo el día callejeando, estigmas con los que uno crecía pensando que la calle no ofrecía nada y hacía perder el tiempo. Pese a esto, pienso que lo importante es la autonomía y que está en nosotros decidir qué tomamos de la calle. En ella muchos sucesos pueden pasar y es claro que hay mucha vulnerabilidad para los jóvenes que pueden sucumbir a la violencia y sus riesgos, lo que se presenta en diferentes zonas de la ciudad, en diversos matices.

LGS —Yo sostengo que hay coincidencias. La novela *La cuadra* habla de eso que tú mencionas, de que nadie volvió a vivir la cuadra de la misma manera, porque todo el mundo vive ya en centros comerciales. Entonces, Gilmer, yo quería preguntarte sobre la percepción que tienes de la calle, en un barrio como Aranjuez y en general.

GM —Antes que nada quiero tomar el hilo de la pregunta anterior. Yo si veo en este auge de las unidades cerradas y de los centros comerciales, casi que un proyecto siniestro del capitalismo, creando un ocio controlado y, de hecho, un ocio consumible. Usted tiene derecho al ocio siempre y cuando pague el peaje que necesita pagar y eso me parece que, de alguna manera, va en

contravía de lo que era la calle, para responderte un poco, porque nosotros nunca tuvimos que pagar nada.

Yo viví en un uno de los barrios más jodidos del mundo y nunca tuve miedo de andar la calle porque, incluso, los primeros aprendizajes que uno tiene allí son los códigos callejeros que indican donde está el peligro; es un código básico de supervivencia, como el que hay en una selva, que desde niño me enseñó a no andar con miedo, sino con una libertad poderosa porque sabía qué se podía hacer y hasta qué punto se podía llegar. En ese pequeño micromundo uno vivió, se desarrolló y aprendió, por eso afirmo que callejear es aprender; sin embargo, hay que aprender a callejear para, con el tiempo, ir adquiriendo nuevos códigos que le permitan vivir medianamente tranquilo en su entorno. Con ese miedo nos vienen tramando políticamente hace mucho, para permanecer en el poder.

Hay realmente un proyecto capitalista, en donde, como les digo, el ocio ha sido controlado, es decir, el ocio no era tan redituable, porque nosotros jugábamos fútbol y chucha gratis, teníamos amigos gratis y comíamos bolis, los cuales desaparecieron, ya hoy hay que comprar es una Pepsi en algún centro comercial. Y ese proyecto capitalista también se ha encargado de crear el terror hacia el coco que deambula por todas las calles, que hace encerrar unidades, poner vigilancia y preferir los centros comerciales. Inclusive, ya hay que pagar canchas sintéticas, en vez de pelarse las rodillas jugando fútbol en la calle, como nos tocó a nosotros. Así, ese interés del mercado y del capitalismo le ha hecho creer a la gente que la calle es lo más siniestro del mundo, y yo

que nací y me crié en la calle de un barrio realmente jodido, no me imagino mi vida sin ella.

Ahora bien, para contestar tu pregunta, realmente el constructo de la calle en general, me parece que va un poco en contravía de lo que piensan muchos urbanistas, para quienes la calle es simplemente la línea que lleva de un sitio a otro. Para mí la calle es un verdadero micromundo donde, al menos los que aprendimos a callejear, tenemos confinada ahí toda nuestra existencia. Yo, después de 40 años pienso que sigo siendo el mismo *man* de esa calle en donde me crié, y que apenas ahora estoy empezando a procesar las cosas que aprendí ahí.

LGS —Es verdad que debe haber una lucha por no dejarnos robar la calle, Ciudad al Centro es muestra de ello, porque las zonas sin centro son como un cuerpo sin alma; sin embargo, eso le vive pasando a Medellín, que es una ciudad sin centro o con un centro caótico.

Ahora, hablemos de una palabra muy peligrosa: orden. La marginalidad también puede estar patrocinada por el Estado, pues cuando los constructores quieren comprar barato, a un vecino le meten delincuencia y hacen aburrir a la gente; de este modo, la marginalidad también puede ser oficializada. ¿Quién dice que la marginalidad y la delincuencia que hay en el centro de Medellín no son planeadas? No lo estoy afirmando, es una hipótesis que puede ser posible. De todas maneras, la segregación de la cual habla Muñoz Molina tiene sentido, en la medida en que es un hecho irrefutable, que ese miedo está ya metido en mucha gente. Los constructores están levantando torres de apartamentos donde la gente corre a refugiarse y, mal que bien, lo consiguen, pagan por la seguridad.

La calle, en general, en los barrios de Medellín sigue siendo insegura, es marginal desde este punto de vista. ¿Quién dice que es irreal la cuadra? ¿Quién dice que es irreal la realidad que narra Elías Ramírez en Castilla? ¿Quién dice que ha cambiado el miedo en los barrios populares? Es tan perverso el asunto, que los medios de comunicación, inconscientemente, ayudan a armar el mito de que en las comunas somos pobres y resulta que, necesariamente, Medellín es una ciudad dividida en comunas, es decir, El Poblado también es una comuna, pero periodísticamente se ha vendido esa idea.

Entonces hablemos un poco alrededor de esto, sobre el rol del capitalismo voraz que, mancomunadamente con los constructores, ha hecho torres de apartamentos, se ha robado la calle e innegablemente ha vendido miedo, pues no nos podemos decir mentiras, y ahora cualquier persona con 100 millones de pesos ya quiere comprar un apartamento.

JCP —El modelo urbanístico ha caído un poco en lo que Gilmer dice respecto a las dinámicas del mercado. Cuando Gilmer habla de la cuadra en su libro, habla de una cuadra en la que él creció, con casas de un solo piso, que las tumbaron para hacer casas de dos o tres pisos y que incluso ahora algunas las han tumbado para hacer edificios de 20 o 25 pisos. Es complejo cuando uno mira hacia el sector nororiental de la ciudad y empieza a ver unas torres muy altas de más de veinticinco pisos, lo que refleja que de ese modelo urbanístico pasado no hemos aprendido nada, pese a que la ciudad tiene ejemplos positivos como el barrio Carlos E, que son edificios de cuatro pisos que hemos mantenido abiertos, reconociendo

las complejidades relacionadas con la inseguridad o el consumo, porque es muy distinto caminar por un barrio abierto, que caminar al lado de una mallá. Así que la arquitectura cerrada y horizontal está rechazando, expulsando, y además de que te saca de la calle, no te ofrece nada, solo carros.

Cuando Medellín en 1991 fue declarada la ciudad más violenta del mundo, porque precisamente la zona nororiental y la zona noroccidental tenían ese lamentable indicador de 382 muertos por cada 100 mil habitantes, yo hacía parte de un proyecto muy bonito que se llamaba la Consejería Presidencial para Medellín. Estuve 7 años allí y recuerdo que con los Seminarios de Alternativas y Estrategias de Futuro, logramos realizar un proceso de participación con el que ganamos varias generaciones de ciudadanos participantes, de las cuales hoy vemos algunos resultados, pese a la pérdida de una generación de jóvenes en esa época por culpa de la violencia.

En ese momento, en el segundo Seminario de Alternativas y Estrategias de Futuro, los mismos habitantes de las zonas nororiental y noroccidental propusieron tejer, articular y unir las dos zonas consideradas las más violentas del mundo, a través de un gran parque y espacio público; de esta propuesta tan bonita e importante, lamentablemente lo único que hay ahora es un espacio para los vehículos, que es el famoso Puente de la Madre Laura, y un espacio público marginal.

Todos esos aportes de la comunidad quedaron consignados en las memorias del Seminario y hoy, tristemente estamos respondiendo a lo que dice Gilmer, a las lógicas del mercado, donde solamente pensamos en los

vehículos para unir estas dos zonas y no en otras estrategias de ciudad para tejer las relaciones entre éstas como, por ejemplo, el encuentro comunitario de teatro de Medellín, que se hace en Nuestra Gente y consta de un desfile que recorre las dos zonas; estos son ejercicios simbólicos muy importantes que debemos copiar porque proponen cosas buenas para esta ciudad, que carga con un pasado histórico impregnado de guerras. De todo esto sale la idea de que el centro es el espacio público por excelencia de todos los ciudadanos, incluso porque la misma forma de la ciudad te obliga a pasar por el centro, desde donde vengas. Entonces yo creo que hay distintas posibilidades de habitar la ciudad y disfrutar el espacio público que ofrece, a pesar de esas lógicas maquiavélicas del mercado.

En el proyecto que coordiné, cuya información no es oficial, porque acaba de terminar y estamos en el proceso de liquidación, tuvimos más de 3 mil jóvenes callejando con nosotros desde febrero, en 282 recorridos. Los recorridos eran de ciudad e íbamos a La Honda, Santa Cruz, teatros en los bajos del puente Villafañe, para conocer las experiencias y los sucesos sociales que permiten resistir en medio de tantas adversidades; esta resistencia es la que tiene sentido en este momento en la ciudad, porque a pesar de tanta ausencia estatal, son esos procesos sociales, el arte y la cultura los que han evitado que colapsemos como sociedad.

GM —Para retomar lo que venía diciendo, no pretendo negar que la calle no sea dura o que no tenga dientes y muerda duro, tiene unos problemas muy graves que cada vez se exacerban más, incluso no lo veo solo en

la calle, pues hay un proyecto político y geopolítico en general, de dominación del mundo a través del miedo y éste no es que no sea real, sino que lo están llevando a un punto máximo, de agrandar situaciones que no tienen esas dimensiones reales.

Detrás de eso, hay dos asuntos: el primero es el principio de vigilancia, se ha vendido la idea de que usted para estar seguro lo tienen que estar vigilando como una suerte de *Gran Hermano*, que todo el tiempo lo está mirando a uno, pero en esa vigilancia existe también otro aspecto que es un conductismo o hacia dónde lo quieren dirigir, y esa parte siempre es el consumo.

Entonces, en la sociedad del capitalismo a ultranza en que estamos viviendo, veo nichos de consumo donde antes no había, por ejemplo, en los barrios populares o con toda esa vigilancia que tenemos hoy en día con respecto a las fotomultas y a las cámaras, es decir, ¿cuánto se está invirtiendo en eso hoy en día? Y cuando uno va a ver los resultados, ¿en realidad ha habido menos accidentes de tránsito y ha habido más sanciones?, entonces uno se pone a pensar que detrás de esto hay otras intenciones porque nos seguimos matando en motos y carros, pero siguen aumentando las arcas del Estado. Entonces todo esto parte desde un mismo proyecto, donde a partir del miedo nos dicen que todo es peligroso, pero en sí el vivir es una aventura peligrosa.

Por ejemplo yo siempre vi el centro de la ciudad como algo siniestro y oscuro, sin embargo vivimos aquí, pero yo creo que le han dado más bomba al centro, porque ya los centros comerciales los sacaron de esta zona, porque ya no hay cines en el centro y todo con la disculpa de

que es muy peligroso, pero yo llevo 40 años viviendo en Medellín y no me ha pasado absolutamente nada.

LGS —Pero es que, más que peligroso, la fobia de la gente por el centro es por la suciedad, por la marginalidad y porque el centro, como gran parte de nuestra ciudad, no está hecho para caminar. Entonces ves barrios como Laureles o ciertos sectores de El Poblado, que manejan cierta exclusividad y la estratificación es innegable. Estos barrios sí tienen zonas como parques, entonces eso aumenta el miedo del acoso y del “yo no voy allá, porque qué pereza”.

La gente allí no se equivoca y sí les asiste razón, su miedo es fundamentado, la fobia de la gente por el centro de Medellín es fundamentado, así nos duela mucho, y me parece que esfuerzos como estos son muy importantes en ese sentido, porque efectivamente, el centro ha sido arrebatado brutalmente a la tranquilidad de la gente.

Hace 30 o 40 años, Medellín se recorría de otra manera, el centro y los cines se recorrían de otra forma, las librerías se han ido del centro. Ahora que lo menciono, cuando en la biblioteca de la Universidad de Antioquia se dejó de controlar el ingreso de bolsos, hace varios años, y se permitió el ingreso libremente, bajó considerablemente el robo de libros, es lo mismo que pasa con las drogas, lo que no van a admitir jamás los Estados es la legalización, pero este puede ser el camino, traumático al principio, seguramente.

Esos miedos están arraigados en la gente, hasta que no haya medidas que los contravengan. Quisiera entonces preguntar por eso, si callejear es tan importante,

¿cómo la lectura, la presencia de bibliotecas y de librerías, que huyen del centro, han perjudicado el entorno? ¿Cómo se da en la calle la carencia de esto?

JCP —Recuerdo una frase que acaba de decir Gilmer, porque no podemos ser ingenuos tampoco, *la calle muerde*, uno tiene que salir a la calle con cierto estado de alerta, con ciertos protocolos, aprender a callejear, no solamente callejear educa, callejeando también se aprende, pero yo creo que en la medida que callejeamos, que estamos haciendo presencia en el espacio de la calle, también estamos generando otras serie de posibilidades de habitar.

No comparto mucho lo que estás planteando, al decir que del centro se han ido algunas librerías y es lamentable, creo que esos son los procesos mismos de la ciudad, estas dinámicas de la ciudad, si decimos “listo, el centro se perdió”, no, yo creo que el centro existe vivo, es decir, no es lo mismo el centro de una ciudad sin los vendedores que hay aquí en la Plazuela San Ignacio o decir que esta plazuela está sola, así, creo que me da más miedo atravesar la Plazuela San Ignacio sin vendedores que con vendedores, hay que saber cómo se habita.

En Carlos E hicimos un ejercicio, en el cual se entraba desde la calle Colombia hasta las tiendas de Carlos E, un domingo a las 5 de la tarde y un viernes a las 4 de la tarde. El domingo con todos los negocios cerrados y el viernes con todos los estudiantes sentados en el piso, porque lo que más valoran los habitantes de Carlos E de ese entorno, de ese pasaje peatonal, era la seguridad que sentían, pero no reconocían que esa seguridad se la estaban dando una cantidad de jóvenes que estaban sentados afuera tomando cerveza, tocando guitarra,

fumando marihuana y haciendo otra serie de cosas, ellos mismos eran los que le daban la percepción de seguridad a los dueños de esos apartamentos. Entonces yo sí creo que uno en la calle tiene muchas posibilidades.

Afirmo de manera contundente, que el centro como está hay que seguirlo habitando, hay que seguirlo defendiendo, hay que seguir haciendo propuestas para habitar la ciudad. Yo creo que ejercicios como *Caminá pal Centro y Medellín a la Cabeza* o como *Días de Playa* o como una serie de ejercicios que se están haciendo, permiten de alguna manera que la gente siga viniendo al centro y, en esa medida, hacer otras actividades, porque no es hacer la vuelta y devolverse.

Por ejemplo aquí veo a Claudia, ella tiene un excelente espacio cultural en el Edificio del Banco de la República, donde todo el mundo pasa y le da un poco de miedo, porque piensa que es un edificio institucional y la gente no sabe muchas cosas, nosotros nos enamoramos cuando conocimos la sala cultural y el proyecto, y Claudia, que ahora fue reconocida como una de las anfitrionas estrellas de este año, le pusieron su camiseta de callejera, porque recibía y acogía a una gran cantidad de jóvenes para mostrarles que esto existe en el centro, y es que muchas veces no habitamos los espacios porque los desconocemos.

Para mí el centro es el espacio público por excelencia de toda la ciudadanía y hay que rehabilitarlo, hay que reinventarlo, no recuperarlo, no soy partidario de eso, yo creo que el centro hay que seguir replanteándolo; además las ciudades crecen y en los barrios hay que crear centros.

Cuando Consejería Presidencial existía, creó subcentros de ciudad que se llamaban núcleos de vida ciudadana

y eran espacios públicos donde teníamos que comprar inclusive casas para tumbar, para generar las guarderías, las escuelas, las canchas. Lo hicimos en el Popular, en Castilla, en La Esperanza, en Villa del Socorro, allí se hizo la primera cancha de fútbol sobre un tanque de agua, que hoy se llaman UVAS, yo creo que el modelo sigue existiendo después de que Consejería y la administración hizo los pactos de biblioteca, donde además de libros —ya que estabas preguntando por las librerías— estaba la posibilidad del encuentro, de la conferencia, del cine, la gimnasia y de muchas otras actividades, en subcentros de barrio, que, repito, hoy se llaman UVAS, que además sigue la misma palabra vida: Núcleos de Vida Ciudadana, Unidades de Vida Articulada.

Creo que hay que crear subcentros de ciudad en los barrios, porque es el lugar donde los vecinos se pueden encontrar y construir, pero el centro de la ciudad no puede desaparecer, no nos podemos negar a él, habrá que venir, habrá que aprender a callejearlo, con ciertos protocolos. Yo, por ejemplo, cuando ahorita estabas planteando eso Germán, quería interrumpirte, quisiera que de los que están aquí, levanten la mano quienes los han atracado en el centro... seis personas, aquí hay algunas personas que han sufrido esta inseguridad, pero por el centro pasan 1 millón 200 mil personas a diario.

LGS —Por eso es importante preguntarnos ¿quién cuida el centro? y ¿cómo el Estado ha dejado el cuidado normal que tiene que ejercer?

GM —Pero es que el Estado no abandonó el centro, abandonó a toda la ciudad, y aquí la ilegalidad es la que está inclusive legalizando las actividades, es decir, en los barrios

los pillos están vendiendo arepas, huevos, son los que manejan la cerveza; pues la falta de Estado ha estado siempre, por eso yo creo que los proyectos tienen que surgir es de la gente, porque realmente nosotros somos los que nos levantamos todos los días a hacer vida y confiamos más en nosotros mismos en lugar de quedarnos esperando a ver qué hace el Estado. El Estado no hace un carajo, a lo sumo llega a algún centro y sí, eso cambia de alguna manera, pero en la noche vuelven y salen las fieras a cobrar las “vacunas” y a manejar las vainas; en cambio a nosotros nos toca levantarnos con “vacunas” todos los días a trabajar y a apropiarnos de la ciudad, y creo que esa ciudad y esa calle han sido menos exploradas, han sido más exploradas las calles de la opulencia, las historias de los bandidos o de crecimiento personal, pero la calle explorada desde los habitantes diarios, de los que estamos haciendo vida y estamos levantando hijos, que estamos llevando a la escuela y queremos que sean buenas personas, los que nos ganamos el arroz con el sudor, esas personas han sido invisibilizadas, y esa es la verdadera calle.

LGS —Claro, estamos de acuerdo; sin embargo me resisto a pensar que es normal que la vigilancia de un lugar tan amplio como el centro la ejerzan los pillos, que no sea el Estado, al que habría que exigirle esto, entonces creo que el hecho de que hayan discursos que esconden realidades es lo que hace el Estado. Pensar que el centro de Medellín y sus alrededores es seguro porque los combos cuiden el centro, no me parece normal y no me da seguridad, me preocupa que se llegue a percibir como si fuera así. Bueno, se me queda en el tintero hablar de las librerías y de las bibliotecas en los barrios.

GM — Espera, yo sí te contesto. Realmente más que la función de las librerías, que en mi barrio nunca han habido, las bibliotecas han sido importantes, lo que pasa es que aquí casi nadie lee, y los pocos que leen, han tenido acceso gracias a las librerías de Comfama, a autores, novelas y películas que no hubieran tenido de otra forma.

Entonces creo que eso de alguna manera sí contribuyó a darle un viraje a la forma de enfrentarnos con la realidad. Cuando uno encuentra el arte, obviamente la vida cambia, y hay ciertos sitios que le ayudaron a uno a tener acceso al menos a los libros; hoy en día es mucho más fácil, porque con internet todo el mundo accede a ciertos libros de una manera mucho más expedita, pero a uno le tocaba ir a prestarlos y, pues, por ejemplo, la biblioteca del colegio mío tenía apenas como 20 libros de los cuales 10 era el *Mío Cid* y los otros 10 *María*, entonces yo en Comfama presté *Sobre héroes y tumbas* de Sábato, que fue el libro que me voló la cabeza en mil pedazos, y ese lugar era entonces mi posibilidad de lectura, ya que en Aranjuez nunca hubo librerías.

25 de julio de 2019



Lorenzo Villegas y

Álvaro Molina

COMER, BEBER... EL HAMBRE Y LA SED

Somos lo que comemos, dice un adagio popular, sin embargo cada vez más se ha ido perdiendo en nuestro medio el valor de la cocina tradicional, con su sabor y sazón, porque la publicidad de las grandes industrias alimentarias nos hacen creer que da más estatus consumir productos con bellas presentaciones y con nombres en inglés, como afirma el periodista culinario Lorenzo Villegas. Así mismo, por el ritmo acelerado de la vida actual, los comedores de las casas han pasado a ser casi un elemento decorativo, en tanto se ha perdido también el ritual de compartir los alimentos en familia, como un acto casi sagrado; así lo señala el cocinero Álvaro Molina, quien además afirma que la cocina es una de las manifestaciones más importante de cualquier país, como un símbolo de identidad, pero cuando no hay orgullo por lo nuestro, esas tradiciones culinarias van perdiendo terreno ante un mercado industrial, que cubre las necesidades en serie, pero sacrificando muchas veces lo más importante: el sabor.

ALFONSO BUITRAGO — Muchas gracias por venir, en particular a nuestros invitados Lorenzo Villegas y Álvaro Molina por estar en esta convocatoria de la Universidad de Antioquia y su programa Cultura Centro.

A la cocina muy pocas veces nos invitan a entrar, ya sea la de la casa o la de la casa de alguien, porque es un verdadero acto de confianza, de intimidad, pues es allí donde realmente se conoce bien a una familia o a unas personas. Este pareciera un tema no fundamental dentro de los temas culturales y sociales, pero cada vez va tomando más relevancia, uno también podría pensar —y ahora lo discutiremos con nuestros invitados—, que hablar de cocina, de culinaria, de gastronomía, suena caprichoso en un país con hambre, esos términos gourmet, gastronomía... como si fuera para un élite, como si solo ellos pudieran hablar de un arte culinario o de términos traídos de otras lenguas.

Para esta conversación me encontré con una antología de literatura y comida que se llama *Escrito sobre la mesa*, en la que hay diversos fragmentos, como *El artista del hambre* de Kafka hasta *Pantugruel*. Quiero comenzar entonces leyendo el siguiente fragmento:

La cantidad de frases y proverbios relativos al alimento, así como su presencia capital en cualquier ciclo mítico demuestra que, junto con las condiciones climáticas, la comida está en el centro de las preocupaciones cotidianas del ser humano. Muchas expresiones que aún perduran tienen algún motivo culinario o alimenticio de origen popular, dar gato por liebre, por ejemplo; cuando no, una base histórica, comer como un heliogábalo -quien fue un emperador con un apetito voraz-; o literaria como el adjetivo, pantagruélico.

Dejando de lado algunos insectos, el hombre es el único animal que procesa previamente su alimento y que ha llegado a convertirlo en una disciplina que aspira a la categoría de arte. Sin embargo, los accesos mismos de la Nouvelle cuisine, tan cómicamente profetizada por Anatole France, puede sugerir una comida de la saciedad, del hartazgo, un juego para niños melindrosos, pese a que, como decía la velada amenaza de los padres en la mesa, con la comida no se juega.

Quisiera entonces preguntarles, ¿jugaron con la comida alguna vez?

LORENZO VILLEGAS —Muchas gracias a la Universidad de Antioquia por la invitación y a todos ustedes por acompañarnos acá. Con respecto a la pregunta, yo diría que sí, jugamos con la comida y seguimos jugando con ella. Y uno de los momentos más banales del alimento es el que estamos viviendo actualmente; muchos de los que estamos acá, lo primero que hacemos cuando tenemos un plato en frente, antes de comer, es sacar la cámara y tomarle la foto en el restaurante. Hay muchas cosas que se dicen alrededor de eso, por ejemplo, que la comida se enfría o pierde la presentación, por estar esperando a que la foto quede como quiero que aparezca con el filtro antes de comer. Aparte, no es solamente eso, sino también la irresponsabilidad que tenemos ante el alimento; algo tan sagrado y con una preparación tan mística, creo que ya se volvió un tema aspiracional, pues las grandes mafias de la publicidad lograron volverla así. Algunos están aspirando a comer en un restaurante cinco estrellas o estrella Michelin y se piensa que, aunque vale mucho, algún día se puede lograr; pero otros están

aspirando así sea a comer; muchos están en la calle logrando recoger 5.000 pesos para ver si en el día de hoy pueden comer. Por eso digo que se llegó a un punto en que la comida se convirtió en algo aspiracional en todos los sentidos.

Lo anterior tiene que ver con todo el que cocina, es decir, todo el que se pone frente al fogón y toma un sartén tiene una responsabilidad muy grande; preparar un alimento no es simplemente calentar, fritar o hervir algo y saciar un hambre, porque uno puede comer con hambre o comer con apetito, y eso más adelante lo hablaremos. Pero cuando uno se para a cocinar hay un misticismo, en el sentido de que primero voy a tener a un comensal —que puedo ser yo mismo o alguien más a quien le voy a dar de comer—, que va a estar de alguna manera en mis manos, que va a estar supeditado a lo que yo le cocine y, esa persona, así sea simbólicamente, está poniendo su vida en mis manos, porque si cocino mal le provoco una intoxicación y lo puedo matar o, por lo menos, lo mando para la clínica. Pero no tenemos esa conciencia de esa responsabilidad que hay cuando nos paramos frente al fogón, sino que simplemente pensamos en hacer cualquier cosa.

Lo que me tiene más preocupado de ese juego en el que volvimos la comida, es que ahora lo importante es que aparezca todo en redes sociales y presentar dónde comí, esa es la extravagancia vs la sostenibilidad, porque todo el tiempo nos venden un discurso de la tal sostenibilidad, que tenemos que ser autosostenibles si se va a montar un negocio, una finca, un café, pero, por otro lado, nos venden un discurso de la extravagancia,

del derroche, del consumo, de comer y de gastar más, y por eso si la gaseosa era de tres litros ya va a llegar la de cinco litros y si la hamburguesa es de tres pisos mejor, no importa que la comida se pierda; entonces yo quisiera más adelante tratar el tema de la extravagancia, versus la sostenibilidad.

AB —Álvaro, ¿jugaste con la comida?

ÁLVARO MOLINA —Todavía sigo. Lo que pasa es que, vos lo mencionaste cuando empezaste a leer el texto, no solamente la cocina es una manifestación cultural, sino que yo diría que hoy por hoy, es la manifestación cultural más importante de cualquier país, tanto que yo podría preguntar ¿quién conoce tres pintores españoles contemporáneos?, estoy seguro que no me los dicen, pero sí me dicen tres chefs, y sabemos más de Tailandia por sus platos, pero no tenemos ni idea de su sistema político ni de quiénes son los actores, ni los pintores, ni escritores. Entonces, como todas las manifestaciones, la cocina es la expresión más importante de un país y, como todas esas, hay muchas tendencias; así, esa nueva cocina de la cual habla Lorenzo, está pasando por un momento deplorable, con esos plásticos enfocados totalmente en la decoración y se olvidaron que el término aplicable a la cocina es apetitividad: una arepa de chocado no necesita una rama de romero encima para ser apetitosa, y hemos entrado a un tema muy delicado culturalmente, que pasa también con la música, y es la moda, porque es tan efímera como los insectos efemerópteros, que nacen por la mañana y se mueren por la tarde. Por tanto, esas comidas van a pasar y va a suceder lo mismo que con la música en 1000 años, todo el mundo seguirá hablando

de quién era Mozart y John Lennon, y digamos que con la comida pasa un poco lo mismo.

Algo que viene desde la Edad Media son las tendencias en las cuales es más importante la estética del plato que el sabor, el cocinero tapa su carencia de sabor, porque realmente el fondo de la cocina se resume en esa palabra: sazón, y esa viene a ser como la voz del cantante, se puede adquirir mirando y practicando. Pero las universidades han sido en gran parte responsables de ese desenfoque de irse al tema artístico, es inconcebible que un profesor califique la presentación y no el sabor, las personas no recuerdan el plato por bonito. Hay muchas mentiras de que la comida entra por los ojos, no, la comida entra por la boca.

AB — Esa es la gran relación del ser humano con el mundo externo, conocer el mundo se da a través de la boca.

Estamos con un periodista que se ha dedicado a “jugar”, a hablar de la culinaria y a promover sus eventos. Y Álvaro que es un cocinero con un restaurante muy tradicional, Casa Molina, también se la ha pasado “jugando” con los ingredientes y creando platos. La cocina tiene una relación muy entrañable con los seres humanos, no es solamente una cuestión de alimentarse, sino que es muy sentimental, todos tenemos ese momento en que comemos algo, olemos algo y nos genera ese recuerdo, bien sea de una persona querida o de un lugar entrañable.

¿Cómo se convirtieron ustedes en lo que son hoy con respecto a la cocina, cómo se convierte un periodista en un experto hablando de la cocina y como alguien decide ser cocinero el resto de su vida, cuál fue ese momento

entrañable, qué recuperan ustedes a partir de ese oficio, de eso que es esencial en sus vidas?

ÁM —Mis primeros recuerdos son en la cocina, yo crecí en un barrio tradicional de Medellín y le saqué mucho gusto a comer, creo que el primer acercamiento que uno tiene con la cocina es a través de disfrutar mucho la comida. Desde los 5 años llevaba a las vecinas para hacer papas fritas y a los 9 años empecé a intervenir platos de la familia. Pero el gusto se lo saqué a muchas enseñanzas de mi mamá y de mi papá, en el sentido de que el ser humano es muy feliz atendiendo, procurando felicidad a otros seres humanos. Mi padre decía: “Los seres humanos más felices trabajan de uniforme” y tienen tras el uniforme una gran pasión. En mi casa, como buenos antioqueños, se le rendía un culto a la comida, al ritual de la mesa; entre las pérdidas más grandes que tiene la cocina antioqueña es que ya no hay ritual familiar alrededor de la mesa, en mi casa era obligatorio y con horario, hoy son raras las familias que comen juntas.

LV —Yo no tengo ningún recuerdo, simplemente era periodista y trabajaba en un medio y empezamos a hacer un trabajo con unos programas de televisión que eran magazines, hacíamos diferentes notas y había una que era de cocina y me empecé a encariñar con el tema e hicimos después un programa y terminé metido en el cuento, porque las presentadoras a veces querían hacer su trabajo de presentadoras pero no les gustaba el tema de la cocina en especial, no querían estudiar y, como vi que no les interesaba el tema sino presentar no más, entonces me vi en la obligación de ponerme a leer y a investigar para poder hacer la presentación.

Hoy se está hablando mucho de cocina colombiana, hoy ya la gente está hablando de las regiones y las cocinas colombianas, porque no es una, sino muchas, y están algunos preocupados por hacer platos sofisticados con ingredientes colombianos, entonces traen algo del Amazona, del Chocó o de La Guajira. Pero hace 20 años, los restaurantes colombianos eran los que conocemos hoy en día como de carretera: sencillos, de ventorrillos, de chicharrones, bandeja paisa. Luego, cuando empieza a aparecer toda la comida intencional, empieza a figurar mucha gente que había salido del país y por moda cocinaban, así comienza a aparecer mucho sushi y muchas preparaciones que no eran lo que debían ser. Entonces me preocupo por eso y empiezo a hablar del tema y un día me llaman de *El Colombiano* para que haga una columna de crítica, y le dije al periódico que yo no me consideraba crítico, pero quedé como crítico de cocina sin buscarlo.

AB —Lorenzo, para que la gente entienda, te calificas como crítico culinario, pero también está el gourmet, la palabra que viene del gastrónomo.

LV —Me hice crítico porque uno dice algo que a la gente no le gusta, entonces si van a hacer un evento y a uno no le parece, afirma que es una tontería, uno explica en qué radica que no sea un buen evento para la ciudad, pero es que pienso que si uno cree que algo no está funcionando bien, simplemente lo dice, pero no tengo bronca con las personas, o sea, a mí no me cae mal el del restaurante, ni soy un resentido social.

AB —Pero la sociedad siempre necesita que le digan las cosas que no quiere oír.

LV —Así como también debemos decir que necesitamos poner los ojos en la comida, en lo que somos nosotros —como decía José Rafael Lovera, venezolano estudioso de la cocina, un ilustre antropólogo—, usted por más que haga buen sushi, si usted es colombiano jamás será reconocido como sushero japonés, por más que le quede delicioso y exquisito; puede ser el mejor ratatouille, si es francés, está bien, pero si es de aquí de morro plancho, por más bueno que le quede, a nadie le importa esa preparación. Usted debe remitirse a lo que es usted. Una vez tuve la oportunidad de entrevistar al chef Antoine y le pregunté: “Si mañana fuera el último día de su vida ¿qué pide? y él me respondió: “Yo pediría lo que soy yo, lo que me daban en mi casa, poníamos un hueso cocido y le sacábamos el tuétano y lo poníamos en un pan francés con un poquito de sal de mar, eso soy yo”. Y me preguntó a su vez: “Lorenzo, si usted hoy se muere ¿qué es lo que va a pedir?, y yo le respondí: “Yo no voy a pedir salmón, voy a pedir chicharrón de Casa Molina, por ejemplo, la liposucción, eso pediría”.

AB —Ya van viendo cómo se ejerce la crítica culinaria en vivo y en directo. Álvaro, diferencia entre ser cocinero y ser chef, para que empecemos a hablar con los nombres que son.

AM —Realmente la diferencia es de varios millones de pesos, porque es el cuento que han echado las universidades para venderle a la gente las carreras. El aporte de la cocina francesa en la Edad Media y principios de siglo pasado, fue el paso de comida a gastronomía, la cocina es el acto de preparar alimentos, la gastronomía es la ciencia, ya se entra al tema de organizar una cocina,

de producir para vender, y se hace algo muy distinto. Hago un paréntesis, nosotros tenemos un grupo de amigos y estamos en los medios, que se llama Próximo Andante, tenemos algo que es lo que le ha hecho falta al gremio como tal, que es podernos sentar a hablar las cosas tranquilamente, él sabe que dice cosas que a mí me mortifican enormemente, yo sé que yo digo cosas que a él lo mortifican, pero aun así, nos sentamos en una mesa y compartimos. Y finalmente tenemos un interés común, sin pretender ser el Ferrón Adrián, pero sí estamos muy interesados en que Lorenzo, particularmente con muchos de sus trabajos y la trascendencia de la cocina, llegue al campo colombiano, como una herramienta de bienestar, que se devuelva un poquito. Pero realmente con la cuestión de la diferencia entre cocinero y chef es que nadie es chef, el chef es un cargo en el que te nombran. Cuando a mí me dicen chef, yo digo que no lo soy, porque tengo un restaurante donde trabajan tres niñas y yo, eso es como tener una tienda y me dijeran que soy el presidente de la tienda. Realmente si yo miro en Medellín, no hay 10 chefs, porque un chef reúne un montón de características, como un general de la república, uno puede ser soldado o militar, pero general llegan a ser muy pocos. Para ser chef hay que hacer la carrera, no es hacer 6 meses de universidad o hacer un curso o una pasantía de dos semanas; entonces aquí las escuelas para poder cobrar caro, –porque hay semestres de 11 millones en Medellín– con el cuento de ser chef, no, es que nadie estudia para ser presidente de una empresa, sino que uno estudia administración. El oficio es el de cocinero, el chef es un cargo.

AB —Comentaba que íbamos a hacer la conversación en tres momentos o más bien en tres platos. Estamos preparando la entrada, y ese sentarse a la mesa, en esta acción hay algo previo, que mencionaba hace un momento Álvaro, y es que a partir de eso me da la impresión de que hemos perdido la educación para comer; uno tiene una educación sentimental que lo acompaña toda la vida, que tiene que ver con las maneras para relacionarse con las personas, con el decoro, el respeto, la etiqueta. Entonces con respecto a la comida, es como si hubiésemos perdido ese ritual de sentarnos a la mesa. Lorenzo cómo ve esto ¿será que necesitamos una educación en cuanto a la comida?, ¿será que una sociedad debe pensar en ese tipo de cosas?

LV —Entrada, plato fuerte y postre es una presentación de restaurante. Obviamente en la casa uno simplemente se sienta y come y generalmente lo hace con hambre. Hoy en día, el tema de las redes sociales nos tiene muy dispersos, por eso una persona está en la habitación y allá come algo y, mientras come, ve televisión o está en el celular, y lo mismo pasa en las demás habitaciones, por ello el espacio del comedor en una casa ya es más decorativo y, al paso que vamos, cada vez desaparece más la cocina, que son cada vez más pequeñas e incluso hay apartamentos en los que la zona de ropas y la cocina son del mismo tamaño. Por ejemplo, ya no encontramos cocinas con los dos huecos para la máquina de moler, pues ya nadie muele.

Y si uno va a los supermercados en la noche, es impresionante ver la cantidad de familias comiendo una ensalada empacada en plástico; uno ve a la mamá y al

papá con los celulares en la mano y al niño en un carrito, cuando no es que se pide algo en Rappi o en Uber Eats. Debido a esto, se ha reducido el espacio de cocinar y de compartir la mesa; puede ser además por la falta de tiempo, las ocupaciones, pero también puede ser por la pereza de hacer de comer y preparar un plato. Se ha perdido entonces esa mística de darle de comer al otro. Y retomo lo que menciona Álvaro, el tema de poner la sazón, que al fin y al cabo es la magia de la comida, una magia que hay entre la mano y el plato.

La magia de la sazón se ha perdido también porque nos movemos por lo aparente, por ejemplo, las publicidades en las que parece que si algo es bueno tiene que estar en inglés, entonces *coffee, drink and food*, porque eso vende más que decir *café, comidas y bebidas*. Ahora la gente dice: compraste los snacks para llevar, ya no se compra mecato. Y a propósito de los snacks, hay publicidades en las calles que muestran el desperdicio y la extravagancia vs el tal tema de la sostenibilidad; los medios nos venden ser sostenibles con el discurso de ahorrar, no consumir tanta energía, reducir la huella de carbono, no sacar el carro, caminar más, andar en bicicleta eléctrica, no consumir combustibles fósiles, no al *fracking*, no al glifosato, tanto tema de sostenibilidad y después se saca una publicidad donde una niña no muestra ningún tipo de sentimiento y la comida está regada y desperdiciada, transmitiendo un mensaje de coman más, disfruten más, coma un *snack* y siga en su vida productiva y que sea útil para la sociedad.

El tema de la extravagancia y el desperdicio también se ve reflejado en los restaurantes; las personas piden

un churrasco de 300 gramos, se comen 150 y el resto lo devuelve, no les importa que lo boten y, si piden una comida donde hay muchos ingredientes, la mitad van a la basura, la comida se desperdicia porque no se la come la gente y no porque no llegue al mercado; es decir, la comida que se pudre en las plazas de mercado es mucho mayor que la comida que se cocina y que se lleva al plato. Todo esto repercute y lleva a que no nos unamos en ese deber de cuidar el alimento, pues eso se hace en la mesa, en la reunión familiar, en el consenso con los otros, y lastimosamente ese espacio del comedor se perdió.

AB —Ha sido tradicionalmente un espacio de diálogo, de conversar, de conocer al otro, generar empatía; la mesa es donde uno sabe si al otro le ha pasado algo, si uno le puede ayudar. Supongo Álvaro, que como cocinero, esos modales o esa forma de prepararse para comer es importante.

AM —Claro que sí; hay una faceta de Da Vinci muy desconocida y era su trabajo en la cocina. Hay muchas versiones sobre esta faceta del artista, incluso se dice que muchos de los utensilios de cocina fueron dibujados por él. Pero una de las cosas más bonitas, es que él expresó el momento en que Jesucristo imparte la comunión como la última cena y ese hecho de sentar a la gente a la mesa, lo cual referencia ese acto de la comunión familiar.

Por otra parte, quiero mencionar que se ha perdido ese momento tan especial en las mesas paisas tradicionales; no teníamos entrada, plato fuerte y postre, pero sí tuvimos sopa, seco y sobremesa, que vendría siendo lo mismo. En mi casa se comía todos los días al almuerzo

y a la comida sopa, pero nunca se repetía; yo por ejemplo, le decía siempre a mi madre que hiciera “frisoles”, expresión típica de Antioquia, pero ella solo los hacía una vez al mes. Y ahora en los negocios, para no darle al comensal el postre, llaman a la sobremesa el claro, el guandolo o el jugo de mora, pero antes, realmente la sobremesa era uno de esos miles de postres que había en las alacenas paisas.

Lo anterior demuestra que, de todos los departamentos de Colombia, el que más ha perdido su cultura gastronómica es Antioquia, porque teníamos un inventario abrumador de sopas, si investigas todas las escritoras antioqueñas, encuentras 50 sopas de plátano, hoy rara vez en las casas se toman una sopa de guineo.

En charlas, cuando menciono la sopa de arroz, me dicen: “¿Qué es eso?”. En el Colegio Mayor les dije a unos estudiantes de último semestre, que me imaginaba que ellos habían hecho una arepa, y un estudiante dijo que allá no había molino. Antioquia está graduando estudiantes sin hacer una arepa y sí saben hacer una causa peruana, pero la cocina peruana no le llega a los talones a la cocina colombiana, la cocina peruana es un fenómeno de mercadeo, es una comida muy rica, pero no tiene la biodiversidad ni la variedad que tiene Colombia. A Colombia los grandes gastrónomos la dividieron en 11 regiones y si investigamos la riqueza de cada una de ellas, por decir en la costa atlántica, se podrían hacer varias enciclopedias de la cantidad de platos, de ingredientes y de alimentos.

Como dijo Humberto Sato cuando vino a Medellín, la diferencia entre la cocina peruana y la colombiana

es muy elemental, en Perú hay 100 ingredientes y 1000 platos, en Colombia se tienen hoy 1000 ingredientes y 100 platos, y él hacía esa referencia sobre todo a la cocina antioqueña. A mí me da ira ver a estudiantes que se están graduando y no han ido a una plaza de mercado, y me da más ira cuando hacen referencia a la cocina de los ancestros de la abuela, cuando nunca han comido con la abuela, comen en el Facebook, en Whatsapp y en el televisor; hoy la comunicación de la mesa es más con los que no están en ella que con los que están presentes. Entonces hablan de las cocinas ancestrales y se van ocho días para el Chocó y resulta que la interpretación del sancocho de siete carnes, que comen en las fiestas de la virgen en Quibdó, son tres gotas en un plato, sin entender dónde está el sancocho; y resulta que es un homenaje a la cocineras ancestrales, a las campesinas del Chocó, realmente nos están engañando, creo que se raya con el mal gusto, la ignorancia y la mediocridad, platos muy bonitos que no tienen ninguna trascendencia. La cocina interesante es hacer una comida que la señora pueda replicar en su casa. El mercadeo y la publicidad logran que la gente coma mal y lo grave es que se siente bien. Perdimos la sopa, seco y sobremesa y el ritual de la mesa.

AB —Estamos en el plato fuerte y es necesario que vayamos un poco a la culinaria de las regiones. ¿Qué significa la comida para cada una de esas regiones? y ¿qué transformaciones han pasado en nuestra cocina y qué tienen que ver con lo que nosotros somos? Todo el tiempo vamos a estar entre unos opuestos como la abundancia o extravagancia, donde estamos jugando con la comida, y vamos a ir llegando al otro lado oscuro, triste,

preocupante de la escasez, del desperdicio; de lo que Caparrós en ese libro monumental sobre el hambre, llama inmoral, pues es bastante contradictorio que haya tanta gente, en un mundo que produce comida suficiente para alimentarlos a todos, mil millones de personas que aguantan hambre, eso es ser inmoral. Pero quiero que entremos a la cocina antioqueña, a esa pérdida, ¿eso qué ha significado en lo que somos y cómo se ha visto también reflejado en nuestra cultura alimenticia?, pues ustedes han discutido sobre nuestra bandeja paisa, sobre la arepa...

Uno de mis recuerdos entrañables con la cocina y con la arepa, ahora que lo mencionan, es el molino Victoria de mi casa, hacer las arepas con la señora, ensuciarse con la masa, saber que por la mañana estaban cocinando el maíz, que no era areparina, y que luego se hacían las arepas que se comían al desayuno y al algo, porque el algo era arepa con chocolate y quesito a las 4 de la tarde. La arepa y la bandeja paisa son unos símbolos de lo que comemos. La pobreza de una comida tiene las siglas ACPM, no hay mejor sigla para describirlo.

ÁM —El tema más preocupante de la comida paisa es la arepa industrial, haber industrializado la arepa y que se haya tolerado eso. Los jóvenes de hoy no han probado una arepa, no saben a lo que sabe realmente una arepa antioqueña, la arepa de fábrica no tiene aroma, no sabe a nada. La bandeja paisa, que todavía se come en las casas, que es frisoles con chicharrón o carne en polvo, arroz, maduro, arepita y aguacate, es un plato que nació entre los 80 y 90, cuando esa cultura de la exageración dijo “no, a mí no me sirven plato, quiero

bandeja. No me ponga papa y yuca que eso comen los pobres”. Una conclusión después de analizar mucho el tema de este plato es que cuando me dicen que ese es el plato de los arrieros, yo pienso: ¿Qué arriero tenía tiempo y plata para hacer cinco proteínas, qué arriero tenía para servirse una bandeja y llevarla al trabajo...?! Hoy todo nos apena, al antioqueño ya le apenan los frisoles, pero si usted lee cualquier texto de literatura antioqueña, anterior a los años 80’s, lo que figuran son los frisoles, la bandeja paisa es un plato que es la manifestación de una cultura temporal por la que pasó Antioquia.

AB —Nuestra cocina la han caracterizado como una cocina campesina, eso es un rasgo identitario que ha sido tradicional, pero luego se habla de la transformación a la bandeja traqueta y mafiosa, que de alguna manera es dejar de ser campesina; es decir, ¿estamos dejando de ser campesinos?

LV —Yo siempre he creído que la bandeja paisa es como un espejo del antioqueño: somos exagerados, nunca caminamos una cuadra, caminamos 10 cuadras para poder llegar acá, es parte de la cultura antioqueña, la hipérbole, y yo creo que la bandeja paisa es eso, es exagerada y tiene esas dos características del paisa: somos tacaños, porque a todo le hacemos cuentas, somos muy amarrados y, al mismo tiempo, somos buena gente y queridos, porque así como somos de tacaños damos obsequios y la bandeja paisa cumple con las dos cosas, es exagerada pero es barata.

Alguna vez le escuché a un cocinero decir que era un invento de los mafiosos, pero eso sería como plantear que Pablo Escobar se reuniera para definir un plato para

Antioquia, y es descabellado pensar en algo como eso. Lo que apunta más la bandeja paisa es a un trabajo de hospederías, en busca de atraer al cliente, que consistió en implementar samovares, de donde sacabas la comida, y si vas a un banquete todo el mundo llena el plato de todo, primero se llena el ojo que el estómago; entonces la gente le echa de todo al plato, eso fue por allá como en los 60's, esa es una teoría, y la otra es la de la fonda antioqueña o la fonda paisa en Bogotá, que en ese anhelo de comer paisa, a un señor se le ocurrió montar todo en un plato y que saliera más económico, entonces esas son las dos teorías.

Al artesanado culinario le queda muy difícil abastecer una ciudad, al menos como Medellín, porque si en Colombia somos 48 millones de colombianos y suponemos que 40 millones se comen una arepa al día, serían 40 millones de arepas diarias; habrá personas que no comen, pero hay otras que comen tres en un día y eso la industria tiene que abastecerlo, porque los artesanos no dan abasto, pero hay que proteger al artesanado culinario, hay que proteger al que hace la arepa a mano.

AB — Como vamos viendo, esta es la relación entre la cocina y nuestra identidad, pero también hay otra que me parece muy bonita, y es hacer comida de los sobrados, recuperar eso que ahora llaman comida fusión. Un mensaje que se da es que uno no recupera la cocina por un tema de nostalgia o por una cosa caprichosa, sino porque ahí hay unas maneras de ser, hay unas recursividades que nos permiten también sortear dificultades.

AM — El gran reciclador de la cocina es la hotelería, entonces el bufet del desayuno de los hoteles es hecho con

todo lo que quedó de ayer. Vuelvo al origen cultural de muchos platos, en la cocina universal hay lo que se llama las ollas de pobre, donde se originan gran parte de los cocidos, los sancochos y todo eso. Platos como el mondongo que es una delicia, en esas fincas donde el patrón mandaba a matar la vaca o el marrano, le dejaba las sobras al trabajador y la recursividad dio origen a la utilización de todo, pero hoy en día se desperdicia demasiada comida.

Una vez escribí un artículo que decía: “¿Qué ha hecho el pobre romero?”, porque se volvió el sinvergüenza de la cocina, porque lo usa todo el mundo para botarla, entonces toda la botada de comida ahí y la decoración tienen una relación directa.

AB —Grandes cocinas han surgido precisamente de la escasez.

LV —Es que todas las cocinas nacen de la escasez y nacen del campesino y nacen de la pobreza, no hay platos que nazcan de la riqueza. Un caso que estaba estudiando últimamente es el de las morcillas, que es un plato humilde, alguien en algún momento de la historia se le tuvo que haber ocurrido comerse las tripas de un animal —tiene que tener uno mucha hambre, estar en un momento de suma necesidad—. A nosotros nos llega cientos de años después esa cultura de comer morcilla y no se encuentra a una persona económicamente bien haciendo morcilla, pero esas tradiciones permearon a todas las culturas. En el caso nuestro, en diciembre se hacía marranada, tanto en el barrio popular como en la súper finca, entonces el niño rico crecía viendo el sacrificio de un cerdo y el niño pobre igual y los dos comían

después morcilla, pero la diferencia es que el niño pobre siguió viendo eso, mientras el niño rico ya puede ir a los restaurantes donde la venden.

Los frisoles que nos comemos hoy son de lujo, antes era sopa de frijol, que llevaba plátano picado, cidra o lo que hubiera en la huerta, generalmente la carne que se comía era un pedazo de pulmón de res o cerdo. Entonces si miramos hacia atrás, todos los platos tienen origen en la escasez, en la humildad y en el campesinado, un plato que usted me diga que nació de la clase pudiente, lo dudo; con el salmón es lo mismo, los campesinos iban a los ríos y preparaban sus platos para comer y ya hoy en día se convirtió en un pescado de lujo, pero no era así inicialmente.

AB —Lo importante de estas discusiones, sobre todo llegando al campesino, con el tema que han reflexionado desde el principio con la sostenibilidad, qué podemos hacer realmente para garantizar esa seguridad alimentaria, hablando de cómo podemos contribuir a que esa hambre disminuya. Pero también la autonomía alimentaria, que las regiones puedan tener los productos, disminuir los costos de transporte, que esas sociedades puedan tener riqueza y poder construir una buena alimentación. Sin embargo esta discusión, Álvaro, pasa por las posibilidades de crear una cocina nacional, así como lo hizo la mexicana, la peruana o la tailandesa; en nuestras posibilidades como país, se han dado muchos pasos en ese sentido, y creo que pasa por recuperar la esencia. Creo que el discurso de ustedes va más allá del enfrentamiento o de la indignación por saber ciertas cosas, y finalmente lograr identificar esas

fortalezas, para lograr construir una verdadera identidad en nuestra cocina.

ÁM —Lo que sucede es que a diferencia de México y otros países —y hablo de 20 o 30 países que se reconocen en el mundo por su cultura gastronómica—, Colombia no es un país, sino 32 departamentos, y si hay una región con algún regionalismo exagerado, gracias al cual nos miran feo en gran parte del país, somos los antioqueños.

Ahora, hablando de cocina, en Colombia estamos divididos en 32 departamentos y los dioses del Olimpo en Bogotá, mirando despectivamente al resto del país. Entonces, para sentarnos a conversar, nunca vamos a poder hablar de cocina colombiana por algo muy sencillo, en Medellín hay algo que me choca y siempre lo he dicho, y es el tour gastronómico, eso no es ningún gremio, últimamente les ha dado por hablar de gremio, pero eso es una asociación de unos restaurantes que tienen para pagar, para hacer miembros; yo fui miembro de la junta y renuncié porque no querían recibir a *Doña Rosa*, porque supuestamente no cumplía con las condiciones, y un día les dije en una reunión, “ella vende diez veces más que el más teso de todos ustedes” y ellos replicaban “pero es que vea ese restaurante, la comida”.

Entonces mientras en la misma mesa no seamos capaz de sentar al caspete, que no va a pasar nunca, porque ellos vinieron por ejemplo a Medellín cuando vino Adrián, yo desayuné con ellos, se sentaron, comieron, se hicieron unas fotos, y se fueron, no nos dirigieron una palabra a los antioqueños, cero. Y esa es la misma actitud siempre, hace unos años, se fundó en Bogotá “Fogón Colombia”, salieron 50 cocineros, que eran 90%

bogotanos en la primera página de *El Tiempo* diciendo: “Los cocineros más importantes y reconocidos del país se unen para llevar el mensaje de la cocina colombiana”. Había tres que trabajaban cocina colombiana, los demás no tenían ni idea y les daba pena hablar de un caldo, una changua o una empanada. Y se dedicaron a hacerse fotos en el Bronx, repartiendo a los indigentes sancocho. Esa no es la promoción de la cocina colombiana, la promoción de ella es lo que vamos a mostrar al exterior.

Entonces realmente, en el tema de Colombia, solamente podemos pensar en cocina colombiana, cuando los antioqueños reconozcamos que el ajiaco es rico. Durante 10 años discutimos que la bandeja paisa debería ser el plato nacional de Colombia y, al final, el que más se mencionó era dizque el tamal de piangua, que nadie sabe qué es, yo sé qué es, pero el gran porcentaje de la gente no tiene ni idea, precisamente porque los antioqueños jamás íbamos a tolerar que un plato del Valle del Cauca, como la cazuela de mariscos, que es de Buenaventura, pudiera ser un plato colombiano, o que la lechona o el ajiaco fuera un plato que nos pudiera representar. Por lo tanto, hablar de cocina nacional es muy difícil y, de todas las regiones, la más difícil es la antioqueña, que es la que más ha perdido en el camino todas sus tradiciones.

LV —Pongamos la última imagen que tenemos, se puede ver una publicidad en un paradero de buses, donde le dicen a la gente que si compra en la calle frutos o verduras dará una multa, comprar mil pesos de comida te puede costar 800 mil. Así, a través del miedo te atemorizan

para no comprar al carretillero. Entonces hago un llamado a cada uno para hacer el esfuerzo de comprar al campesino o en la plaza de mercado, de no seguirle el juego a estas grandes industrias —aunque sé que no es fácil, uno a veces tiene a media cuadra un *Éxito* y a diez kilómetros una plaza de mercado—, pero ahí está la gran revolución. ¿Cómo hacemos para enfrentar a esta gran industria alimenticia y a esos intermediarios que son los que se quedan realmente con el dinero? Hace un año estuvieron los campesinos en San Cristóbal regalando la comida, en protesta, porque mandan sus productos para la plaza de mercado y les dicen que no se vendió nada y deben ir a recogerlo, lo poco que le pagan al campesino, en la plaza, lo venden mucho más costoso y ni se diga en un supermercado, pero lo seguimos haciendo. Si nosotros mismos como comensales no tenemos la conciencia de hacerlo, situaciones como la de la imagen no van a cambiar y cada día va a ser peor: ya están prohibidos los quesitos en hoja, los tamales estarán prohibidos porque la hoja nos puede “matar”, es mejor utilizar plástico, y plástico chino. Dentro de poco todas las cocinas de carretera, con sus fogones bonitos y ahumados estarán prohibidas, todo deberá ser en acero inoxidable, o cierre su negocio señora y así vamos cada día implementando la industrialización de la comida; hay un gran desplazamiento de la gente de los pueblos para las ciudades, en ellas nos tienen a todos apeñuscados, comprando la comida de lugares que ni sabemos cómo producen los alimentos, qué recorrido, qué contaminación tienen y el campo industrializado. El día de mañana el café nuestro, el arábigo, de buena nota, lo acaban y cultivan todo el

llano de pura robusta estilo brasileña, que lo recogen con máquinas; es un café fuerte y duro que no tiene nada que ver con el café nuestro, cualquier día va a pasar eso. El 50% del café que uno compra es pasilla, es decir, café podrido y los bultos de las compañías cafeteras están llenos de bultos de Brasil y hasta la semana pasada estábamos importando panela del Ecuador.

Entonces, cada día pasan estas cosas y nosotros seguimos igual felices; en esta imagen están los eventos de hamburguesas, así, mientras nos den la hamburguesa, repleta de todo y obviamente en inglés, porque es más bonito decir cerdo picado en inglés, vamos y hacemos una fila de cinco cuadras para comernos una hamburguesa de 11 mil pesos y el campesino que se joda. Ahí está resumida la extravagancia en los ingredientes, “tiene de todo”, no debería ser así, pero nosotros le seguimos el juego.

AB—Ya va llegando la hora de ir redondeando, las personas estarán hambrientas de preguntar a los invitados. Nos quedan varios asuntos sobre la mesa, yo sé que quieren hablar de las bebidas, podríamos terminar con un postre o con una parte light, les iré soltando varias ideas para ir cerrando. Julián Estrada habla de una generación Nestlé, la generación que no sabe de dónde salen los productos, uno tiene que llevar a los niños a que toquen una vaca para saber que de ellas sale la leche, porque si no, no se dan cuenta, y también está esa generación de las redes sociales, de los masters, las grandes filas para comer sushi, eso de que me vean comiendo. Yo creo que podemos hacer una última intervención como postre acerca de esto. ¿Cómo ven ustedes

la modernidad, por decirlo de algún modo, en relación con la comida?

AM —A mí me llama mucho la atención el hecho de que Colombia pueda estar en la lista de los países con más diversidad de frutas en el mundo, pero paso por todas las escuelas y veo que no usan sino uchuva y maracuyá, me parece que es triste el aprovechamiento que le estamos dando a la tierra. Una de las peores cosas que le ha pasado a la cultura colombiana es que nos han metido el cuento, al igual que pasaba con que la piedra de El Peñol era la más grande del mundo, nos han dicho que nuestro café era el mejor del mundo, porque lo decía Juan Valdez, pero si uno investiga, hay otros países, como Jamaica y Etiopía que también destacan, pero lo más gracioso es que uno llegue a la tienda de un pueblo y pida un café con leche y la niña le responda: “No, aquí hay late” ¿y qué es late? “Un café con leche”. También tenemos El Americano, o sea, el país con el mejor café del mundo ya no toma tinto, sino un *Americano* o un *Expresso*. Yo soñaría que, teniendo el mejor café del mundo, los gringos estuvieran tomando tinto, no nosotros tomando americano. Pero usted va a Juan Valdez en México, París o Buenos Aires y la comida es “Hot cake” y “Quiche Lorraine”; entonces no entiendo cómo es que Juan Valdez, que nos representa en el exterior, tiene las cartas completamente extranjerizadas, les duele poner panela, es más colombiano Starbucks que Juan Valdez. Yo, para redondear mi postre, que se llama orgullo colombiano, me pregunto cómo es posible que uno llegue a Tarso en la mañana y de postre le ofrezcan Tiramisú o que en San Rafael uno pida una papa rellena y le digan

que solo hay panzerotti hawaiano, le ponen ese nombre para cobrarlo más caro. Nos está matando el exceso de orgullo, sumado al exceso de ignorancia, la distancia más grande está entre lo que realmente es y lo que uno cree que es. Nos damos golpes de pecho, somos los mejores del mundo, pero nos da pena que nos vean tomando claro en la calle.

AB —Lorenzo, uno de tus papeles ha sido ser promotor de eventos para buscar enriquecer nuestro paladar. ¿Qué reflexión como periodista y como crítico culinario te queda de las alternativas que tenemos, para bien o para mal, en la cocina actualmente?

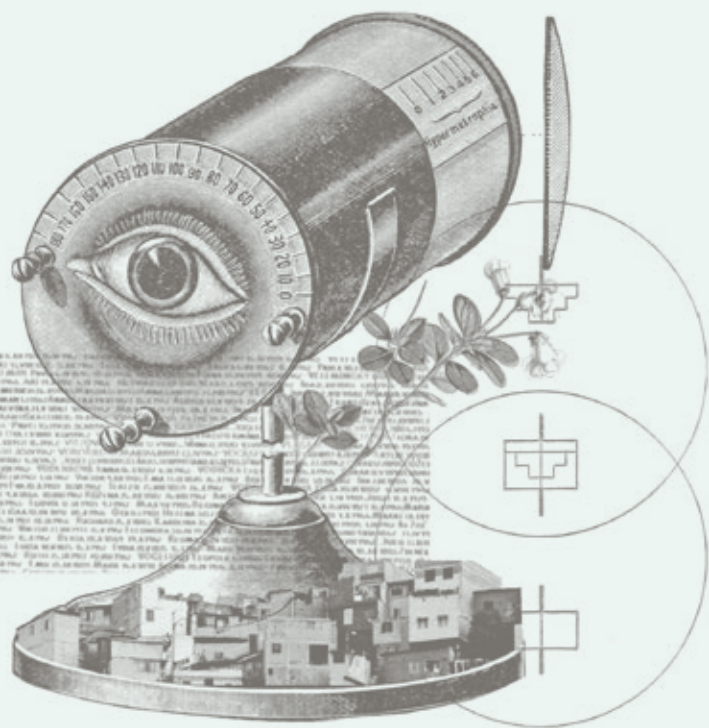
LV —El tema es identitario, nos avergonzarnos de lo que somos, somos Colombia y somos trópico. No somos lo que comemos, comemos lo que somos, que es diferente. Lo que dijo ahorita Álvaro sobre las sopas es importantísimo, hay que rescatar todo ese recetario de ellas. Nosotros no tenemos postres, tenemos dulces: el dulce de guayaba, el casado antioqueño de queso con bocadillo o con brevas, el arequipe, esos dulces deben volver a la mesa. Los estudiantes de cocina hoy en día primero piensan en cómo intervenir la receta más que en aprenderse la receta, primero se debe saber la receta para intervenirla. Yo hago un llamado a la identidad, nosotros el primer fin de semana de octubre vamos a tener aquí en el Paraninfo, en el Claustro de Comfama y en la Plazuela San Ignacio, vamos a realizar “La Arepa Invita”, en este evento invitamos a señoras con puestos de arepas artesanales, para hacer arepas en la calle, sin cobrar, en este auditorio hacemos charlas, conferencias, hay puesta en escena, en la plazuela ponemos una carpa

llamada la carpa-escuela en la que hacemos talleres, el año pasado hicimos aquí el museo de la arepa y trajimos varios molinos y pilones. Si uno le pregunta al niño de dónde viene una arepa, seguramente te va responder que del refrigerador o de un almacén, porque no tiene idea que hay toda una historia detrás de la elaboración de ese sencillo amasijo, que acompaña cualquier comida, va con todo, es el gran casado.

Entonces es un llamado para la identidad, a sentirnos orgullosos de lo que somos, a que no nos dé pena comer, en vez de un ceviche peruano, comer el coctel de camarones cartagenero, tenemos una gran cantidad de recetas, como en Tumaco, que se pueden comparar con las de Lima. Hay una gran cantidad de platos nacionales que no conocemos, pensamos que solo es bandeja paisa en Medellín, ajiaco en Bogotá, pescado con arroz con coco en la Costa, cuando hay una gran cantidad de platos que no conocemos, como el amarillo monseñor de los Llanos orientales, la turmada en Cúcuta, la saraapa de Montería, así que invito a que hagan turismo culinario por Colombia, en todo: postres, bebidas, parva, cosa que despierte ese amor y ese orgullo por lo que somos nosotros.

AB —Yo les decía antes de empezar la charla, que los cocineros y las personas que se interesan por la cocina y por sus imbricaciones culturales son unos viajeros. La comida es un viaje a partir de los sabores y los ingredientes.

29 de agosto de 2019



Laura Mora y

Javier Mejía

EL CINE, UN NARRADOR DE CIUDAD

Así como la literatura, el cine es una suerte de espejo donde la sociedad se contempla. Y ahora de la mano de nuevos directores, Medellín vuelve a ser la protagonista y el escenario, para ofrecer unas realidades desde distintos ángulos. Laura Mora, con su ópera prima, *Matar a Jesús* (2017), varias veces galardonada a nivel internacional, da cuenta de una ciudad vivida desde adentro, donde las experiencias y sentimientos de la autora son traspasados a la protagonista, como una manera de exorcizar el dolor y el desconsuelo. Javier Mejía, por su parte, con *Apocalipsur* (2007), narra la vida en la Medellín de los años noventa, desde las poblaciones más excluidas, hasta las esferas más privilegiadas de la ciudad. Sin embargo, ambos autores, a pesar de producir un cine muy urbano, también han experimentado otras realidades, como el adentrarse en la selva amazónica colombiana, donde han captado con asombro y sobrecogimiento la magia que este territorio encierra. En la charla que se desarrolla a continuación, se referirán a sus vivencias en esos distintos ámbitos, así como a los elementos que motivaron sus películas.

ALFONSO BUITRAGO —Siempre es un placer estar aquí, hoy con dos talentosos y admirados creadores, que nos han retratado la ciudad, muchas gracias por venir. Como decía Gisela, creo que hoy todos nos levantamos un poco tristes, yo doy clase en EAFIT por la mañana, en un taller de escritura, y tenía que enseñar a poner la coma, pero llegué a las 7 de la mañana y les pregunté si a ellos les parecía que hoy era un día para aprender a poner comas, había acabado de leer la noticia (Iván Márquez, ex líder de la FARC anunciaba que retomaba las armas), me tardé media hora en asimilarlo, pensé si de verdad iba a dar esa clase...

LAURA MORA —Por otro lado, súper pertinente, este es un país que no tiene comas, es un país que no pausa, el sonido del fusil es constante.

AB —Exacto, quería empezar por ahí, porque todavía tengo la imagen de Iván Márquez y de Santrich en la selva y ustedes dos tienen una relación con ella antes de empezar a narrar la ciudad; quiero empezar por allá con esa deriva que nos da Colombia. Laura, con un proyecto reciente que empecé a ver en Netflix, *Frontera Verde*, y Javier, también con varios cortos sobre la selva, estás ahí con *El Payaso*. ¿Cuáles son las primeras reflexiones a partir de la selva, de estar ahí, de narrarla? ¿Cuál es el gran reto de narrar una Colombia sin comas?

JAVIER MEJÍA —Colombia es más de “coma mierda” que de comas. Es una pelea diaria levantarse con este país inviable, uno dice ¿qué vamos a hacer? Frente a lo de la selva, fue una experiencia maravillosa, yo nunca había rodado allí y tuve la fortuna de ir con un gran amigo de Laura, que es Carlos Moreno, el director de *Perro come perro*, y nos tocó

estar 8 días en un municipio que se llama La Pedrera, a hora y media de Leticia. Con Carlos todo es muy divertido, primero porque fue un ejercicio inútil, uno va y dice: “Listo, la secuencia 22 la hacemos en esa piedrita”, pero llueve torrencialmente y la piedrita queda a cuatro metros bajo el agua, entonces fue muy entretenido, pero no sirvió para mucho, fue sobre todo para saber cómo y con quiénes íbamos a rodar y en qué condiciones, pero el resultado no fue el esperado.

Igualmente uno se da cuenta de la exclusión que hay en este país, eso es otra Colombia, la gente vive en otro planeta, un abandono total, con una estación de policía que pone el orden a las buenas o a las malas, con unos precios absurdos, un Gatorade vale una fortuna. Como todo es llevado en avión, tiene la economía de una isla, todo es venenoso. La dureza de la selva, ella es muy bonita en cine, pero estando allá todo te raspa, sobre todo a uno, que es una *barbie* de ciudad, donde uno ponga la mano algo le pasa: se ampolla, arde, se corta, uno en la selva es un bebé que está gateando; entonces hay que andar con mucho cuidado y hacerle caso al guía, son cosas que uno cotidianamente no tiene presente. Sembrar un tomate o una lechuga allá es imposible, lo que uno tiene aquí saliendo a la esquina, en la selva es todo un reto, tienen esa riqueza de la tierra, pero todo es una lucha diaria muy tenaz.

LM —A mí me pareció también una experiencia sobrecogedora, yo estuve cuatro meses, es un tiempo muy largo, teníamos como base Leticia, pero todos los días nos internábamos muy adentro en la selva, ya fuera territorio brasileño, peruano. La sensación de la frontera

es muy extraña, porque es una frontera fluvial, con ese río tan potente. Me acuerdo cuando fuimos al primer viaje de pre-producción, que, como dice Javier, no sirve de nada, porque yo también escogí unos lugares súper bonitos y cuando volví ya no existían, porque existen las estaciones de río y cuando este crece todo desaparece. Lo bueno es que iba con Ciro Guerra y él, por *El abrazo de la serpiente*, ya tenía un conocimiento muy profundo de este territorio, a pesar de que la selva en todos lados es muy distinta; Ciro rodó por el Chiribiquete pero esta vez estábamos en Leticia, pero leyendo, me doy cuenta que el 44% del territorio colombiano es amazónico, es decir, nosotros somos amazónicos, y eso me hizo pensar que nos hemos entendido muy andinos o algunos más caribeños, sin embargo tenemos que reencontrarnos con ese territorio que nos habita. Es un abandono muy extraño, pero yo creo, viendo lo que está pasando con Brasil —que coincidió con la salida de la serie—, que es mejor que siga siendo un territorio abandonado, porque el hombre es tan bárbaro, que es mejor que ni lo miremos.

AB —Esa inaccesibilidad de alguna manera lo protege.

LM —Sí, también hay un poder cultural y espiritual muy fuerte, no quiero sonar muy hippie, pero la selva sí le despierta a uno una sensibilidad muy extraña, porque cuando se camina por la selva cualquier cosa que uno toca es la casa de alguien o de algún animal, que por pequeño que sea te puede matar, a nosotros nos tocó con unos chicos del equipo que se montaron a un árbol para tirarse y empezaron a sentir un escalofrío muy extraño, y era que habían pisado unos gusanitos chiquitos por unos segundos, y estuvieron a punto de morir de

infarto. La selva es la que manda, uno allá se da cuenta lo minúsculo que es ante la naturaleza.

JM —Además el cine es muy invasivo, uno llega y la selva rápidamente te pone en su lugar o si no la pasa uno muy mal. Debes aprender a entender que cuando la selva quiera se graba, esto es incontrolable, lo pone a uno a otro ritmo, a ser más paciente, a entender que no hay nada que hacer, la selva manda.

AB —Es un golpe de realidad total. Contemos un poco, para empezar a conocerlos como narradores, ¿qué historias contaron de la selva?, ¿qué encontraron para narrar en ese contacto?

LM —Yo iba con menos libertad que la que tenía Javier. Nosotros íbamos guiados por una historia que se le había ocurrido a uno de los directores de Dynamo, que es una de las productoras grandes en Bogotá. Después de una toma de yagé, se iluminó y se conectó con algo muy profundo y quiso escribir una historia a manera de thriller y para eso convocó a Ciro, y este siempre había dicho que si alguna vez iba a volver a retratar el Amazonas, le interesaba hacer un thriller allí, porque lo que pasaba en esa frontera, que pone al ser humano al límite de sí mismo, le parecía que encajaba en esos códigos. Entonces es la historia de una detective que se va a investigar la muerte de unas misioneras —que también es muy común en el Amazonas— allí la evangelización no ha parado, está a tope, hay hasta mormones, que es extrañísimo. Entonces ella se va a investigar estos asesinatos y pronto se da cuenta que está conectada de una manera más espiritual con esa tierra. Es un poco extraña, es una apuesta para Netflix meterse a hacer una

serie en esos códigos, somos tres directores, nos ha ido bastante y bien y creo que la selva sí es la protagonista; vale la pena verla por eso, porque es impresionante ver cómo aparece la imagen de la selva en la pantalla.

AB —En este caso la selva es la protagonista, pero en el caso de Javier sí es un ser humano.

JM —Sí, es la historia de un personaje que fue un gran amigo, murió 8 días después del rodaje, es el actor Alberto Valdiri, yo quería trabajar con él. La historia tuvo que cambiarse varias veces, fue muy raro. Hubo una reunión en la que yo no estuve, donde se dijo que no se podía mencionar a la fundación Gaia, ella era parte de la producción, era la que nos recibía, donde dormíamos y la que ha luchado por los derechos indígenas por 30 años. Hay una pelea con la comunidad porque no quieren talleres, quieren que les den plata. El problema es que yo fui a la maloca, estaban todos los señores que mandan y lo primero que dije fue: “Un agradecimiento a la fundación Gaia” y nos echaron. Entonces ahí acabó la reunión y me prohibieron la mitad de la selva, que es la que manejan los indígenas, entonces viendo cómo iba a ser eso, tuve una conversación con mi hermano, que es abogado, y me explicó que los ríos son autopistas, son nacionales, entonces propuse que hiciéramos una película de carretera, una *rivermovie*. Ahí me dio la opción, pensé, metámonos al río en una lancha, porque teníamos libertad pero presupuesto no, entonces tuvimos que acomodar muy bien la historia, de manera que pudiéramos grabarla en esos 5 días, no había posibilidades de regresar. Entonces allí fue surgiendo la historia de este personaje que se disfraza de payaso, para ir a buscar

a su hija que no sabe si existe, ya tiene 8 años, y a él le llega una carta porque han matado a la mamá. Así surgió esta historia con Valdiri, donde pasábamos todo el día en una lancha, esperando a que escampara; fue muy agotador pero muy bonita la experiencia de grabar allá.

Había un pájaro que se llama tente, un animal bellísimo, con un cuello como de terciopelo azul oscuro, con unas garras impresionantes y los indígenas lo domestican para que cuide a los niños, porque se enfrenta a las culebras y a los perros. Uno llegaba en la lancha y este pájaro se erizaba, se volvía una bola, pero cuando se calmaba quedaba una gallina negra, era una belleza. Nos dejaba conversar como hasta las 11 de la noche, nos acostaba, llegaba un punto en que hacía un ruido y todo el mundo a dormir, una belleza ese sitio. Ese lugar tiene unas cosas muy bellas que uno no sospecha, esos ruidos en la noche.

AB —No sé si ustedes han seguido la obra de Laura y Javier, pero me causa impresión oírlos hablar de la selva, porque los dos son unos callejeros indomables y, además, las películas de ustedes están muy conectadas con lo urbano, es como si a propósito los hubieran sacado de su hábitat natural a ver qué eran capaces de hacer.

Hoy pasaron muchas cosas sobre el proceso de paz y además, hoy, en la ciudad, se están sacando dos películas sobre Medellín. De manera coincidente, hoy 29 de agosto, se estrena *Los días de la ballena* de Catalina Arroyave, en el Parque de los Deseos, y un personaje que la gente irá conociendo, vamos a ver cómo le va, para nosotros muy cercano, pero quizá como director no, como es el caso de Papá Giovanni. Él es un personaje

muy extraño, un mecánico que, por haberse encontrado en la vida con Víctor Gaviria, termina siendo director de cine. Yo sé que ustedes dos conocen las películas, y quisiera preguntarles por esos dos narradores. Un hombre muy curtido como Papá Giovanni, con mucha calle, quizá excesivamente, ha tenido 10 hijos, no sé cuántas mujeres, y Catalina, una chica joven, graduada de EAFIT, enfrentándose a su primera película, dos óperas primas. ¿Cómo los ven? ¿Qué expectativas tienen? ¿Cómo los han pensado?

LM —Yo estuve muy cerca del proceso de Catalina con *Los días de la ballena*, principalmente porque me sentí muy sola haciendo *Matar a Jesús*, hacer cine es un acto muy suicida, muy “quijotesco”, entonces decidí tratar de ayudarlo a la gente con sus películas como fuera, independientemente de si me gustaran o no, a menos que sea una película del Centro Democrático, pues no me voy a meter a ayudar ahí, pero sí quiero acompañar, desde la experiencia que he ganado, poder ayudar en esos procesos. Entonces estuve muy cerca de Cata en ese sentido, ayudarla en una locación y esas cosas. ¿Qué puedo decir de ellos? Lo que más me impresiona, sin ver la película de Papá Giovanni, pero sabiendo de qué va, es que Medellín atraviesa todos los relatos de la cinematografía paisa, es decir, hay muy pocas ciudades en el mundo donde la ciudad se convierta siempre, no en un escenario, sino en un personaje que atraviesa el relato, y eso no pasa solo en el cine sino en la literatura, en todo. Entonces Medellín se humaniza y se vuelve, uno no sabe si mujer o hombre, puta, ladrona, santa, es como todo y, una vez más, viendo estas películas que

se estrenan hoy, con relatos totalmente distintos, que nacen de lugares absolutamente diferentes, la ciudad vuelve a atravesar esos relatos y casi que uno no podría pensar en *Los días de la ballena* desde otro lugar o *Matar a Jesús* en otro lugar o *Apocalipsur* en otro lugar, esas películas existen, al igual que Rodrigo D, porque Medellín existe, y porque Medellín, con sus dinámicas contradictorias, nos ha criado. Creo que con eso no hay que pelear; hay un relato más institucionalizado que quiere alejarnos de eso, diciendo por qué hablamos siempre de lo mismo, pero nadie está narrando lo mismo, es una ciudad protagónica, pero vista desde unas miradas muy distintas y, al estar presente, creo que debemos seguir debatiéndola. Es precisamente lo que veo que está presente en estas dos películas; la de Catalina, que es la que más conozco, me pareció muy bello el proceso, yo he sido muy callejera y me ha gustado atravesar Medellín y ver el relato desde donde ella mira, que es tan distinto al mío, en términos de cómo se acerca y mira a la ciudad, de cómo ella conoce a estos personajes, creo que no he conocido gente más “patisucia”, entonces celebro que en un día se levanten estas dos películas en Medellín, eso es un milagro.

AB —Y que estén ustedes dos aquí para celebrarlo, también.

LM —Y además está la mamá de todas las mujeres directoras en Colombia, la Maestra Marta Rodríguez, que está con Víctor Gaviria en el Museo Casa de la Memoria.

AB —Sí, algo pasó hoy, es la resistencia del cine frente a las malas noticias. Javier, ¿cómo ves esos narradores?

JM —Me gustó algo que dijo Laura sobre la soledad del director. Hay algo que, a pesar de que se aumente la

producción —cada vez hay gente más profesional—, igual es un proceso muy solitario, uno siente que está inventando todo de cero, pero es tu película, entonces buscás cómo hacerla o te quedás patinando en cosas que ya están inventadas, y uno no se ha enterado; me parece muy chévere que Laura haya acompañado este proceso, la verdad, las películas no las conozco, a Papá Giovanni lo conocí por *Muchachos a lo bien*.

AB —Cuéntanos esa historia, yo creo que hacer un retrato de Papá Giovanni vale la pena, porque se pueden contrastar dos procesos, con Catalina el lado académico...

LM —Y también los tiempos, Papá Giovanni lleva haciendo su película por ocho años y Catalina escribió su película, fue galardonada y rodó en tres años.

JM —Son dos procesos muy distintos. Yo a Papá Giovanni lo conocí en el 98 haciendo *Muchachos a lo bien*. Ese capítulo lo dirigía Oscar Mario Estrada y una de las escenas era un partido de fútbol en la calle del bar La Rosa, que es el que aparece en *La Vendedora de Rosas*, en Barrio Triste, el partido de fútbol era entre travestis y chanceras, entonces esto era un partido como entre señoras muy obesas frente a unas damitas prestantes en tacones, pero además de todo esto —ya íbamos a empezar a rodar—, empieza una pelea en La Rosa, matan a tres personas y llegó la Fiscalía, trapearon, levantaron cadáveres, pero este partido no se detiene por nada del mundo, fue una cosa alucinante. Había, creo, que unas 300 personas, la calle se cerró y todo el mundo tomó bandos y banderas, fue algo muy hermoso. En fin, nosotros ayudamos a Papá Giovanni en su labor con los niños y era mostrar un personaje de ciudad que

trabajaba para ella desde su enfoque, además, se hace un personaje de ciudad por la película, pero también salva la película de Víctor, entre ellos dos se ayudaron mucho para controlar a esos muchachos.

AB —Papá Giovanni, antes de director fue un productor natural...

JM —Y era jefe de casting, además era la llave de entrada a Barrio Triste.

AB —También hablemos de esos otros narradores, creo que *La Virgen de los Sicarios* tampoco se hubiera hecho sin él, *Rosario Tijeras*...

JM —Es como un alcalde cívico.

LM —Lo que pasa es que yo creo que esos procesos de las películas, como las hacemos nosotros acá, es decir, en locaciones reales y dejando que la película se impregne de tanta vida, hace que se conviertan en procesos muy inspiradores de parte y parte. Uno se inspira en la gente que está ahí y hay otra gente que está siendo profundamente inspirada y afectada por esos procesos. Yo creo que de todas las películas han salido personajes como Papá Giovanni en producción, gente súper hábil que entiende rápidamente las dinámicas de producción, yo por ejemplo, he visto chicos que pasaron por *Matar a Jesús* y ahora graban comerciales, ahí uno se da cuenta de que con una posibilidad basta.

AB —Para contar historias hay que investigar, hay trabajo de campo y vos empezaste como investigador. Por ejemplo *Muchachos a lo bien*, tuviste un primer paso en *La Hoja*, ¿cómo es entrar a esa realidad que uno va a contar?

JM —Ese proceso de *Muchachos a lo bien* fue muy especial, ahí hicimos carrera muchos realizadores antioqueños, porque

era lo primero que se asumía profesionalmente. Para nosotros era un descreste tener asistente de dirección...

LM —Yo quiero meter la cucharada ahí porque, si bien ustedes se entrenaron ahí como realizadores, por ejemplo, para mí, *Muchachos a lo bien* fue lo que me encendió el ánimo para querer hacer cine. Yo no sé si los más jóvenes lo han visto, seguramente se puede buscar, pero fue increíble, porque era ver televisión local, haciendo unos relatos de ciudad muy honestos y cinematográficos. Recuerdo que *Muchachos a lo bien* para la generación mía y para los que queríamos hacer cine, documentales o periodismo, nos marcó profundamente.

JM —Lo hablaba con Víctor, ahora que estamos en unas charla, sobre *Muchachos a lo bien* en las universidades, tratando de sembrar semilla, allí hay muchas cosas para ver y unos realizadores con unos trabajos muy bacanos. Sería maravilloso volver a encontrar a esos muchachos, ya no tan muchachos, a ver en qué están todos ellos, por lo que se hacía una apuesta. No eran historias sobre que eran unos “santos”, eran historia particulares, donde ellos habían tomado decisiones éticas o habían defendido los derechos humanos o formas de participación ciudadana. Fueron cuatro series: el respeto a la diferencia, formas de participación, ética y derechos humanos. Sería divino saber en qué están esos muchachos, hay algunos que se sabe y que siguen haciendo una labor en los barrios increíble; o hay pintores como Fredy Serna, que era un muchacho que estaba empezando, uno de los primeros protagonistas. Esa serie me ayudó para hacer casting de *Apocalipsur*, tuve la oportunidad de formar cinco equipos, entonces sirvió para saber quién me podría acompañar en lo que venía.

AB —Ahorita me estabas contando una historia de Laura sobre *Apocalipsur*.

JM —Esa historia no la hemos contado. ¿Tú y yo nos conocimos en el Parque del Poblado?

LM —Claro, yo fui a pedirte trabajo. Porque nunca pasé a la Universidad Nacional a estudiar cine, tenía muy claro desde los 15 años que quería estudiar cine, y en mi casa me apoyaron. Entonces me presenté a Artes Plásticas en la Universidad de Antioquia y a la Universidad Nacional para estudiar cine. Pasé a la de Antioquia, no a la Nacional, y mi papá fue muy claro y me dijo que no le quitara el cupo a alguien cuando lo que quieres es otra cosa. Me presenté como tres veces y nunca pasaba, entonces llegó un momento en el que estudiaba fotografía y callejeaba, era mesera y rumbeaba mucho, hasta que mi papá me dijo que qué pasaba con el cine. Me fui a estudiar a Barcelona en una escuela bastante mala que ya no existe, era un apartamento, muy extraño, entonces me devolví para estudiar en la Nacional, diciendo que pasaba porque pasaba, allí fue donde Javier empezó a grabar *Apocalipsur*, y fui a pedirle trabajo.

JM —No, yo te ofrecí y dijiste que no te interesaba. Ya estaba todo completo pero faltaba algo, no te interesó ser script, porque el puesto de asistente de dirección ya estaba ocupado.

AB —Javier ¿cómo es entrarle a Medellín?, teniendo en cuenta, como hemos dicho, que esta ciudad se va convirtiendo en un personaje en sí mismo. ¿Cómo has vivido ese proceso de entrar al Medellín que uno quiere contar?

JM —El proceso de *Apocalipsur* fue, además de largo, un proceso donde había rabia. Esa película está llena de

rabia, de algo generacional. Ese guion está compuesto de situaciones que me pasaron a mí y a mis amigos, que están detrás de cámaras. Entonces se nutrió de esa generación que estaba cargada de esos años, de esos miedos, de identificar, según el sonido de la moto, si era el pillo o la policía, me preguntaba por qué el cerebro tenía esos datos tan siniestros. Creo que la película fue una catarsis para todos, porque fue soltar toda esa rabia. Éramos muy amateur y muy necios, de allí que la película tenga ese mismo espíritu de las personas detrás.

LM —Eso es lo más maravilloso de la película, se deja impregnar de esa vida. Es muy importante lo que dice Javier sobre la investigación, es decir, sí se hace investigación, pero yo siento que los procesos, con una ciudad como Medellín que se devela de tantas maneras, no se da solamente en un proceso de investigación, allí hay una vida, un proceso vital.

JM —Sí, además yo pienso que si uno tiene la oportunidad de hacer una película, pues se pueden sacar muchas cosas que uno tiene adentro. Si se va a poner en la locura de hacer un “largo” no es pa’ hacer *El Paseo*, también se puede, pero para hacer dinero, pero si vas a hacer una producción que es de un cine mucho más íntimo, donde uno quiere contar cosas, exorcizar asuntos que tiene adentro, contar una generación, al ser así, esto se nutre de lo que tenés a mano, de todo lo que has vivido. Por eso esos procesos de Víctor son tan largos, porque a él le toca meterse a un mundo desconocido, en un proceso muy diferente al que yo hice, porque la mía era una historia, un mundillo que yo ya conocía; yo en el Parque del Poblado hacía casting y veía que algún borracho podría ser. Por ejemplo

Camel, de *Apocalipsur*, el que está en la silla de ruedas, se me presentó así: “Muchos gusto, Camel, el bárbaro”; el caso es que se nutría mucho de pelaos que yo me había imaginado qué eran y concordaban con lo que yo quería contar en la película. Era mirar qué pasaba con los pelaos que éramos “normales”, es decir, que no estábamos en el conflicto, no éramos policías.

AB —Es como la película de la clase media...

JM —Eso, sobre manes normales que están estudiando... y que a los 20 años les dicen que no pueden salir a la calle porque los matan, era todo un reto, por lo cual hacíamos fiestas, solo íbamos ocho hombres y poníamos ron.

AB —Laura, ¿cómo fue ese proceso de entrarle a Medellín, de apropiársela narrativamente?

LM —A mí Medellín me ha gustado mucho, siempre he tenido una fascinación, a pesar de todo, con la ciudad y creo que también pertenezco a una generación muy extraña, porque tal vez ustedes eran ya más grandes en los noventa, y creo que podían digerir lo que había pasado en los ochentas, en cambio nosotros, mi generación, somos los hijos de ese momento. Yo tenía 13 años cuando mataron a Escobar, el caso es que era una generación muy ambigua, muy trágica, porque fue muy consciente de la imposibilidad de soñar; yo siempre tengo este alegato con Víctor, porque pienso que mi generación es realmente la No Futuro. Yo lo vivo con mis amigos, uno de ellos me decía que la peor tragedia nuestra era que habíamos quedado vivos, porque estaba todo el tiempo la sensación de que nos iban a matar, pero no nos mataron y no hicimos nada, no estudiamos, no soñamos, no construimos, nada... Entonces es una generación muy

desencantada y siento que hubo unos lugares en la ciudad que nos acogieron a aquellas que no éramos ni “grillas” ni las novias de un “traqueto”, ni unas “gomelas”, ni nos queríamos casar mañana; esos lugares que continúan hoy, como el Parque del Periodista, el del Poblado, Carlos E. A mí me gustaba mucho el punk, entonces los conciertos en Bantú, en San Pío, en Castilla, yo siento que la música sí fue un eje que nos movilizó por toda la ciudad y que hizo que gente de estaciones sociales muy distintas nos encontráramos, sin ponerle conciencia ni nombre a eso, resistiéndole a una violencia; además no éramos un combo de intelectuales, yo lo comparo con la película de Cata, *Los días de la ballena*, y los personajes son mucho más intelectuales, nosotros éramos un montón de punkeros, que donde hubiera concierto cogíamos el bus y nos íbamos. Fue la música, fue el punk y fueron esos lugares los que nos permitieron atravesar la ciudad y conocerla y dejarnos afectar por ella, y entender que la ciudad era muy distinta de donde habíamos nacido y que cada lugar era muy distinto. Fuimos un montón de “desplazados” que atravesamos la ciudad una y otra vez.

AB —Casi que todas estas películas representativas de Medellín son Rock Movie de alguna manera. En la tuya (Laura) evidentemente está el género, o en la tuya (Javier) con la “combi”, la busetica...

En ese contar Medellín, la música, el punk, aparece Pablo Escobar, el antagonista, que me parece que es un elemento muy importante para narrar la ciudad a partir del cine, porque si Medellín es un personaje en 360°, siempre estará el antagonista: en *Matar a Jesús* está Jesús; *Apocalipsur* tiene muchos antagonistas,

pero hay dos maravillas que son “El Nueve” y Fredy. También creo que es el momento para invitar a la gente al cine y vea *Los días de la ballena*, que vean *Lola... drones*, la película de Papá Giovanni, que revisen las películas de Javier y de Laura.

Quisiera empezar por Javier. Yo lo conocí haciendo un libro sobre “El Nueve” y esos dos malos de *Apocalipsur* me parecen que son el retrato más irónico del cine local que he visto, porque además peleaban entre ellos, eran torpes, no nos habíamos reído de los malos y creo que vos tuviste ese principio.

JM —Había que reírse de ellos, fue muy divertido y ellos dos eran amigos, ambos fotógrafos de *Reuters*. Con ellos ocurrió una anécdota maravillosa que casi termina en que “El Nueve” me pegue. Es que hubo una salva mal hecha y le dio al “Gurre” (Fredy) y “Tato”, el director de arte, me dice que mirara, que eso no estaba bueno. Me asomo y eso es un hueco inmundito, pensé que se nos iba a morir, estábamos en la loma El Chocho en una casa finca y nos tocó irnos para urgencias en Envigado y como no daban noticias, “El Nueve” empezó a beber y a increparme si algo le pasaba a su amigo. Resumiendo la historia, la enfermera lo limpió y dijo que la pólvora es lo más infeccioso que hay, que debía ir todos los días a limpieza, él le dice que viviendo en Bello cómo iba a ir todos los días, decidieron entonces encontrarse en el centro y se enamoraron, la enfermera y Fredy. Es una historia hermosa.

AB —Busquen en Youtube, la secuencia creo que está. Yo entrevisté a Fredy, a “El Nueve”, entonces tengo esa secuencia reconstruida. Escuchar a Fredy y la manera en cómo enamoró a esa enfermera es para morir de la risa.

JM —Lo peor de Fredy, les cuento, estaba de pantalón blanco tomando fotos en la Alcaldía en una rueda de prensa y la salva estaba hecha con jabón rey y pólvora, en una masilla, y el cuerpo es tan sabio que empieza a expulsar y le expulsa eso en ese pantalón blanco y el alcalde para Fredy, estaba todo ensangrentado.

AB —Hay unos elementos de esos malos que son grandiosos, como cuando se enojan, porque “El Nueve” le dice “torombolo”.

JM —Apenas decía acción, ahí mismo le decía “torombolo”, era manejar en escena dos punk, hay que dejar que se “maten”.

LM —Pero es que ese es el espíritu que queda en la película, por ejemplo, las historias del detrás de cámaras de *Matar a Jesús* son súper dramáticas, no son tan divertidas. Una vez cuando estábamos en la mitad del rodaje y todo iba muy mal, esta película tuvo un rodaje muy difícil, llovía mucho, los permisos no llegaban, se dañaba alguna cosa. Pasaron situaciones muy duras y para quienes se la hayan visto, en la escena del charco donde enseñan a disparar, esa escena, que se supone la rodábamos en dos días, terminó siendo una escena como de cinco días, porque el río se creció... Víctor me llamó justo en ese momento, en la mitad del rodaje y le dije que estaba muy mal, que no sabía si era capaz de terminar esta película y él me decía precisamente eso, que las películas están dotadas de la energía de sus historias y si estás contando una historia muy trágica y muy dolorosa, tiene que haber eso en gran parte del rodaje, eso se va a meter en la película. Esa es la verdad que tienen las películas, Víctor me decía que podía llegar al rodaje y el protagonista se podía morir, todos estos chicos los mataban...

AB —Son esas películas que pueden fracasar cada segundo...

Laura, en tu caso, uno lo siente en el rostro de la protagonista. Ese silencio, esa reconcentración de ese personaje...

LM —Ella realmente vivió eso, así como la historia de amor; en nuestro caso fue todo lo contrario. Nosotros rodamos la película cronológicamente y ya le había dicho al productor que Natasha, en la mitad del rodaje, iba a colapsar, porque ella era una chica muy sensible y no le había pasado algo así, tenía una relación muy cercana con su papá y en la mitad del rodaje, después de que bajamos de esos charcos, estábamos en el centro y ella no llegaba a lo que queríamos en la escena; entonces empecé a decirle que repitiera y de pronto se volteó y me dijo que no más y salió corriendo. La querían detener pero les dije que no salieran detrás de Natasha, que la dejaran sola. El caso es que yo pensé que volvería y como a las tres horas volvió, estábamos rodando en una tienda y llegó gritando y me puteó una hora. Ella me decía que la razón era que tenía mucha vida, que estaba cansada de estar tan triste y tan agobiada, estaba sintiendo mucho esto y no lo soportaba. Por más que hiciéramos ejercicios para que se relajara, eso la empezó a habitar y llegó a ese punto, eso está ahí en la película y es muy bello y agradezco, pero uno tiene que estar allí empujando cosas muy duras.

En el caso de Giovanni, que interpretó a Jesús, tuvo muchas situaciones. Esta sociedad nuestra es muy extraña, porque el primer sueldo que se ganó él en la película pidió que se lo dieran en efectivo y así fue; yo todas las noches soñaba que me iban a llamar a decirme que a Giovanni le había pasado algo, era mi temor todo

el tiempo en la película y sonó el teléfono a las 3 de la mañana y pensé en eso... la llamada fue que a Giovanni se le metieron a la casa y le robaron la plata. Él me decía que era el primer sueldo que se ganaba de la manera más honesta y se lo robaron los mejores amigos que sabían que le habían pagado y dónde lo tenía escondido. Esto se iba a volver una pelea mayor porque él, muy honesto, me dijo que se iba a vengar, le dije que no hiciera nada, ya mismo vamos a mandar un carro de producción para que te saque de allá. Él le tiene mucho aprecio a mi novio, quien tomó el teléfono y le dijo que se fuera de ese barrio y que no volviera. Entonces fue a sacarlo, con su familia, con su niño de tres años, montarlo en la parte de atrás de un carro, instalarlo en un hotel, calmarlo.

JM —Me hiciste acordar de un incidente no tan grave. Nosotros estuvimos cuatro semanas en una finca en Llano Grande haciendo todo lo del Oriente y había una persona que nos ayudaba en la cocina, nos hacía el desayuno y la comida. Cuando se le iba a pagar a Lina ella confesó que con eso iba a mandar a matar al marido. Con el productor pensamos en no pagarle, pero teníamos que hacerlo, yo espero que no lo haya matado.

AB —Hablamos de los personajes, de la ciudad, de los retos y dificultades de su acercamiento. No sé si *Matar a Jesús* es la ópera prima, ¿qué es *Antes del fuego* entonces?

LM —Lo que pasa es que con *Antes del fuego* fue una decisión de los productores. A mí me llamaron para hacer una *tv movie*, siempre fui muy recelosa con que la película debía ser *Matar a Jesús*. La manera en que me financié, muchos años de escritura de *Matar a Jesús*, que además fueron muchos, casi nueve años. Entonces me tocaba trabajar

en lo que salía, hice un acto muy inmoral como hacer comerciales, hice también la serie de Escobar, Carlos Moreno me soltaba trabajos que él no quería hacer, de esa manera conseguía plata y me iba para Cali donde mi coguionista a escribir tres, cuatro semanas y volvía a Bogotá, donde vivía, a trabajar. Uno de esos trabajos fue *Antes del fuego*, a mí el tema del Palacio de Justicia me interesaba mucho, me llamaron, me interesó, con un formato que nunca se había hecho en Colombia, el *tv movie*, es decir, una película para presentar en televisión y acepté. Yo podía presentar mi corte como directora, cuando lo fui a mostrar, me dijeron una frase que nunca se me va a olvidar: “Está muy bien, muy cinematográfico, pero eso no necesariamente es un piropo”, entonces parecía que estaba en un lenguaje que no se adaptaba a la idea de *tv movie*, así que a partir de ese momento ellos asumieron el corte, quedé muy tranquila, de hecho quedé seleccionada para el Festival de Berlín con el guion de *Matar a Jesús*, fui al festival y cuando regresé me enteré que ya no iban a hacer un *tv movie* sino una película. Yo no considero *Antes del fuego* ópera prima, es una película de productor, yo no la escribí, las decisiones de corte final no son mías. Incluso en los festivales he tratado de ser clara en decir que mi ópera prima es *Matar a Jesús*, pero me causó muchos dolores de cabeza, muchos llantos y muchas peleas, pensando incluso en llevarlo a términos legales.

JM —Es que de la televisión uno solo extraña el cheque.

LM —Y es muy extraño por eso mismo, porque nunca me imaginé haciendo televisión, nunca estuvo en mis planes. Yo fui script de Carlos Moreno y él había visto mis cortos y cuando terminé de hacer una película como script para

él, me dijo que yo era directora, que me fuera a hacer mis cosas y luego fue él mismo, en un voto de confianza, en un salto al vacío conmigo, que me llamó para hacer la segunda unidad de *Escobar*. Eso fue para mí una oportunidad muy tentadora, pero era tal mi nivel de brutalidad con la televisión que, por ejemplo, no sabía grabar con dos cámaras, afortunadamente no teníamos móviles sino que eran con lentes fijos, porque eso sí, nunca he entrado en un móvil, no sé cómo funciona. Entonces yo iba y marcaba todo con una cámara y se levantaba un señor por allá y me acordaba de la otra cámara.

JM —Yo nunca he hecho televisión, pero sí me tocó con móvil y siento que uno sí aprende a solucionar muchas cosas, le da a uno buena “cancha”, de aguantarse a esas divas, es decir, eso tiene todo el paquete completo.

AB —Hablaba de la ópera prima porque Javier también tiene un libro que se llama *Ópera Prima* en una edición muy bonita. Son 15 conversaciones con 15 directores sobre su primera película. ¿Qué significa la ópera prima? ¿Por qué dedicarle un libro?

JM —Siento que la primera película es donde uno quema todas las naves. Es mucho más visceral; uno no sabe si va a haber una segunda película, entonces no se pueden guardar historias para otro lado, todo se pone en ella, luego miramos qué pasa. Era también una manera de reconocer películas desde los años sesentas, con Julio Luzardo y su película *El ruido de las tumbas*, era una manera de hacer un homenaje a unos viejos que empezaron y abrieron mucho camino. A ellos si les tocó duro, eran otras condiciones; también películas como *Tiempo de morir*, en fin, era como una selección Colombia de los que

les tocó abrir camino y habían quemado las pestañas. Había gente fija, yo quería hablar con Víctor y Fernando Vallejo, que fue un accidente divertido, estaba viviendo en México y me hizo un desplante muy elegante.

AB —Les quedamos debiendo mucho, yo me quedaría hablando con ellos mucho rato y ustedes seguramente también, nos hemos divertido.

El espacio de las preguntas quisiera empezarlo con nuestro seguidor en Facebook que pregunta: ¿Qué significa hoy en día la frase con la que culmina *Apocalipsur*?

JM —Hay una frase al final, que puede ser la de la pregunta, y es dedicada a Carlos Bernal, una historia muy tenaz de un amigo de Mauricio Abad. Es un tipo de Laureles que se va a vivir a Suiza porque no aguanta la violencia de Medellín y allá lo desaparecen, él fue a estudiar Artes, es una historia muy absurda y hoy no se sabe nada de él. A él se le dedica la película, porque le decían el flaco, entonces es un guiño de parte de la producción a Carlos.

AB —Muchas gracias Laura y Javier, fue todo un placer compartir con ustedes; muchas gracias al público y vayan a cine, lean sobre cine, acompañen a estos creadores y sigamos narrando Medellín, que considero es el compromiso que siempre nos convoca.

Moderaron

ALFONSO BUITRAGO



Periodista y escritor nacido en Medellín (1977). Egresado de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia, con diploma en Estudios Avanzados en Periodismo y máster en Literatura Comparada y Estudios Culturales de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Autor de los libros *El 9. Un fotógrafo en guerra* (Tragaluz, 2015), *El hombre que no quería ser padre* (Planeta, 2012) y *El Chino. La vida del fotógrafo de Pablo Escobar* (Universo Centro, 2022), y coautor de *¿De quién hablan las noticias? Guía para humanizar la información* (Icaria, 2007). Colaborador del periódico *Universo Centro*. Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar. Actualmente es editor y cronista en el periódico *El Colombiano*.

JUAN DIEGO MEJÍA



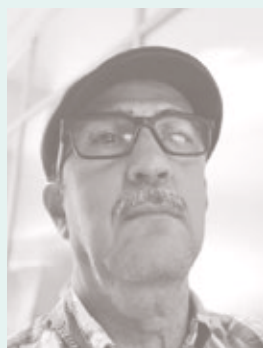
Escritor nacido en Medellín (1952). Estudió Matemáticas en la Universidad Nacional de Colombia, sin embargo su profesión se encaminó por el mundo de la literatura. Con *El cine era mejor que la vida* empezó una saga que narra la vida en la Medellín de los años sesenta; este libro le hizo merecedor del premio de Colcultura 1996.

Fue secretario de Cultura Ciudadana de Medellín durante los años 2004 y 2005. Dirigió la Fiesta del libro y la cultura de Medellín entre 2013 y 2016. Ha sido profesor de Escritura Creativa en las maestrías de la Universidad Nacional de Colombia y en la Universidad EAFIT. Dirige el Taller de Creación Literaria de la Biblioteca Pública Piloto de Medellín.

LUIS GERMÁN SIERRA

Nacido en Girardota (Antioquia, 1957). Cursó estudios de Español y Literatura en la Universidad de Antioquia; realizó los diplomados de Literatura del siglo XXI en la Universidad EAFIT y Corrección de Textos en la Universidad de Antioquia. Es coordinador de actividades culturales de la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz de la Universidad de Antioquia y editor de la publicación *Leer y releer* de la misma institución.

Ha publicado artículos, ensayos y reseñas literarias en *Revista Universidad de Antioquia*, *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, suplemento *Generación* del periódico *El Colombiano*, *Agenda Cultural* y periódico *Alma Mater* de la Universidad de Antioquia. *Coda de silencio* es su primer libro de poemas.



Creció el jardín entero,
se rodearon de luz las sombras,
encontraron nido la palabra y el vigor.
Luego de un año de pandemia
todo se transformó en libro,
el legado devino en eco y lucidez.

Este libro se terminó de imprimir en octubre
de 2022, en la ciudad de Medellín, Colombia.

Una ciudad es un relato, una ficción, porque creemos en ella, en sus límites, en su paisaje creado. Conversar sobre la ciudad es un ritual de invención antiquísimo: los muros adquieren otras formas, de acuerdo a la imaginación. En estos diálogos, la sensación de creer ver, la convicción, son al menos el mismo espejismo. Son palabras —quizá ciudades, quizá memorias— que se asientan alrededor de las cuales asentarnos, que se desmontan, palabra por palabra, línea por línea.

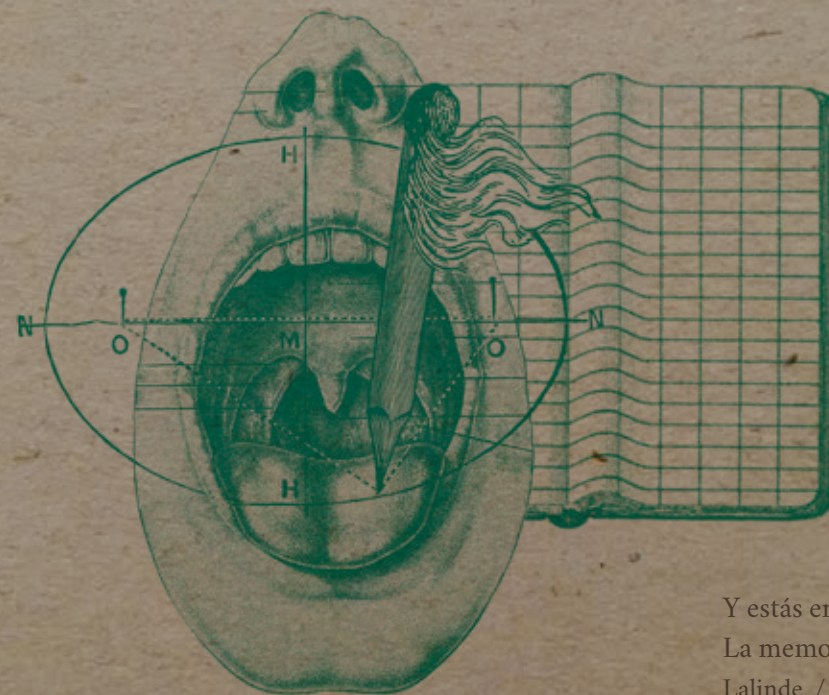
Una ciudad es un relato, una ficción compartida. Existe porque creemos en ella, en sus límites virtuales, en su paisaje creado. Conversar sobre la ciudad es participar de un ritual de invención antiquísimo, gracias al cual los muros adquieren otras formas, dan paso a la complejidad de la imaginación. En estos diálogos se comparte la sensación de creer ver, la convicción de seguir más o menos el mismo espejismo. Son posibilidades de inventar —quizá ciudades, quizá memorias— realidades nuevas alrededor de las cuales asentarnos. O lo contrario: de desmontar, palabra por palabra, lo que ya no somos.



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

C I U D A D A F O L I N I T I V O

palabra



palabra

Universidad de Antioquia

Y estás en la memoria... persistir, insistir e incomodar.
La memoria para no repetir · Patricia Nieto y Fabiola Lalinde / Los inconclusos del acuerdo · Germán Valencia y Pastor Alape / ¿Por qué nos matamos? · Alonso Salazar y William Fredy Pérez / Centro, diversidad y exclusión · Hernando Muñoz y Jenny Giraldo / Vivir la incertidumbre · Alejandro Gaviria y Juan Carlos Henao // Medellín a contraluz · Pascual Gaviria y Pablo Montoya / El derecho a la calle · Gilmer Mesa y Juan Carlos Posada / Comer, beber... el hambre y la sed · Álvaro Molinà y Lorenzo Villegas / El cine, un narrador de ciudad · Laura Mora y Javier Mejía